LONGO

DAFNIS Y CLOE



AQUILES TACIO

LEUCIPA Y CLITOFONTE



JÁMBLICO

BABILONÍACAS

(RESUMEN DE FOCIO Y FRAGMENTOS)

INTRODUCCIONES, TRADUCCIONES Y NOTAS DE

MÁXIMO BRIOSO SÁNCHEZ

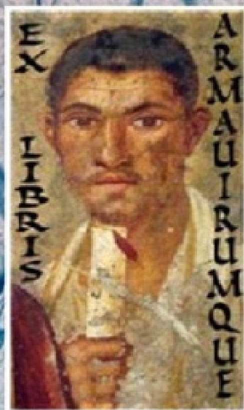
Y

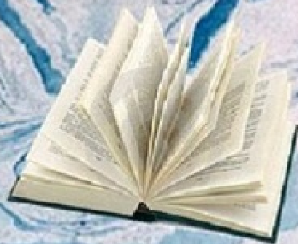
EMILIO CRESPO GÜEMES



EDITORIAL GREDOS


HABENT SUA
FATA LIBELLI


EX
LIBRIS
ARMAUIRUMQUE



Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., las traducciones de este volumen han sido revisadas por FRANCISCO ROMERO.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1997.

Las traducciones, introducciones y notas han sido llevadas a cabo por: MÁXIMO BRIOSO SÁNCHEZ (*Dafnis y Cloe* y *Leucipa y Clitofonte*) y EMILIO CRESPO GÜEMES (*Babiloníacas* [*Resumen de Focio* y *Fragmentos*]).

PRIMERA EDICIÓN, 1982.
1.ª REIMPRESIÓN.

Depósito Legal: M. 5058-1997.

ISBN 84-249-0858-9.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 1997.

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 56

LONGO

DAFNIS Y CLOE

INTRODUCCIÓN

1. *El autor*

De la persona y de la vida de Longo, como de los demás novelistas, no sabemos prácticamente nada. En su caso, ni siquiera contamos con noticias —de tan dudosa validez por cierto— como las que poseemos sobre Aquiles Tacio o Heliodoro. Hasta el nombre mismo ofrece dudas, aunque, si es auténtico, es con seguridad romano. Su patria pudo ser la isla de Lesbos, donde tiene lugar la acción de la novela, pero tampoco en este punto cabe certidumbre alguna, ya que Longo no demuestra un conocimiento muy preciso de los lugares que menciona, y la elección de tal escenario para su obra pudo tener razones, tal vez, puramente literarias [1].

Para su fecha no tenemos, realmente, otros indicios que los proporcionados por la novela. Durante algún tiempo se le situó al final de la antigüedad, entre los siglos IV y V (o, a lo sumo, en el III), pero, tras los descubrimientos que trastocaron la cronología de Aquiles

---

[1] Es lo que cree un autor como Scarcella. Longo, por ejemplo da una distancia entre las ciudades de Metimna y Mitilene bastante mayor que la real, atestiguada por Estrabón. Por otra parte, en Lesbos, precisamente, sabemos que por esas fechas hubo una familia con el cognomen *Longus*.

Tacio, presunto imitador de Longo[2], toda fecha posterior a los comienzos del siglo III de nuestra era debe hoy descartarse. En el texto se encuentran datos muy significativos a este respecto: así, la cantidad ofrecida por Dafnis (III 27, 4 ss.) para su boda, que, con la inflación de la segunda mitad del siglo III, hubiese sido irrisoria; o el evidente reflejo, en la novela, de la pintura romana de una época muy concreta. Este segundo punto tiene un interés excepcional[3], dado que no sólo Longo ha de ser agrupado con autores que, como Dión Crisóstomo, Luciano, Alcifrón, Eliano o Filóstrato, revelan la directa contemplación de la pintura contemporánea de temas pastoriles y paisajísticos, sino que, además, en *Dafnis y Cloe* hay unos indiscutibles paralelismos entre la propia estructura de la obra y sus descripciones y el llamado «período pompeyano» de la pintura mural del siglo II.

De este modo, Longo, al igual que Aquiles Tacio y por diversas razones, corroboradas por el estilo mismo de sus novelas, debe ser incluido en el grupo de novelistas influidos por la Segunda Sofística y, por tanto, en el centro de la madurez del género.

---

[2] Cf. nuestra Introducción a AQUILES TACIO (§ 1) y n. 323 de su traducción. En cambio, las relaciones con Alcifrón, que levantaron en tiempos una encarnizada polémica (véase un amplio resumen en el preámbulo de la edición de DALMEYDA, págs. XVIII sigs.), siguen sin permitir una decisión clara. Si Alcifrón fue el imitador de Longo (tesis de Reich y Dalmeyda), se confirmaría aún más la fecha de este último dentro del siglo II.

[3] Cf. O. WEINREICH, en su apéndice a la traducción de Heliodoro por R. REYMER (Zurich, 1950); B. E. PERRY, *The Ancient Romances, a Literary-historical Account of their Origins*, Berkeley, 1967, págs. 350 y sig., n. 17, y, sobre todo, M. C. MITTELSTADT, *Latomus* 26 (1967), 752-761.

2. «*Dafnis y Cloe*»

Uno de los primeros aspectos que llaman la atención en esta obra es su desvinculación del tipo de novela de marco histórico definido (Caritón, Jenofonte de Éfeso) por el tono francamente intemporal del relato, que en todo caso, merced a la guerra particular entre Metimna y Mitilene, parece situarnos vagamente durante la época de las *póleis* autónomas. Esta intemporalidad debe asociarse con el idealismo corriente del género, de tono especialmente alto en Longo.

Sus innovaciones, muy resumidas, son varias e importantes: el argumento es de extrema sencillez, sin la acumulación de peripecias común al género; se excluyen los largos viajes, y las aventuras y peligros corridos por los protagonistas quedan reducidos a mínimos y esporádicos episodios; la situación es esencialmente estática, con la mayor relevancia concedida a elementos como el amor, la naturaleza, la religión y la música.

En las breves líneas con que Longo introduce su novela, ésta nos es presentada, en cierto modo, como una obra de tesis: su tema de fondo será la exposición del misterio y del poder universal del amor. El otro gran tema de las novelas griegas, las aventuras, queda relegado en su programa a un plano secundario.

Se ha podido decir que esta restricción temática es, a la vez, el punto flaco y la fuerza de esta obra [4], afirmación, a nuestro juicio, más veraz en lo segundo que en lo primero. El erotismo es el centro de la novela sin la menor duda, y su núcleo, la pasión inocente y natural de dos adolescentes. Podrá criticarse, desde una perspectiva realista, la escasa verosimilitud de esta

---

[4] O. SCHÖNBERGER, en su edición, pág. 17.

total inocencia[5], por rural y aislado que sea el medio en que los protagonistas vivan: de ahí que Longo haya subrayado ambos aspectos e, igualmente, el modo muy gradual en que se van produciendo sus contactos con otras gentes y la ampliación de su pequeño mundo. Por otra parte, la trabajosa conquista de la experiencia erótica, en el plano teórico y en el plano práctico, no conducirá, por lo que a los dos adolescentes se refiere, a la unión sexual sino tras el legítimo matrimonio con que la novela termina, con lo que se cumple tanto con una imposición social como con las normas del género. Así es como, a pesar de la aparente sensualidad de la novela, se preserva el principio novelesco de la castidad, aunque, como en Aquiles Tacio, el protagonista masculino responda a esta exigencia sólo hasta cierto punto. Pero, en Longo, incluso este desliz de Dafnis[6] tiene (lo que no ocurre en Aquiles Tacio) una plena funcionalidad, al ser un paso obligado en la búsqueda del saber amoroso.

Por lo demás, el erotismo y lo que suele calificarse de sensualidad no están (y no es una paradoja) reñidos en absoluto con la moral. Lascivia, indecencia y otros términos, con que se ha creído poder describir esta obra, no son más que manifestaciones de trasnochados prejuicios y de franca miopía mental, pero que han tenido una negativa influencia en la comprensión de este relato por los modernos. El énfasis puesto en el amor, así como en el largo proceso iniciático en este

---

[5] Cf. I 27, 2, donde Dafnis alude al mito erótico de Pan y Pitis en un momento en que él y Cloe ignoran aún el sentido de sus sentimientos amorosos. Esta inocencia parte, evidentemente, de un programa, de una parábola, cf. B. P. Reardon, *Courants littéraires grecs des IIe et IIIe siècles après J.-C.*, París, 1971, págs. 380 y sig.

[6] Episodio de Licenion (III 18).

misterio natural[7], incluso si se descarta una interpretación simbólica, corresponde a una perspectiva idealista de la existencia.

2.1. El erotismo es, en Longo, aparte de las obligadas resonancias literarias, una dimensión de la naturaleza. Y la naturaleza es un marco utópico e idealizado y, a la vez, un modesto rincón del mundo que casi podría localizarse en un mapa. La acción tiene una clara unidad de lugar, con una renuncia sin paliativos a las ambiciones geográficas del género. Longo nos sitúa en una comarca próxima a Mitilene y apenas si nos permite alguna breve incursión fuera de ella. Pero este paraje aparece transformado en un fondo casi paradisíaco, en que los mismos peligros naturales (una loba, un reptil) han sido relegados a simple decoración poética o a dóciles instrumentos del plan del artista; las irrupciones de la violencia (piratas, secuestros) son controladas sin mayor esfuerzo, aun a costa de alguna muerte o de un milagro, y hasta una guerra sin cuartel termina rápida y generosamente, como en una edad de oro[8].

Longo ha dotado a este lugar y a sus habitantes de los atributos de la bucólica teocritea, que ha penetrado, así, por única vez que sepamos, en la novela griega[9]. La flora y la fauna están reducidas a la mínima expresión, a los elementos más familiares. Cabras y ovejas aparecen integradas en la vida de los protagonistas y poseen cualidades casi humanas. Asistimos a comidas y fiestas campestres, a sesiones musicales; en-

---

7 Cf. P. Turner, «*Daphnis and Chloe*: An Interpretation», *Gr. and Rom.* 7 (1960), 117-123.

8 Cf. E. H. Haight, *Essays on the Greek Romances*, Nueva York, pág. 129.

9 Cf. E. Vaccarello, «L'eredità della poesia bucolica nel romanzo di Longo», *Il Mondo Class.* 5 (1935), 307-325. Véase, luego, § 2.2.

tramos en los consabidos *loci amoeni*, de fácil propensión al simbolismo [10], y tropezamos a cada paso con nombres (Cloe, Dorcón, Driante, Ágele, Filopemen, etc.) asociados a la naturaleza.

Longo, se ha dicho, ha reemplazado a la Fortuna, tan importante para el género, por la naturaleza, que se manifiesta de una manera dinámica con el sucederse de las estaciones. El viaje típico de las demás novelas ha sido sustituido por un viaje en el tiempo, siguiendo el curso de los ciclos naturales [11], en que se enraiza el proceso de la vivencia erótica; en cierto modo, por un viaje hacia el reino del ideal, comparable al que nos narra Heliodoro.

Ante esta perspectiva pierde gran parte de su aparente relevancia la oposición campo-ciudad, tan resaltada por muchos críticos [12]. Es cierto que Longo sitúa en el campo el corazón de su naturaleza y de sus formas preferidas de religiosidad. Pero sin que por ello deba entenderse exageradamente la ciudad como un foco negativo ni mucho menos, tal como se refleja en la tesis de Dión en el *Euboico* [13]. En Longo, tal antagonismo, debe admitirse, cumple, como tantos otros elementos en el relato, una función importante, pero transitoria. Los campesinos, por mucho que haya querido insistirse en lo contrario, no se diferencian especial-

---

[10] Cf. W. E. Forehand, «Symbolic Gardens in Longus' *Daphnis and Chloe*», *Eranos* 74 (1976), 103-112, que estudia su aspecto idealista e, incluso, platonizante.

[11] Cf., sobre todo, el análisis de H. H. O. Chalk, en «Eros and the Lesbian Pastorals of Longos», *Journ. Hell. Stud.* 80 (1960), 32-51, y Reardon, *Courants...*, pág. 377. El lector no podrá menos de pensar en algunas novelas modernas y, en especial, creemos, en el esquema muy semejante de *Bajo las ruedas* de H. Hesse.

[12] Por ejemplo, Haight, *Essays on the Gr. Rom.*, pág. 132.

[13] Cf. F. Jouan, «Les thèmes romanesques dans l'*Euboïcos* de Dion Chrysostome», *Rev. Ét. Gr.* 90 (1977), 38-46.

mente de los habitantes de las ciudades. Las diferencias visibles tienen una motivación social. En Longo cabría afirmarse que el mal (si puede usarse este término tan impropio) es siempre un accidente pasajero, y las manifestaciones negativas terminan por ser absorbidas por las positivas y depuradas.

2.2. Pero Longo no se limitó a adoptar el idealismo bucólico, aunque ya esta sola innovación era importante. En este aspecto, su innovación más destacada consistió, además, en impregnar de religiosidad un género que, como el bucólico, estaba, en principio, relativamente libre de ella [14]. *Dafnis y Cloe* es, en cierto modo, un homenaje a la pastoral helenística, principalmente a Filitas de Cos [15] y a Teócrito. Los nombres de los personajes (Títiro, Amarilis, etc.), en una buena proporción, proceden de la poesía bucólica; se nombra, aunque de paso, Sicilia (II 33, 3), cuna del género; el texto ofrece resonancias de sus versos con una frecuencia llamativa [16] y el protagonista masculino recibe el nombre de Dafnis, todo un símbolo del mundo bucólico [17]. Longo ha recreado su propia Sicilia (o su propia Arcadia, si se prefiere), precisamente en un lugar cuya sola mención llevaba a rememorar un pasado de

---

14 De «arte secular» lo califica TH. G. ROSENMEYER, en *The Green Cabinet. Theocritus and the European Pastoral Lyric*, Berkeley-Los Ángeles, 1969, pág. 148.

15 Cf. n. 70 de la traducción.

16 Sin que esto quiera decir que estemos, en absoluto, ante «un mosaico de frases de los bucólicos alejandrinos», como sentenció hiperbólicamente MENÉNDEZ PELAYO, en sus *Orígenes de la novela* (II, Ed. Nac., Santander, 1943, pág. 189).

17 Cf. sobre todo, TEÓCRITO, I 66 sigs. Nótese, además, que, según el mito, Dafnis era hijo de una Ninfa, la cual lo expuso en el campo, y que, más tarde, fue músico y pastor; su amada Talía es secuestrada y, luego, liberada por Dafnis con la ayuda de Heracles. No es difícil admitir que Longo (aunque en otros mitos y en la tradición literaria abunden los niños abandonados) pudo inspirarse directamente en este tema mitológico.

hermosa poesía erótica (Safo), pero saturándolo de mitos y de dioses.

Uno de los rasgos del género bucólico más intensamente enfatizado por Longo es el de la música. Pero la música no se reduce aquí, en absoluto, a la de los instrumentos humanos: abarca todos los sones de la propia naturaleza, como una manifestación de la armonía universal. En este punto reside, sin duda, uno de los logros más imperecederos de la novela y, seguramente, Longo ha ido en él más allá que la poesía bucólica precedente [18].

2.3. La cuestión más debatida, en los últimos tiempos, acerca de la novela antigua es el de la religiosidad [19]. Y Longo, como Apuleyo en el ámbito latino, se encuentra en el centro mismo de esta nueva querella que ha enfrentado a los filólogos. No podemos tocar aquí el tema en sus líneas generales, pero baste recordar que, en el extremo de la tesis de una interpretación obligadamente religiosa de la mayoría de las novelas, están, con los debidos matices diferenciadores, las publicaciones de K. Kerenyi, R. Merkelbach y, con especial incidencia en el caso de Longo, las de H. H. O. Chalk, P. Turner, M. C. Mittelstadt o W. E. McCulloh; que existen posturas más moderadas, como las de B. P. Reardon o A. Geyer, y actitudes de rotunda negación, como las expresadas por E. Cizek o M. Berti. La base metodológica de la primera corriente es la lectura simbólica del texto, el desentrañamiento de sus presuntas alegorías, mientras que del lado opuesto, además de rechazarse esencialmente la realidad de tales alegorías

---

[18] Cf., sin embargo, M. DESPORT, *L'incantation virgilienne: Virgile et Orphée*, Burdeos, 1952, y la discusión sobre el tema por ROSENMEYER, *The Green Cabinet...*, en su capítulo séptimo.

[19] Cf., para un breve resumen del tema, REARDON, *Courants...*, págs. 393 y sigs.

y símbolos, se realza el fin eminentemente estético de la novela.

De hecho, ciñéndonos a Longo, es imposible saber dónde terminan el arte y las intenciones meramente literarias y dónde comienza la religiosidad. En *Dafnis y Cloe* se dan una viva devoción y una continua presencia divina (incluidos los sueños, que se anticipan a la acción); el camino hacia el descubrimiento del amor toma la forma de una iniciación bajo la tutela del propio Eros, y puede decirse, sin hipérbole, que una de las claves de la novela es la teología de este dios. Los lugares interpretables como alusiones religiosas son numerosos [20], aunque no todos los casos permitan una interpretación igualmente convincente. Longo ha reemplazado la mención de la estereotipada Fortuna [21] de otras novelas por la de entidades divinas muy concretas, como las Ninfas, Pan y el mismo Eros; ha descrito diversos milagros y epifanías [22]; ha salpicado su obra de nombres propios de significado religioso, y ha mostrado, paso a paso, cómo los poderes divinos dirigen benévolamente los actos humanos, descargando su justa cólera sólo sobre una eventual impiedad [23]. Eros es un dios omnipresente, cosmogónico y todopoderoso, una auténtica providencia. De suerte que no se pue-

20 Véase un largo catálogo en el artículo ya mencionado («Eros and the Lesbian Pastorals...») de CHALK.

21 Citada sólo en dos ocasiones (III 34, 1 y IV 24, 2) y sin relación con el argumento principal en ambos casos. Como bien dice CHALK (*art. cit.*, págs. 33 sig.), la acción en Longo reviste la forma de un plan con una secuencia rigurosa de causa a efecto, con Eros como motor providencial.

22 Sobre todo, en el libro segundo. Respecto a la de Pan, en II 25 sigs., véase C. MEILLIER, «L'épiphanie du dieù Pan au livre II de *Daphnis et Chloé*», *Rev. Ét. Gr.* 88 (1975), 121-132.

23 Los dioses mismos aparecen purificados en Longo: nótese, por ejemplo, qué lejos está, en él, Pan de ser «taladro de pastores», como lo denominó obscenamente CALÍMACO (fr. 689 PF.).

den negar las múltiples concomitancias entre el texto de Longo y las formas religiosas contemporáneas, habida cuenta, sobre todo, de que estamos en una época no sólo de profunda religiosidad, sino de fuerte tendencia al sincretismo y al monoteísmo, lo que justifica, hasta cierto punto, que se intente interpretar el fondo piadoso de Longo como una manifestación de los misterios dionisíacos. Pero es ésta, a nuestro juicio, la cuestión más polémica del tema, ya que, si se sigue por esta vía exegética, han de aceptarse todas sus consecuencias y, entre ellas, la de ver, no sólo en Dafnis y en Cloe, sino en los demás personajes y en cada objeto y en cada palabra, no elementos de una novela con una mayor o menor dimensión religiosa, sino auténticos símbolos de una doctrina trascendente. Esta arriesgada conclusión, sumada a las indemostrables hipótesis a que algunos se entregan [24] y a la mucho menor validez de estas teorías para otros novelistas, principalmente Aquiles Tacio, hace que la tesis de la interpretación mistérica de Longo deba ser aceptada sólo en sus sugerencias más prudentes y medidas.

2.4. El que Longo, por otra parte, haya dotado a su novela de una cierta intemporalidad idealizadora hace difícil enjuiciar otro de sus aspectos, el de la sociedad en ella descrita. Una lectura superficial podría inducir a la tesis de que en esta novela, tal como parecen oponerse campo y ciudad, también se opone la clase de los humildes, de los siervos rurales, a la cual por adopción pertenecen los protagonistas y que re-

[24] Cf., por ejemplo, las afirmaciones sobre la afiliación cultual de Longo en MITTELSTADT, «Longus, *Daphnis and Chloe* and the Pastoral Tradition», *Class. et Med.* 27 (1966), 162-177. Nos gustará preguntar a estos autores si creen también que con relatos, como *Acontio y Cidipa* o *Frigio y Pieria*, Calímaco ha pretendido, igualmente, redactar propaganda religiosa. Y, sin embargo, están ya en ellos todos los elementos básicos que reaparecerán en Longo.

cibe un trato favorable en el relato, a la de los ricos señores de la ciudad, descritos en ocasiones con rasgos negativos. Pero un estudio más atento lleva a resultados muy distintos. La condición moral de los siervos, de los propios padres adoptivos de Dafnis y de Cloe, deja mucho que desear, y en la pintura de su conducta, como en la del parásito Gnatón y otros seres humildes, se concentran las notas de mayor realismo social de la obra. En tanto que sus patronos, del círculo acomodado de Mitilene (y la figura de Dionisófanes es un modelo), pueden aparecer con una aureola noble y patriarcal, tal como, en un nivel más principesco, ocurre con los grandes señores de las novelas de pretensiones históricas. No debe confundirse, pues, el relieve que adquieren los personajes socialmente modestos, de acuerdo con una tradición literaria que se remonta por lo menos hasta Eurípides y tiene un gran arraigo en los textos helenísticos, con una conciencia social, ajena radicalmente a Longo. Tampoco nos parece muy correcto hablar, como hace Schönberger[25], de una doble aristocracia, la relativa a la perfección moral y la que lo es de la alcurnia social: en *Dafnis y Cloe* hay una sola clase digna de respeto, y el retorno de los protagonistas a la vida pastoril al final de la novela, después de ser reconocidos y encumbrados, no es una vuelta, en absoluto, a la pobreza y a la condición humilde[26]. Uno de los pocos momentos, por lo demás, en que parece plantearse un conflicto social, con la preocupación de Dafnis por su insolvencia económica para pretender la mano de Cloe (III 25 ss.), es la divinidad misma la que con su solicitud se encarga de resolverlo.

---

25 En su edición, pág. 20.

26 Aunque en algunos puntos sea discutible, es importante, a este respecto, la contribución de O. Longo, en «Paessaggio di Longo Sofista», *Quad. di Storia* 4 (1978), 99-120.

Descendiendo a los detalles, se ha de hacer notar, por ejemplo, que en Longo aparecen reflejados, incluso con datos muy significativos, un régimen de gran propiedad agraria en manos de la burguesía urbana, tal como sabemos que era lo corriente en la época del autor, y una economía basada, esencialmente, en la agricultura y la ganadería[27], así como la presencia esporádica, pero muy real (también en el relativamente pacífico siglo II), del bandidaje y la piratería, que tanto relieve tienen, igualmente, en las otras novelas. Pero, a la vez, junto a aspectos sugeridos por la realidad de su tiempo, se acumulan otros achacables al peso de la tradición literaria y a las necesidades de la ficción, como ocurre, en especial, con los regalos que los pretendientes y el propio Dafnis ofrecen al supuesto padre de Cloe (I 19, III 25 ss., IV 7) y el silencio, en cambio, respecto a la obligada dote de la novia[28].

3. *Fuentes literarias. Técnica y estilo*

En el capítulo de las fuentes que han inspirado a Longo está, por supuesto, muy en primer plano, el género bucólico, que, combinado con el modelo que le proporcionaba la novela misma precedente, explica muchos de los rasgos particulares de esta obra. Pero otros géneros líricos se revelan también como muy importantes (en buena medida, la elegía helenística y

---

27 Es posible, por supuesto, que, como efecto literario, haya sido exagerada la opulencia de estos grandes propietarios de Lesbos; véase, sobre esto, A. M. SCARCELLA, «Realtà e letteratura nel paesaggio sociale ed economico del romanzo di Longo Sofista», *Maia*, N. S., 2 (1970), 103-131. Señalemos también que este marco socioeconómico es muy semejante al descrito por Aquiles Tacio.

28 Cf. SCARCELLA, «La donna nel romanzo di Longo Sofista», *Giorn. It. Filol.* 24 (1972), 82-83.

una figura como la de Safo), siendo en general las resonancias líricas más nutridas que las homéricas[29], frente a lo que ocurre en otros novelistas. Los pasajes rememorados aparecen como materia reelaborada, según los usos helenísticos, y no como citas (al modo, por ejemplo, de un Caritón). Longo conoce, por otra parte, la poesía latina, y pueden hallarse en él huellas de la lectura de Virgilio y, seguramente, de Ovidio. Muestra, asimismo, en perfecta armonía con sus preferencias poéticas, una concienzuda preparación retórica.

Sin embargo, no se agotan aquí sus fuentes y sus gustos. Longo, como Aquiles Tacio, admite una presencia muy viva de la comedia, especialmente de la llamada Nueva, de la que toma muchos de sus personajes (el parásito, Licenion, los jóvenes ricos de Metimna), nombres propios (Gnatón, Megacles, Sofrone, Rode), algunos ágiles diálogos y soliloquios de un tipo poco frecuente en la novela[30], un indiscutible sentido del humor y, naturalmente, aunque el tema tenga raíces en el mito, la base argumental, con los niños expuestos y luego reconocidos por sus verdaderos padres.

3.1. Respecto a la técnica con que Longo ha construido su novela, una parte de sus ingredientes procede de la tradición del propio género: la pareja de amantes, los viajes, los peligros que ambos corren (con los consabidos secuestros), los momentos de separación, el episodio del proceso, la perseverancia en la castidad, el feliz desenlace, etc. Pero no cabe duda de que en todos ellos ha introducido un punto de vista novedoso. Y la principal novedad, que transforma a casi todos en algo diferente, es su reducción a un plano muy secundario, su tratamiento en tono menor. Aven-

---

[29] Cf. SCARCELLA «La tecnica dell'imitazione in Longo Sofista», *Giorn. It. Filol.* 23 (1971), 34-59.

[30] Cf. M. BERTI, «Sulla interpretazione mistica del romanzo di Longo», *Studi Class. Orient.* 16 (1967), 343-358.

turas y viajes quedan reducidos a la mínima expresión; los raptos se resuelven, ya sea por la intervención humana, ya por la divina, con inusitada rapidez; las separaciones de los amantes apenas duran horas; el proceso se convierte en un breve pleito improvisado con el boyero Filetas como juez; la virginidad de Cloe es preservada, en realidad, por el milagro de una inaudita ignorancia sexual y, ocasionalmente, por los recelos del temeroso Dafnis, etc. Longo ha respetado, pues, las reglas del género, pero adaptándolas radicalmente a sus personales finalidades.

El desarrollo de la novela está dividido en secciones (doce en total), a su vez subdivididas en pequeñas escenas con una distribución que no puede menos de recordar, tanto el reparto del relato en cuadros unidos temáticamente de la pintura narrativa contemporánea, como la ordenación de los temas en los panegíricos retóricos [31]. Dentro de este peculiar esquema, en diversos momentos (especialmente, en los tres primeros libros) la acción de los dos protagonistas se mueve siguiendo líneas paralelas, lo que es, en parte, un recuerdo de las prolongadas separaciones de los amantes en otras novelas y, en parte también, el resultado del intenso aprecio que Longo siente por la simetría. Y lo mismo cabe decir de las dos más amplias cadenas de acontecimientos del libro cuarto, que corresponden, la primera, a Dafnis y, la segunda, a Cloe.

Desde el punto de vista argumental la obra aparece dividida en dos grandes etapas: la exploración del misterio erótico por los adolescentes hasta la revelación

---

31 Cf., sobre todo, SCHISSEL VON FLESCHENBERG, *Entwicklungsgeschichte des griechischen Romans*, Halle, 1913; «Die Technik des Bildeinsatzes», *Philologus* 72 (1913), 83-114, y el artículo «Longos» en PAULY-WISSOWA, *Realencyclopädie*, XIII 2 (1927), cols. 1425-1427; así como MITTELSTADT, *Latomus* 26 (1967), 752-761.

de Licenion y, en segundo lugar, las aspiraciones matrimoniales de la pareja.

El preámbulo, como en Aquiles Tacio, tiene como centro la descripción de un cuadro que sintetiza la materia que será tratada, y, además, según hemos dicho ya, establece una posición programática. En el resto de la novela, con la narración principal, también de acuerdo con las normas del género, se entrelazan las digresiones (*ecfráseis*, mitos).

La brevedad de la novela y su aparente carencia de ambiciones tienen una clara correspondencia con el ritmo ágil[32] y la extrema concentración y concisión con que está redactada. Los discursos, soliloquios y diálogos, así como los relatos secundarios citados, al igual que la narración principal, tienen en común una economía[33] no reñida con el preciosismo y el esmero estilístico. El rápido paso de muchos de los personajes por las páginas de la obra no es obstáculo para el acierto e, incluso, el realismo con que están presentados. Con referencia a los protagonistas se ha podido decir que en su despertar al amor está, probablemente, el mejor hallazgo psicológico de la novela griega[34].

En el plano puramente estilístico, Longo sabe conjugar, como ningún otro novelista, el aparato retórico, con su desfile de figuras, con una gracia, naturalidad y sencillez muy poco corrientes en la prosa griega tardía. Sin embargo, no ha de olvidarse que estas mismas cualidades responden, a su vez, a unos moldes retóricos concretos, que preconizan un estilo tal para ma-

---

[32] Que contrasta con el estatismo bucólico de la novela. Véase, por ejemplo, IV 29, 2 ss., en que las acciones de Gnatón son descritas con una notable celeridad.

[33] En II 15, 1 hay, incluso, una velada alusión a este aspecto del estilo del propio autor.

[34] Cf. S. GASELEE, en su Apéndice (pág. 413) a la edición de Longo y Partenio en «The Loeb Classical Library».

terias como la pastoral, la narración mítica y los temas eróticos [35].

4. *Valoración posterior e influencia. Traducciones*

Del texto de Longo no se ha hallado ni un solo papiro hasta la fecha, lo que (con las debidas reservas) puede interpretarse como síntoma de falta de popularidad en los siglos inmediatamente siguientes. Sin embargo, aunque hemos de esperar al siglo XII para encontrar esporádicos ecos de *Dafnis y Cloe* en los novelistas cultos bizantinos (Nicetas Eugeniano, Teodoro Prodromo y Eustacio Macrembolita), que, en cambio, serán fieles imitadores de Heliodoro y de Aquiles Tacio, se le ha de suponer al texto de Longo una cierta divulgación en fechas anteriores, confirmada tanto por la tradición manuscrita como por su mención a mediados del siglo precedente por Miguel Pselo, el cual, precisamente, recomendaba que no se iniciasen los estudios con novelas como las de Longo y Aquiles Tacio, sino con autores antiguos más graves [36].

En Occidente, si bien la expansión de la novela pastoril fue relativamente temprana, no hay duda de que este género se inspira, en principio, en la poesía bucólica antigua, y no puede hablarse de una influencia de Longo al menos hasta pasada la primera mitad del siglo XVI, aunque no falten quienes crean detectarla previamente en la *Arcadia* de Sannazaro. En realidad,

---

[35] Para un análisis más pormenorizado del estilo de Longo, cf., por ejemplo, la Introducción de la edición de SCHÖNBERGER, págs. 22 y sigs., y L. CASTIGLIONI, «Stile e testo del romanzo pastorale di Longo», *Rendiconti Ist. Lomb.*, S. 2, 61 (1928), 203-223.

[36] Citado en CHRIST-SCHMID-STÄHLIN, *Geschichte der griechischen Literatur,* II, 2, pág. 824 (n. 6).

a Longo empezó a conocérsele sólo cuando se le pudo leer en las traducciones de Amyot, Caro o Day, aunque un helenista como H. Estienne (Stephanus) pudo imitarlo en sus *Églogas* latinas un poco antes.

Dentro de las evidentes concomitancias entre la prosa narrativa del Barroco y la novela griega, que se han señalado con pleno acierto[37], Heliodoro, Aquiles Tacio y Longo son los modelos persistentes. Longo representó, durante mucho tiempo, el papel de guía de la pastoral de esmerada estética y sentimentalismo galante, y así es como comienza a divulgarse, por ejemplo, en Inglaterra, a través de la (más que traducción) adaptación de A. Day (1587), que habría de influir en *Pandosto* y *Menaphon* de R. Greene; indirectamente, en algunos motivos de *The Winter's Tale* de Shakespeare[38], y, tras un largo camino, hasta en la pastoral dieciochesca de Ramsay. En cambio, el posible influjo sobre obras de otro carácter, como *Joseph Andrews* y *Tom Jones*[39], es mucho más discutible y remoto.

En Francia, las primeras huellas de Longo pueden señalarse en D'Urfé y, seguramente, la tan celebrada traducción de Amyot ha influido más de lo que cabe sospechar en la literatura francesa del XVI y XVII, tal como ocurrirá, después, en la poesía bucólica del XVIII y en obras concretas, como el relato erótico *Annette et Lubin* (1761) de Marmontel. La presencia de Longo

---

37 Cf., por ejemplo, G. Molinié, *Formation et survie des mythes. Colloque de Nanterre*, París, 1977, págs. 75-80.

38 Sigue siendo básico para el tema el libro de S. L. Wolff, *The Greek Romances in Elizabethan Prose Fiction*, Nueva York, 1912. Cf., también, F. A. Todd, *Some Ancient Novels*, Londres, 1940. Es importante señalar (con Wolff, pág. 335) que en la *Arcadia* de Sidney, contra lo que se ha afirmado a veces, no parece haber indicios de la influencia de Longo.

39 Cf. G. Highet, *The Classical Tradition. Greek and Roman Influences on Western Literature*, Oxford (reimpr.), 1951, página 343.

(aunque cristianizada) es indiscutible, por otra parte, en la prerromántica y patética historia de B. de Saint-Pierre, *Paul et Virginie* (1787). Y, todavía en el siglo pasado, Longo mantiene su atractivo para cierta clase de autores: así, para F. Fabre (*Le chevrier* es de 1866), para P. Louy y, de un modo tan patente casi como para Saint-Pierre, para Mistral en su *Miréio.*

En lengua alemana, como Schönberger reconoce[40], es muy difícil encontrar rastros seguros de la influencia de Longo durante el siglo XVII, incluso después de aparecer la traducción de Wolstand (1615) y a pesar del desarrollo del género pastoril. Debemos esperar al siglo siguiente para hallarlos, y de modo notable, en los idilios de Gessner (1754), que tanto éxito alcanzaron en toda la Europa occidental[41]. Por lo demás, es bien conocido el entusiasmo de Goethe por la obra de Longo, que no sólo se manifiesta en sus explícitas declaraciones, sino, aunque, por contraste, de manera bien sutil, en la muy particular atmósfera de su *Hermann y Dorothea*[42].

En España la suerte de Longo ha sido un tanto oscura y no es un azar que, hasta fines del siglo pasado, no haya existido una traducción en castellano. Es muy posible que la razón profunda de esta reserva ante una novela como ésta haya sido de orden moral. Todavía Valera en el prólogo de su versión, a la que luego nos referiremos, juzga necesario salir al paso

---

40 En su edición, pág. 30.

41 Por supuesto y a pesar de la exclusión de los elementos eróticos, a nadie se le oculta que Longo (a través, probablemente, de sus imitadores) está en la base de la sentimental historia de *Heidi* de J. SPIRI.

42 G. ROHDE, «Longus und die Bukolik», *Rhein. Mus.*, N. S., 86 (1937), 35, señala *Fausto* II, 9558 ss., como un posible eco de Longo, sugerencia que es recogida por SCHÖNBERGER en su edición, pág. 31. Sin embargo, el texto de GOETHE no creemos que permita una clara decisión.

de una probable censura, y también es curioso que la palabra «indecencias», para referirse a Longo, se deslice aún, en fecha reciente, en un estudio de aséptica filología publicado en nuestra lengua[43]. De hecho, no se puede mostrar de un modo relativamente aceptable la influencia de Longo en la novela barroca española, a pesar de que se hayan hecho referencias concretas a la poco airosa continuación de *La Diana enamorada*, obra de Alonso Pérez, o a la *Arcadia* de Lope de Vega[44]. Aunque carezcamos de un estudio serio sobre la cuestión, parece prudente sumarse a la opinión expresada por F. López Estrada[45], con clara desconfianza hacia tal influencia en el género pastoril, precisamente el que habría debido ser el más propicio para recibirla.

Es a fines del siglo XIX cuando, en torno a la fecha de la citada versión de Valera, parece despertarse un cierto interés por Longo. El mismo Valera reconoce haberse inspirado en él para su *Pepita Jiménez*, y no hace falta ser muy observador para rastrear un eco, aunque vago, en los capítulos iniciales de *La madre naturaleza* de la Pardo Bazán, publicada poco después (1887). De un modo aún más explícito se reconocerá esta influencia, por parte de su autor, en una novela de tesis como *Los trabajos de Urbano y Simona* (1923) de R. Pérez de Ayala. Y de fecha aún más reciente es el poema que, con el título de *Dafnis y Cloe*, escribió M. Bacarisse.

En las últimas décadas puede hablarse de una indudable profundización en nuestro conocimiento de Longo, merced sobre todo a la oleada de estudios con fines de exégesis religiosa y a la polémica levantada en

---

43 M. R. Lida de Malkiel, *La tradición clásica en España*, Barcelona, 1975, pág. 349.

44 Por ejemplo, en Schönberger, *op. cit.*, págs. 28 y sig.

45 *Los libros de pastores en la literatura española*, Madrid, 1974, pág. 70.

su torno, aunque este hecho apenas ha tenido repercusión fuera del ámbito de la especialización filológica. En la literatura contemporánea es una tarea que sobrepasa nuestras fuerzas intentar hallar posibles resonancias de su lectura, y, sin embargo, nos atreveríamos a señalar algunas muy verosímiles en determinadas obras del no hace mucho fallecido V. Nabokov[46] y a recordar al lector la presencia de *Dafnis y Cloe* en la biblioteca del verdulero Greff en *El tambor de hojalata* de G. Grass.

La pintura[47], incluidas las abundantes (y algunas muy famosas) ilustraciones de la novela (Barthe, Scott, Rossi, Bonnard, Maillol, etc.), ha mostrado con profusión su aprecio por la obra de Longo: baste citar el notable caso de Corot. Y la música no ha desdeñado, en absoluto, un tema tan conocido: señalemos sólo el *Dafni e Cloe* de Morselli y las célebres *suites* de Ravel.

4.1. Aun antes de que saliera a la luz la primera edición del texto griego, ya habían aparecido traducciones en diversas lenguas: la italiana de A. Caro (iniciada hacia 1537, pero publicada más de un siglo después), la tan alabada de J. Amyot al francés (1559), que habría de quedar como modelo durante siglos y sirvió de base para la latina, en hexámetros, de L. Gambara (1569), y la (muy libre) inglesa de A. Day (1587).

En latín, además de la traducción de Gambara, pueden leerse otras versiones, como la de G. Jungermann (1605), tenida especialmente en cuenta para la inglesa de Thornley, y la de E. E. Seiler (1843).

En alemán la primera traducción fue la de D. Wolstand (1615), posterior a la *editio princeps*, siguiéndola

---

46 Cf. nuestra n. 151 de la traducción. El lector podrá juzgar si en los capítulos iniciales de *Ada* hay o no reminiscencias de *Dafnis y Cloe*.

47 Véase una prolija relación de artistas en SCHÖNBERGER, *op. cit.*, págs. 32 y sig.

otras como las de F. Grillo (1765), J. G. Krabinger (1809), F. Passow (1811), Fr. Jacobs (1832), reimpresa innumerables veces[48], y, de fechas más recientes, las de L. Wolde (1910) y E. R. Lehmann (1959); la que acompaña al texto griego en la edición de O. Schönberger (1960), a nuestro juicio muy meritoria y precisa, y la de A. Mauersberger (1976), última de que tenemos noticia.

En lengua inglesa, a la adaptación de Day siguió la versión de G. Thornley (1657), la primera, en realidad, en esta lengua y que, como la de Amyot en Francia o la de Jacobs en los países de habla alemana, había de quedar como modélica, lo que se debe, sin duda, a su prosa preciosista aunque excesivamente libre[49]. Otras traducciones en inglés dignas de mención por diversas razones son las de C. v. Le Grice (1803), W. D. Lowe (1908), de carácter escolar y con censura de pasajes juzgados inconvenientes; G. Moore (1924), J. Lindsay (1948), M. Hadas (1953), P. Turner (1956), especialmente destacable por su calidad, y, la última en llegar a nuestro conocimiento, la de P. Sherrard (1965), con ilustraciones de S. Papassavas.

En francés, después de la de Amyot[50], no han faltado otras versiones: así, la de Ch. Zevort (1856) y, en fecha más próxima, las de G. Dalmeyda (en su edición, 1934) y de P. Grimal (1958), de gran mérito ambas.

En italiano hubo, además de la de Caro, otras traducciones de fecha antigua, como las de G. B. Manzini (1643) o G. Gozzi (1766), mientras que de época reciente cabe mencionar la de G. Balboni (1958)[51].

---

48 A los datos que proporciona Schönberger (pág. 35) puede añadirse la reedición con algunos retoques a cargo de J. Garbe (1962⁴).

49 Hoy puede leerse, en forma revisada, en la edición de Edmonds.

50 Que fue revisada y completada por Courier en 1810.

51 Naturalmente no han faltado versiones en otras muchas

En España, ya hemos adelantado que antes de la traducción de don Juan Valera (1880) no parece haber existido ninguna otra traducción castellana[52]. En cambio, sí ha habido al menos cuatro en fecha posterior, sin que ninguna de ellas haya supuesto (es nuestra opinión) una aportación excepcional y algunas, más bien, lo contrario: se trata de las de J. M. Espinas Masip (1951), J. Farrán y Mayoral (1960), J. B. Bergua (1965) y la de J. N. de Prado y A. Blánquez (1965)[53].

Digamos, para terminar, que en lengua catalana se cuenta hoy con la versión de J. Berenguer (1964).

5. *Transmisión del texto. Ediciones*

El texto de Longo[54] nos ha llegado a través de diversos manuscritos, de los cuales el único casi completo

---

lenguas (cf. algunas referencias en Schönberger, a las que puede añadirse la reciente traducción al griego moderno por R. Roufos [1970]).

52 Después de tantas alabanzas y críticas como esta traducción ha recibido (en muchos casos suponemos que sin el debido cotejo con el original griego), sería deseable una opinión más ponderada. A nuestro modo de ver deberían distinguirse tres aspectos muy distintos: la lengua de Valera, a la que no cabe poner objeciones desde luego; su versión, que, desde un punto de vista estrictamente filológico, deja mucho que desear, pero que responde a una vieja tradición de traducciones muy literarias y libres; y su principal mérito, que fue permitir la lectura de Longo en castellano por primera vez. Una cuarta cuestión, la de que, por razones morales, haya varias páginas en que texto y traducción sigan caminos diferentes, no merece a estas alturas un comentario.

53 Desde hace algún tiempo prepara una edición crítica de Longo con una nueva traducción el profesor de la Universidad de Salamanca F. Romero Cruz.

54 Para un estudio de detalle, remitimos a las introducciones de las ediciones de Kairis, Dalmeyda y Schönberger, así como a H. Dörrie, *De Longi, Achillis Tatii, Heliodori memoria*, Gotinga, 1935.

es, precisamente, el más antiguo, el llamado *Laurentianus conv. soppr. 627*, del siglo XIII. Los demás tienen fechas recientes, entre los siglos XVI y XVIII, y, en última instancia, se remontan todos a un arquetipo que puede fecharse en los siglos IX o X. La pérdida gradual de cinco hojas del arquetipo, deducible del estado del texto transmitido, explica que todos nuestros manuscritos, excepto el *Laurentianus* citado, ofrezcan una laguna, aunque de diversa extensión, en el libro primero[55], cuyo contenido no estuvo al alcance de los editores hasta el descubrimiento del *Laurentianus* por el francés P. L. Courier en los primeros años del siglo pasado[56], el cual estuvo así en condiciones de publicar por primera vez el texto íntegro de la novela.

5.1. Ésta es la razón por la que el conjunto de las ediciones de Longo pueda dividirse en dos etapas, en cuanto al volumen del texto impreso. La primera se inicia, por supuesto, con la tardía *editio princeps*, obra de R. Colombani (Florencia, 1598), y en ella han de citarse las posteriores ediciones de G. Jungermann (1605), B. G. L. Boden (1777) y J. B. C. d'Ansse de Villoison (1778), esta última dotada de un importante comentario. En la segunda etapa, que arranca de la de Courier (1810), se han de destacar las ediciones de E. E. Seiler (1843), seguramente la mejor hasta fecha reciente, y las, todavía muy utilizadas, de las colecciones de *Erotici Scriptores* de G. A. Hirschig (1856) y R. Hercher (1858). De fechas más recientes son las de J. M. Edmonds (1916), que incluye la ya citada versión

[55] Laguna que afecta a los capítulos 12-17. El *Laurentianus*, a su vez, tiene otra laguna importante (además de otras menores) al final del libro tercero y comienzo del cuarto.

[56] Este descubrimiento, como es sabido, fue acompañado de un escándalo provocado por una mancha de tinta con que el propio Courier dañó el manuscrito. Véase una detallada historia de esta cuestión en un apéndice de la edición de DALMEYDA.

inglesa (naturalmente, retocada y ampliada) de Thornley, pero que como edición no merece el menor elogio, y la de A. Kairis (1932)[57], de gran calidad como verdadera edición crítica y a la que, en buena parte, sigue la de G. Dalmeyda (1934). La de O. Schönberger (1960), cuyo texto aceptamos para esta traducción, nos parece también excelente, aunque su aparato crítico sea demasiado limitado: su marcado conservadurismo en el establecimiento del texto, lejos de la tendencia correctora de Edmonds, Kairis y Dalmeyda, nos ha parecido, en este caso al menos, una garantía y un mérito[58].

---

[57] Autor también de un estudio (inédito) sobre la lengua de Longo.

[58] A punto de salir de la imprenta este libro, nos llega la noticia de dos nuevas traducciones de Longo al castellano: L. Rojas Álvarez, *Longo. Pastorales de Dafnis y Cloe*, México, 1981 (bilingüe), y F. J. Cuartero, *Dafnis y Cloe*, Barcelona, 1982.

BIBLIOGRAFÍA

M. BERTI, «Sulla interpretazione mistica del romanzo di Longo», *Studi Class. Orient.* 16 (1967), 343-358.

J. M. BLANCHARD, «*Daphnis et Chloé*: histoire de la *mimésis*», *Quad. Urbin.* 20 (1975), 39-62.

C. BONNER, «On Certain Supposed Literary Relationships», I-II, *Class. Philol.* 4 (1909), 32-44 y 276-290.

M. BRIOSO, «Sobre la interpretación del símil de *Dafnis y Cloe* II 15, 3», *Emerita* 45 (1977), 379, 385.

— «Notas sobre Longo», en prensa en *Habis* 10 (1979).

L. CASTIGLIONI, «Stile e testo del romanzo pastorale di Longo», *Rendiconti Ist. Lomb.*, Ser. 2, 61 (1928), 203-223.

H. H. O. CHALK, «Eros and the Lesbian Pastorals of Longos», *Journ. Hell. Stud.* 80 (1960), 32-51.

G. DALMEYDA, *Longus, Pastorales* («*Daphnis et Chloé*»), París, 1934 (1960[2]).

S. DELIGIORGIS, «Longus'Art in Brief Lives», *Philol. Quart.* 53 (1974), 1-9.

H. DÖRRIE, *De Longi, Achillis Tatii, Heliodori memoria*, Gotinga, 1935.

J. M. EDMONDS, «*Daphnis and Chloe*» *by Longus*, Londres-Nueva York, 1916.

Erotica Antiqua. Acta of the Int. Congress on the Ancient Novel, Bangor, 1977.

W. E. Forehand, «Symbolic Gardens in Longus' *Daphnis and Chloe*», *Eranos* 74 (1976), 103-112.

C. GARCÍA GUAL, *Los orígenes de la novela*, Madrid, 1972.

F. GARIN, «Su i romanzi greci», *Studi It. Filol. Class.* 17 (1909), 423-460.

A. GEYER, «Roman und Mysterienritual. Zum Problem eines Bezugs zum dionysischen Mysterienritual im Roman des Longos», *Würzb. Jahr. f. d. Altertumswiss.*, N. S., 3 (1977), 179-196.

G. GIANGRANDE, «Konjekturen zu Longos, Xenophon Ephesios und Achilles Tatios», en *Miscellanea Critica... B. G. Teubner*, Leipzig, 1964, I, págs. 97-118.

E. H. HAIGHT, *Essays on the Greek Romances*, Nueva York, 1943.

R. HELM, *Der antike Roman*, Berlín, 1948 (Gotinga, 1956²).

A. KAIRIS, *Longus, Pastorales*, Atenas, 1932.

J. KESTNER, «Ekphrasis as Frame in Longus' *Daphnis and Chloe*», *Class. World* 72 (1973), 166-171.

D. N. LEVIN, «The Pivotal Role of Lycaenion in Longus' Pastorals», *Riv. Stud. Class.* 25 (1977), 5-17.

— «To whom did the Ancient Novelists address themselves?», *ibid.*, 18-29.

O. LONGO, «Paesaggio di Longo Sofista», *Quad. di Storia* 4 (1978), 99-120.

W. E. McGULLOH, *Longus*, Nueva York, 1970.

C. MEILLIER, «L'épiphanie du dieu Pan au livre II de *Daphnis et Chloé*», *Rev. Ét. Gr.* 88 (1975), 121-132.

R. MERKELBACH, «*Daphnis und Chloe*. Roman und Mysterium», *Antaios* 1 (1959), 47-60.

— *Roman und Mysterium*, Munich-Berlín, 1962.

C. MIRALLES, *La novela en la antigüedad clásica*, Barcelona, 1968.

M. C. MITTELSTADT, *Longus and the Greek Love Romance*, tesis doct., Stanford, 1964.

— «Longus, *Daphnis and Chloe* and the Pastoral Tradition», *Class. et Med.* 27 (1966), 162-177.

— «Bucolic-lyric Motifs and Dramatic Narrative in Longus' *Daphnis and Chloe*», *Rhein. Mus.* 113 (1970), 211-227.

— «Love, Eros and Poetic Art in Longus», en *Fons Perennis. Saggi... in onore di V. d'Agostino*, Turín, 1971, págs. 305-332.

B. E. PERRY, *The Ancient Romances, a Literary-historical Account of their Origins*, Berkeley, 1967.

B. P. REARDON, *Courants littéraires grecs des IIe et IIIe siècles après J.-C.*, París, 1971.

M. D. REEVE, «Author's Variants in Longus», *Procced. Cambr. Philol. Soc.* 15 (1969), 75-85.

— «Fulvio Orsini and Longus», *Journ. Hell. Stud.* 99 (1979), 165-167.

H. Reich, *De Alciphronis Longique aetate*, tesis doct., Königsberg, 1894.

E. Rohde, *Der griechische Roman und seine Vorläufer*, Leipzig, 1914³ (= 1960).

G. Rohde, «Longus und die Bukolik», *Rhein. Mus.*, N. S., 86 (1937), 23-49.

F. Romero Cruz, «Sobre la transmisión textual de Longo», *Emerita* 46 (1978), 131-135.

C. Ruiz Montero, *Análisis estructural de la novela griega*, Salamanca, 1979 (inéd.).

G. Salanitro, «Varia philologica», *Helikon* 13-14 (1973-4), 400-406.

A. M. Scarcella, *La Lesbo di Longo Sofista*, Roma, 1968.

— *Struttura e tecnica narrativa nel romanzo di Longo Sofista*, 1968.

— «Realtà e letteratura nel paesaggio sociale ed economico del romanzo di Longo Sofista», *Maia*, N. S., 2 (1970), 103-131.

— «La tecnica dell'imitazione in Longo Sofista», *Giorn. It. Filol.* 23 (1971), 34-59.

— «La donna nel romanzo di Longo Sofista», *ibid.* 24 (1972), 63-84.

O. Schissel von Fleschenberg, *Entwicklungsgeschichte des griechischen Romans*, Halle, 1913.

— «Technik der Romanschlüsse im griechischen Liebesroman», *Wien. Stud.* 30 (1908), 231-242.

— «Die Technik des Bildensatzes», *Philologus* 72 (1913), 83-114.

— «Longos», en *Realencyclopädie* de Pauly-Wissowa, XIII 2 (1927), cols. 1425-1427.

O. Schönberger, *Longos, Hirtengeschichten von «Daphnis und Chloe»*, Berlín, 1960.

— «Spiegelung eines alten Verses?», *Rhein. Mus.* 119 (1976), 95-96.

P. Turner, «*Daphnis and Chloe*: An Interpretation», *Gr. and Rom.*, 2.ª S., 7 (1960), 117-123.

E. Vaccarello, «L'eredità della poesia bucolica nel romanzo di Longo», *Il Mondo Class.* 5 (1935), 307-325.

G. Valley, *Über den Sprachgebrauch des Longus*, tesis doct., Uppsala, 1926.

H. van Thiel, «Über die Textüberlieferung des Longus», *Rhein. Mus.*, N. S., 104 (1961), 356-362.

J. R. VIEILLEFOND, «Paul-Louis Courier et l'Hellénisme au début du XIXe siècle», *Rev. Ét. Gr.* 91 (1978), 177-185.

D. C. C. YOUNG, «Author's Variants in the Manuscript Tradition of Longus», *Proceed. Cambridge Philol. Soc.* 14 (1968), 65-74.

— «Second Thoughts on Longus's Second Thoughts», *ibid.*, 17 (1971), 99-107.

PREAMBULO

De caza en Lesbos, en un soto de las Ninfas contemplé el más bello espectáculo que he visto: una pintura, una historia de amor[1]. Lindo también era el soto, arbolado, florido, con corrientes de agua. Un manantial todo lo nutría, flores y arboleda. Pero más deliciosa era la pintura, por su arte acabada, por su amorosa peripecia. Tanto que muchos, forasteros incluso, acudían a su fama, por devoción a las Ninfas y por el espectáculo del cuadro: había en él mujeres de parto, 2 otras ataviando con pañales, criaturas expuestas, ganado amamantándolas, pastores que las toman a su cargo, jóvenes prometiéndose, correrías de bandoleros, incursión de enemigos. Otros muchos episodios y todos de amor vi y admiré y tuve el deseo de darles con la letra una réplica[2].

Luego de procurarme un intérprete del cuadro, mi 3 empeño produjo cuatro libros, ofrenda a Eros, a las Ninfas y a Pan, y un bien[3] para el gozo de todas las

1 Un estudio detallado del tipo de introducción a que responde ésta, con una *écfrasis*, puede leerse en el artículo de O. SCHISSEL VON FLESCHENBERG, «Die Technik des Bildeinsatzes», *Philologus* 72 (1913), 83-114.

2 Tópico del parangón entre pintura y poesía, de antiquísimo arraigo en la literatura griega, y resumido en el célebre «ut pictura poesis» horaciano.

3 Es difícil imaginar que no tenga Longo en la memoria un pasaje como TUCÍDIDES, I 22, 4.

gentes, que salud dé al enfermo y al que pena consuele, del que amó los recuerdos avive, y sea mentor del no
4 enamorado. Que en absoluto nadie escapó o escapará del Amor mientras exista hermosura y ojos para verla. Pero a nosotros el dios nos permita, con el alma sana, poner por escrito las pasiones ajenas [4].

---

[4] Para la interpretación, cf. nuestras «Notas sobre Longo», *Habis* 10 (1979), § 2.1, en prensa.

LIBRO PRIMERO

Mitilene es una ciudad de Lesbos, grande y bella, 1
pues está dividida por canales, circulando en su interior el mar, y la engalanan puentes de pulida y blanca piedra. Cabría pensar que se ve no una ciudad, sino una isla[5].

A unos doscientos estadios[6] de esta ciudad de Miti- 2
lene había una finca de un hombre adinerado, la más bonita propiedad: montes criaderos de caza, llanadas de trigales, colinas de viñedos, pastos para el ganado. Y a lo largo de una playa dilatada, de muelle arena, batía el mar.

Cuando en esta finca apacentaba el rebaño un ca- 2
brero, por nombre Lamón, encontró un niño al que una de las cabras daba de mamar. Había un encinar y maleza poblada de zarzales con hiedra errante por encima y blando césped, en el cual el crío yacía. Allá la cabra corriendo de continuo iba a desaparecer una y otra vez y, dejando a su chivo abandonado, se demoraba junto a la criatura.

---

[5] La antítesis es artificiosa y de ahí que muchos traductores recurran a una mención más plural, como «un archipiélago», «un grupo de islas», etc. Este contraste entre ciudad e isla se repetirá en Aquiles Tacio (II 14). Por otra parte, de esta conformación de Mitilene nos hablan Pausanias (VIII 30, 2) y Estrabón (XIII, 2, 2), y de la belleza de la ciudad es aún un eco el «Mytilene pulchra» de Horacio, *Epist.* I 11, 17.

[6] Algo más de 35 Km.

2 Atento está Lamón a estas idas y venidas, compadecido del chivo descuidado. Y en el apogeo del mediodía, yendo en pos del rastro, ve a la cabra que cautelosamente lo tiene con sus patas rodeado, para, al pisar, no ocasionarle con las pezuñas ningún daño, y al niño que, como del seno mismo de su madre, el hilo
3 de leche succionaba. Con el asombro que era natural, se les acerca y descubre a un varoncito, robusto y lindo, entre pañales mejores que la suerte de un niño abandonado. Pues había una mantilla de púrpura, un broche de oro y una espadita con empuñadura de marfil[7]

3 A lo primero se le ocurrió, llevándose tan sólo las prendas de identificación, no atender a la criatura. Luego, avergonzado de no imitar en humanidad ni aun a una cabra, y esperando la llegada de la noche, lleva todo, las prendas y el niño y hasta la propia cabra,
2 ante Mírtale, su mujer. Y a ella, estupefacta ante la idea de que las cabras paran niños, todo se lo explica: cómo lo encontrara abandonado, cómo lo viera alimentarse, cómo se avergonzó de dejarlo para que muriese allí. Siendo ella de igual parecer, esconden los objetos que acompañaban al expósito, aceptan la criatura como suya y confían a la cabra su crianza. Y a fin de que también el nombre del niño pareciese el de un pastor, acordaron ponerle Dafnis.

---

7 Típicos *gnorísmata* o prendas que permitían un eventual reconocimiento futuro por parte de los auténticos padres de la criatura expuesta. Tres objetos hay también en el *Ión* euripideo (vv. 1412 ss.), remoto modelo de este recurso tan utilizado por la Comedia Nueva, etc. En cuanto a estas prendas concretas, el término que traducimos por «mantilla» es variable en los manuscritos y vuelve a ser problemático en IV 21, 2, y, de todos modos, otro semejante aparece en MENANDRO, *Tonsurada* 822 (392). La púrpura era el color noble por excelencia y corroboraba la buena cuna del niño. Y una espada se da con idéntica función en la leyenda de Teseo, tal como vemos en el fr. 236 PF., de CALÍMACO.

Pasados que fueron ya dos años, un pastor, de nom- 4
bre Driante, que apacentaba ganado en campos aledaños, tropieza también él con hallazgo y espectáculo parejos. Había una gruta dedicada a las Ninfas, un gran peñasco hueco en su interior, por fuera redon-
deado[8]. Las imágenes de las propias Ninfas habían 2
sido labradas en piedra: los pies descalzos, brazos desnudos hasta la altura de los hombros, las cabelleras sueltas hasta las gargantas, un cinto en torno al talle, despejado el ceño por una sonrisa. El aire del grupo era el de un corro de danzantes.

La cueva arrancaba desde el centro exacto de la 3
gran peña. Y el agua que del manantial borboteaba se vertía en forma de arroyuelo, de suerte que delante de la gruta también se extendía un prado delicioso, al nutrir la humedad abundante y tierna hierba. Y estaban allí consagrados, como exvotos de viejos pastores, colodras, flautas, zampoñas y caramillos[9].

A este santuario de las Ninfas una oveja recién pa- 5
rida acudía con tal asiduidad que en muchas ocasiones se la creyó perdida. Con la intención de corregirla y hacerla retornar a las buenas costumbres anteriores, Driante, combando una atadura de verde varilla de mimbre a manera de lazo, se allegó a la peña para
atraparla allí. Mas de cerca no alcanzó a ver nada de 2
lo que había esperado, sino a aquélla, que le daba a una criatura la ubre del modo más humano para que sin escatimar mamara de su leche, y a ésta que, sin llorar, ansiosamente pasaba de la una a la otra ubre su boca limpia y reluciente, pues la oveja con su lengua le lamía la cara en cuanto se saciaba de alimento.

---

8 Cf. descripciones de grutas en *Odisea* XIII 102-112, Teócrito, VII 136 ss., y sobre todo, Alcifrón, IV 13, 4 s.

9 Para detalles sobre las flautas antiguas, cf. A. A. Howard, «The Αὐλός or Tibia», *Harv. Stud. Class. Philol.* 4 (1893), 1-60, e *infra*, n. 16.

3 Hembra era el pequeñuelo éste y también la acompa-
ñaban pañales y prendas destinadas a ser reconocidas:
una cofia bordada en oro, zapatos dorados y ajorcas
de oro para los tobillos [10].

6 Con la idea de que su hallazgo era algún designio
divino y con la oveja de maestra en compasión y amor
a la criatura, la alza entre sus brazos, pone a buen
recaudo en su zurrón las prendas y ruega a las Ninfas
que sea de feliz augurio la crianza de la que bajo su
2 amparo había estado. Y al llegar la hora de recoger el
hato y llegado que hubo a la majada, le cuenta lo que
viera a su mujer, le enseña lo encontrado, la anima a
tenerla por su hijita y, sin dar cuenta a nadie, a criarla
3 como propia. Y Nape (que así se llamaba), al punto,
fue una madre que puso tal amor en la pequeña cual
si temiera que la oveja fuese a avergonzarla. Y tam-
bién ella le da, para evitar sospechas, un nombre de
pastora: Cloe [11].

7 Estos niños crecieron prontamente y en ellos resal-
taba una belleza en nada rústica. Ya tenía el uno quince
años y ella dos menos, cuando Driante y Lamón en una
2 misma noche tuvieron este sueño: les pareció que las
Ninfas de la gruta aquélla de la fuente, en que Driante
hallara a la pequeña, ponían a Dafnis y a Cloe en ma-
nos de un rapaz presuntuoso y guapo, con alas en los
hombros y dardos y un arco diminutos. Y que el rapaz,
con un toque a ambos de una saeta solamente, les or-

---

[10] El término *mitra* («cofia») puede referirse realmente a una especie de cofia, pero también es uno de los varios nombres del ceñidor del pecho femenino. Aquí parece más verosímil lo primero. Sin embargo, en Heliodoro la protagonista Cariclea llevaba, precisamente, al ser expuesta, un ceñidor entre sus *gnorísmata*. Por lo demás, otra *mitra* aparece con esta misma función en *Tonsurada* 823 (393), y unos zapatos, en el ya mencionado fr. de CALÍMACO.

[11] «Hierba tierna y verde». Como epíteto se aplica a la diosa agrícola Deméter.

denaba apacentar en adelante, a él el rebaño de las cabras, a ella las ovejas.

La visión de este sueño los afligió, porque pararían 8
en pastores y cabreros[12] los que por la calidad de sus pañales estaban llamados a un destino superior, en atención al cual con mesa más escogida los criaban y habían hecho que aprendieran las letras y todo cuanto de bueno la vida del campo permitía. Pero su parecer fue seguir los dictados de los dioses, por cuya providencia se habían salvado. Se dan cuenta mutuamente 2
de su sueño y hacen un sacrificio al lado de las Ninfas en honor del mozalbete de las alas (pues no sabían su nombre) y los mandan de pastores con sus hatos, no sin enseñarles cada cosa: de cómo hay que llevarlos al pasto antes del mediodía y luego de que afloje la calor[13]; de la hora de abrevarlos, de la de traerlos de 3
vuelta a la majada; con cuáles se ha de echar mano del cayado, con cuáles sólo de la voz. Y ellos con mucho gozo lo aceptaban, como elevado mando, y en cabras y en ovejas pusieron más amor que es de uso entre pastores, la una porque el estar a salvo a una oveja atribuía, el otro por tener en la memoria cómo, abandonado, una cabra lo criara.

Érase el comenzar la primavera[14] y todas las flores 9
mostraban su esplendor, en los sotos, en los prados y en los montes. Había ya rumor de abejas, gorjeo de los pájaros cantores, brincos de recentales: los corderos

---

12 La capacidad decisoria del sueño es un tópico muy antiguo en la literatura griega y representa un modo de intervención divina en la vida humana. La imposición por este conducto de una profesión recuerda, sin duda, los sueños de consagración de los artistas (cf., del autor de esta traducción, «¿Otra consagración poética?: Anacreóntica primera», *Emerita* 47 [1979], 1-9).

13 Sobre este tema, cf. VIRGILIO, *Geórgicas* III 322-338.

14 Cf. otra descripción de la primavera, con diferente tono desde luego, en III 12 s., así como las demás descripciones de las estaciones en I 23, 3; II 1, y III 3.

retozaban en las lomas, zumbaban en las praderas las abejas, las espesuras resonaban con el trino de las
2 aves. En todo reinaba tan bonancible tiempo que, tiernos y juveniles como eran, se pusieron a imitar cuanto escuchaban y veían. Si oían el canto de los pájaros, cantaban ellos; si contemplaban a los corderos respingando, saltaban ágilmente, y, también por querer emular a las abejas, recogían las flores y unas se las echaban al regazo y otras, entretejidas en menudas guirnaldas, las llevaban a las Ninfas.

10 Comunes eran todos sus actos a fuerza de acudir a vecinos pastizales. Muchas veces Dafnis reagrupaba las ovejas que se apartaban del rebaño, muchas veces era Cloe la que hacía descender desde los riscos a las más atrevidas de las cabras. Y también uno guardaba ambas manadas, cuando el otro se enfrascaba en un juego. Y estos juegos suyos eran los propios de pas-
2 tores y de niños. Ella salía a recoger de algún paraje tallos de asfódelo[15] y tejer una jaula para grillos y, atareada en esto, desatendía sus ovejas. Él cortaba finas cañas, agujereaba los tramos entre nudos y, soldándolos con blanda cera, se ejercitaba en tañer su
3 flauta hasta que era anochecido[16]. En ocasiones incluso compartían su leche y vino, y de las meriendas, que llevaban de casa, hacían plato común. Y antes se habría visto sus ovejas y sus cabras unas de otras separadas que a Cloe de Dafnis.

---

15 Cf. Teócrito, I 52 s.

16 Se trata de la *siringa* o flauta de Pan. Esta especie de zampoña podía estar formada por un número variable de canutos soldados entre sí y, en principio, de igual longitud, por lo que la cera era usada también para taponarlos y crear así el requerido escalonamiento de sus longitudes. Pero (cf. II 34, 3) sin duda Longo se refiere ya a la más moderna zampoña de «cañas desiguales», que será prolijamente descrita por Aquiles Tacio en VIII 6.

Pero mientras se dedican a semejantes juegos Amor 11 se ingeniaba para darles desazón de esta manera:

Una loba, que criaba unos cachorros y urgida de buscar pitanza para darles el sustento, de los campos vecinos sustraía abundantes presas de otros rebaños. Se reúnen, pues, los aldeanos. Por la noche cavan fosos 2 de una braza de ancho por cuatro de hondo. Desparraman, llevándola a distancia, la mayor parte de la tierra removida y, tendiendo varas secas y alargadas para cubrir la zanja, esparcen el resto de la tierra hasta dar la apariencia que el suelo tenía antes. De tal modo que, con una liebre que a la carrera cruce, quiebre las ramas, menos resistentes que pajuelas, y entonces se averigüe que no había tal suelo sino un remedo solamente[17].

Pese a que excavaron muchos hoyos así, tanto en los 3 montes como en los llanos, no lograron capturar a la loba, pues no se le escapaba que aquél era un suelo artificial. Pero sí hicieron perecer muchas cabras y ovejas, y por poco a Dafnis de este modo:

Unos machos cabríos en pleno celo se pusieron a 12 luchar. A uno de ellos de resultas de un choque más violento se le quiebra un cuerno y, dolorido y resoplando, emprende una huida que el ganador, yéndole a la zaga, no le deja detener. Dafnis, con sentimiento por el cuerno roto, a la vez que irritación por la arrogancia, toma un palo y el cayado y tras el perseguidor se lanza en persecución. Y como lo mismo el que es- 2 capaba que el que furibundo perseguía no acertaban a distinguir con precisión lo que pisaban, caen los dos en una zanja, por delante el macho y detrás Dafnis. A Dafnis justamente lo libró que el buco le sirviera de sostén en su caída.

---

17 Heródoto (IV 201) nos describe una trampa muy semejante, aunque con una finalidad bien distinta.

3 Quedó, pues, el muchacho entre sollozos a la espera
de que alguien, si pasaba, fuera a izarlo. Pero Cloe,
que vio lo sucedido, se presenta a la carrera junto al
foso, se entera de que vive y reclama el socorro de un
4 vaquero de los campos cercanos. Éste llega y busca
una soga tan larga que, sujeto a ella y a tirones desde
arriba, pueda salir Dafnis. No había cuerda ninguna,
pero Cloe, soltándose el ceñidor[18], se lo alarga al va-
quero para echarlo, y así los dos en el borde se pusie-
ron de pie a tirar. Y Dafnis trepó ayudando con las
5 manos a sus tirones del ceñidor, e izaron también al
macho desdichado, que tenía quebrados los dos cuer-
nos: ¡tanto expió por el buco derrotado! Al vaquero
se lo dan agradecidos en recompensa para ser sacrifi-
cado, y se aprestan a fingir un ataque de los lobos si
alguien de sus casas lo echa en falta.

De regreso pasan revista a sus ovejas y sus cabras,
y una vez que han averiguado que tanto unas como
otras siguen paciendo en orden, sentados en el tronco
de una encina miran a ver si Dafnis, de la caída, sangra
6 en alguna parte de su cuerpo. No había desde luego
herida alguna ni sangraba, pero tenía cubiertos de tie-
rra y de barro el pelo y el resto del cuerpo. Y decidie-
ron que se lavara antes de que Lamón y Mírtale cayeran
en la cuenta del suceso.

13 Llegándose con Cloe a la cueva de las Ninfas le da
a guardar su ropilla y su zurrón. Se acerca al manan-
2 tial y se lava el pelo y todo el cuerpo. Y era su melena
negra y abundante, y estaba tostado por el sol: se hu-
biera podido imaginar que el color de su piel se lo daba
la sombra del cabello. Y a Cloe, que lo miraba, le pa-

---

18 Es decir, la especie de larga faja o venda con que se ceñían el pecho las mujeres y que podía ser, con frecuencia, una prenda exterior y, por tanto, muy fácil de utilizar eventualmente para otros fines, como aquí. Otras traducciones, como «la cinta de sus crenchas» de Valera, son erróneas.

recía que Dafnis era hermoso, y, como antes no le pa-
recía así, dedujo que el baño era el causante de esta
belleza. Y también, mientras le lavaba la espalda, la
carne le resultaba blanda al tacto, de modo que a es-
condidas muchas veces Cloe se tocaba para probar si
su cuerpo era aún más delicado. Entonces (pues el sol 3
se ponía), llevaron de recogida los rebaños a sus casas,
y Cloe no sentía ningún otro deseo que el de volver a
contemplar a Dafnis en el baño.

Al día siguiente, al llegar a los pastos, Dafnis se 4
sentó al pie de la encina acostumbrada a tocar la flauta
y, a la vez, vigilaba sus cabras que, echadas, estaban
como atentas a sus sones. Y Cloe, sentada a la vera,
también tenía la vista en sus ovejas, aunque más aún
en Dafnis, y éste tocando la zampoña otra vez se le
antojaba hermoso, y en esta ocasión a la música acha-
caba su belleza, de modo que, cuando Dafnis cesó,
tomó igualmente ella la zampoña por ver si también
se volvía hermosa. Lo convenció para que de nuevo se 5
bañara y lo vio bañarse y tras mirarlo lo tocó y otra
vez al regresar se deshacía en elogios, en elogios que
eran avanzadilla del amor.

La verdad era que la muchacha no sabía qué le pa-
saba, jovencita aún y criada en los campos y sin oír a
ninguna otra persona mencionar el nombre del amor.
Una desazón continua se había apoderado de su alma [19],
los ojos no la obedecían, murmuraba a cada instante
«Dafnis», no reparaba en la comida, de noche no dor- 6
mía, el ganado tenía desatendido, tan pronta estaba
a la risa como al llanto, lo mismo dormitaba que se
alzaba de un brinco; su rostro estaba macilento, otras
veces se le ponía rojo y ardiente [20]. Conducta tal, que
ni ⟨se esperaría en⟩ una becerra picada por un tábano.

---

19 Cf. SAFO, fr. 96, 17 L. P., del que, tal vez, haya aquí un eco.

20 Cf. los efectos iniciales del amor en Dafnis (I 17, 2 ss.),

En ocasiones, a solas, se le venían a la mente, in-
14 cluso, palabras como éstas: «Ahora estoy enferma, pero
ignoro cuál sea mi mal [21]. Tengo una dolencia y no sufro
herida alguna. Estoy llena de pena y ninguna oveja se
me ha muerto. Me abraso y estoy sentada en plena
2 sombra. Cuántos zarzales tantas veces me arañaron
sin que llorase; cuántas abejas me hincaron su aguijón,
mas seguí comiendo [22]. Pero más doloroso que todo
aquello es esto que me punza el corazón. Hermoso es
Dafnis: también lo son las flores; hermosamente suena
su zampoña: también los ruiseñores, pero ellos no me
3 importan. ¡Ojalá me convirtiera en su zampoña, para
que su soplo penetrara en mí! ¡Ojalá en cabra, para
que él fuera mi cabrero! [23]. ¡Agua malvada!: a Dafnis
sólo hiciste bello, y yo me he bañado para nada. Estoy
perdida, amadas Ninfas. Y ni aun vosotras acudís a
salvar a la doncella que se criara entre vosotras. ¿Quién,
4 cuando yo no esté, os pondrá guirnaldas? ¿Quién sacará
adelante a los míseros corderos? ¿Quién cuidará del
grillo parlanchín, que con muchos esfuerzos capturé
para que con su canto junto a la gruta me hiciera con-
ciliar el sueño? Pero ahora estoy insomne por causa
de Dafnis y el grillo parla en vano.»

15 Por trance tal pasaba Cloe y con tales palabras se
expresaba, en busca del nombre del amor.

Pero el cabrero Dorcón, que a Dafnis y al macho había izado fuera de la zanja, un muchacho al que

---

con algunos detalles comunes, e, igualmente, el monólogo que sigue en ambos casos. Nótense los aspectos patológicos del nacimiento de la pasión, que tan usuales son en el género (cf. C. Miralles, en *Erotica Antiqua,* 20 sig.).

[21] Cf. Platón, *Fedro* 255d.

[22] Innumerables han sido los intentos de corrección o de interpretación de esta palabra, como si fuese tan chocante o de tan mal gusto que Cloe haga esta observación.

[23] Expresión tópica de deseos en la literatura amatoria (cf., más adelante, II 2, 2 y IV 16, 3).

apuntaba ya la barba y que sabía de las obras y los nombres del amor, aquel día se enamoró de Cloe, y cuantos más pasaban más se le abrasaba el alma. De Dafnis, como de un niño, no se preocupaba, y resolvió conseguirla con regalos o a la fuerza.

Como primeros presentes les llevó, al uno, una 2
zampoña pastoril, con nueve cañas ensambladas con bronce en vez de cera[24], y a la otra una piel de cervatillo de las que usan las bacantes, con tal colorido que parecía pintada. Pero, desde el momento en que por 3
un camarada lo tuvieron, poco a poco dejó de ocuparse de Dafnis, en tanto que sin faltar ni un día le llevaba a Cloe o un queso fresco o una guirnalda hecha de flores o una manzana bien madura[25]. Y alguna vez hasta le llevó un ternero recién nacido y un vaso[26] con adornos de oro y crías de los pájaros del monte. Y ella, que ignoraba las mañas de un enamorado, disfrutaba al recibir estos presentes, pero su placer era mayor porque podía regalárselos a Dafnis.

Y como era hora de que también Dafnis conociera 4
ya los trabajos que da amor, cierta vez se produjo entre Dorcón y él una disputa sobre cuestión de belleza. Cloe hacía de juez y un beso de Cloe era el galardón del vencedor. Y habló Dorcón así el primero:

---

24 Se trata, evidentemente, de una siringa de gran calidad, no como las improvisadas por Dafnis. El número de canutos es el mismo que en [Teócrito], VIII 18 ss., y debía de ser poco corriente (lo más normal era la cifra de siete).

25 Conocido símbolo erótico (cf. el detallado estudio de A. R. Littlewood, «The Symbolism of the Apple in Greek and Roman Literature», *Harv. Stud. Class. Philol.* 72 [1967], 147-181).

26 En realidad, un tipo de cuenco como el que aparece (y que nos es prolijamente descrito) en Teócrito, I 27 ss., utilizable tanto para ordeñar como para beber y con tamaños, por supuesto, distintos (cf. el trabajo de A. M. Dale recogido en sus *Collected Papers*, Cambridge, 1969, págs. 98-102).

16 —Yo, muchacha, soy más alto que Dafnis; yo un
vaquero y él un cabrero[27]. Y valgo tanto más que él
cuanto los bueyes valen más que las cabras. Soy blanco
como la leche y rubio como la mies a punto de siega.
2 Y me crió mi madre, no una bestia. Ése, en cambio, es
pequeño, imberbe cual mujer y negro como un lobo.
De apacentar cabrones se le ha pegado su horrible he-
dor, y es tan pobre que ni a un perro puede mantener.
Y si, según cuentan, lo amamantó una cabra, en nada
se distingue de los chivos.
3 Tales fueron las palabras de Dorcón y, después de
este discurso, dijo Dafnis:

—A mí me crió una cabra, igual que a Zeus[28]. Apa-
ciento cabrones más altos que sus bueyes. Pero no me
han pegado olor alguno, porque tampoco a Pan, por
4 más que un buco sea en su mayor parte. No me falta
el queso, el pan cocido al espetón y el vino blanco, que
son bienes del campesino rico. Soy imberbe, que lo es
también Dioniso. Negro, como lo es el jacinto[29]. Pero
más vale Dioniso que los sátiros y más el jacinto que
5 los lirios. Ése es rubio, igual que lo es la zorra; barbado
como un macho cabrío y blanco como una dama de
ciudad. Caso de que sea a mí al que hayas de besar,
besarás mi boca; y, en cambio, de ése besarías los pelos
de su barba[30]. Y acuérdate, muchacha, de que a ti te
crió una oveja y, sin embargo, también eres hermosa.

---

[27] Cf. Teócrito, I 86. Según Donato (*Vida de Virgilio* 49), en el escalafón de honor del género bucólico los cabreros ocupaban el grado ínfimo, los vaqueros el superior y los pastores el intermedio.

[28] Al que amamantó, según el mito, la cabra Amaltea.

[29] Cf. *Odisea* VI 230 s.; Teócrito, X 26 ss., y el comentario de Gow al v. 28. El epíteto más corriente para el «jacinto» (en realidad, toda una variedad de plantas posibles) es «purpúreo», pero también aparece, a veces, «negro».

[30] Véase el comentario de Gow a Teócrito, III 9.

Cloe no esperó más, sino que, encantada con el pi- 17
ropo y deseosa hacía tiempo de besar a Dafnis, se aba-
lanzó a besarlo, de modo inexperto y torpemente, pero
capaz de sobra de inflamar un alma.

Dorcón, pues, dolorido, se alejó a la carrera buscando 2
al tiempo cómo abrir otras vías a su pasión. Pero Daf-
nis, como si lo hubieran mordido y no besado, tomó de
inmediato un aire taciturno, sufría continuamente esca-
lofríos, trataba de contener el palpitante corazón y no
quería sino mirar a Cloe, aunque al mirarla se cubría
de rubor. Por primera vez entonces le causaban mara- 3
villa su cabello, por ser rubio; sus ojos, por grandes
como los ojos de una vaca; y el rostro, porque de
cierto era más blanco incluso que la leche de las ca-
bras: como si se estrenara en tener ojos y antes hu-
biera estado ciego. Ni tomaba alimentos, sino para, a 4
lo más, probarlos; y de beber, si en algún momento
era obligado, de humedecer la boca no pasaba. Se es-
taba callado quien antes era más parlero que los gri-
llos; perezoso quien antes más inquieto que sus cabras.
El rebaño incluso estaba descuidado, tirada la zampo-
ña. Su cara tenía menos color que la hierba en el ve-
rano[31], y guardaba su plática tan sólo para Cloe, y si
algún rato se apartaba de ella mantenía consigo tal
soliloquio: «¿Qué efecto es éste que me produce un 18
beso de Cloe? Sus labios son más suaves que las rosas
y su boca más dulce que un panal[32], pero su beso más
punzante que el aguijón de una abeja[33]. Muchas veces
besé a mis cabritos, muchas besé a los perrillos a poco
de nacer y al ternero que Dorcón le regaló. Pero este

---

31 Entendemos la expresión del mismo modo que Hirschig, Schönberger y otros. De modo distinto la entienden autores como Dalmeyda y Grimal. Cf. Safo, fr. 31, 14 L. P.

32 Cf. Teócrito, I 146.

33 Cf. ya Jenofonte, *Memorables* II 3, 11-13, y aquí, Aquiles Tacio, II 7, 6.

beso es otra cosa: se me escapa el resuello, se me sale el corazón a saltos, se me derrite el alma y, sin em-
2 bargo, quiero besarla otra vez. ¡Qué funesta victoria!, ¡qué extraña enfermedad, cuyo nombre ni siquiera conozco! ¿Acaso antes de besarme probó Cloe alguna pócima? ¿Cómo entonces no murió? ¡Cómo se oyen cantar los ruiseñores y mi zampoña está en silencio! ¡Cómo respingan los cabritos y yo me estoy sentado! ¡Cómo se abren las flores y yo no trenzo guirnaldas! Florecen las violetas y el jacinto, mientras Dafnis se marchita. ¿Hasta Dorcón habrá de parecer más guapo que yo?»

19 Por tal trance pasaba el buen Dafnis, tal decía: que por primera vez probaba las obras y palabras del amor.

Y el boyero Dorcón, el que andaba de Cloe enamorado, y que acechaba a Driante cuando enterraba un plantón de vid por allí cerca[34], se le arrima con unos quesillos deliciosos y se los ofrece de regalo, pues era un viejo amigo de cuando el propio Driante apacentaba sus ovejas. Y luego de comenzar por ese extremo, logró
2 llevar la charla hacia el casamiento de Cloe. Si la tomaba por esposa, prometía presentes tantos y valiosos como se espera de un boyero[35]: una yunta de bueyes de labranza, cuatro colmenas, cincuenta plantones de manzanos, una piel de toro para hacerse zapatos, un
3 ternero destetado cada año. De manera que Driante estuvo casi a punto, seducido por los regalos, de dar a tal unión su asentimiento. Mas en la idea de que la doncella era digna de un esposo de más alta calidad, y por

---

[34] La expresión es un tanto ambigua y con frecuencia ha sido entendida como: «plantaba un arbusto (es decir, 'enterraba un plantón') cerca de un pie de vid», e interpretada en el sentido de que realmente clavaba un rodrigón. Véase, luego, II 1, 4 y n. 69.

[35] Algún traductor (por ej., SCHÖNBERGER) entiende: «si se piensa que sólo era un boyero», con lo que se despoja a la frase y a la persona del propio boyero de toda su graciosa presunción. No debe olvidarse lo dicho en n. 27.

el miedo a caer en infortunios sin remedio si alguna vez fuese público su hurto[36], dio un no a la boda, pidió disculpas y declinó los obsequios nombrados.

Dorcón, pues, como en su segunda esperanza hu- 20
biera errado y perdido unos ricos quesos sin provecho, resolvió apoderarse de Cloe cuando se encontrara sola. Al observar que cada día llevan sus ganados a abrevar Dafnis una vez y otra la muchacha, maquina una ar-
timaña muy propia de un pastor. Toma la piel de un 2
lobo enorme, al que un toro, en lucha por defender a la vacada, había en una ocasión matado con sus cuernos. Con ella se recubre desde los hombros a los pies, de modo que las patas delanteras se superpongan a sus brazos, las traseras a sus piernas hasta el talón, y que la abertura del hocico envuelva su cabeza, tal cual el yelmo de un guerrero[37].

Transformado así, lo más que pudo, en fiera, se 3
acerca al manantial en que beben las cabras y ovejas después de haber pastado. El manantial estaba en una hondonada y por todo su contorno el paraje era bravío,
con espinos y zarzales y enebro bajo y cardos: incluso 4
un lobo de verdad fácilmente podría haber estado allí escondido y al acecho. Y allí se ocultó Dorcón a la espera de la hora de abrevar, con toda su esperanza puesta en atrapar a Cloe valiéndose del miedo que con su figura le infundiera.

Al cabo de un rato no muy largo hacía Cloe bajar 21
el ganado hacia la fuente, dejando a Dafnis, que cortaba ramas verdes para regalo de sus chivos tras el

---

36 Evidentemente, por haber dispuesto de quien no era, en verdad, su hija, aunque no puede estar lejos la idea de correr el riesgo de pasar por secuestrador de niños, de acuerdo con el tipo tan corriente, por ej., en la comedia plautina.

37 Cf. el descrito, por ej., en *Ilíada* X 261 ss. El disfraz de Dorcón puede muy bien estar inspirado en la *Dolonía* homérica y en el *Reso* (vv. 208 ss.).

2 pasto[38]. Y los perros que la seguían, guardianes de las
ovejas y las cabras, que como canes que eran iban re-
gistrando todo con su alfato, descubren a Dorcón cuan-
do ya rebullía para atacar a la zagala, le ladran feroz-
mente y se lanzan a por él como si de un lobo se tratara.
Rodeándolo, antes de que con el susto acabara de al-
3 zarse, la emprendieron a dentelladas con la piel. En
tanto él, con la vergüenza de verse en evidencia y al
resguardo de la piel que lo tapaba, se estaba echado y
en silencio en la espesura. Pero una vez que Cloe, en el
sobresalto de lo primero que acertara a ver, llamó a
Dafnis en su ayuda, y los perros, arrancándole la piel
por todas partes, en su propio cuerpo lo alcanzaban,
lamentándose a gritos suplicaba socorro a la muchacha
4 y a Dafnis que acudía. Entonces a los canes pronta-
mente los aplacan con la llamada de costumbre y llevan
a Dorcón hasta el manantial para lavarle los mordis-
cos, que en muslos y hombros le habían hecho las
dentelladas de los perros, y le aplican, después de mas-
5 ticarla, corteza tierna de olmo[39]. Con su inexperiencia
de los atrevimientos que el amor provoca, atribuyeron
el disfraz de la piel a una broma de pastor, y ni siquiera
se enfadaron; al contrario, consolando a Dorcón, lo
despidieron un trecho llevándolo del brazo.

22 Éste dedicaba cuidados a su cuerpo, tras correr tan
gran peligro y a salvo de boca de perro, no de lobo,
según dicen[40]. Y a Dafnis y a Cloe harto trabajo hasta
2 la noche les costó reunir cabras y ovejas. Pues, espan-
tadas por la piel y alborotadas por los ladridos de los

---

[38] Cf. II 20, 2, donde el autor recurre a un pretexto semejante para alejar a Dafnis de su compañera por necesidades narrativas.

[39] Es decir, la parte interna de la corteza, utilizada frecuentemente con fines medicinales.

[40] «De la boca de un lobo» era una expresión usual para aludir a un peligro del que se salía (cf. la fábula esópica 224 Chambry, 156 Perry).

perros, unas habían trepado hasta las peñas y otras
bajado a la carrera hasta el mismo mar. Por más que
estaban amaestradas para que obedecieran a una voz,
cedieran a la seducción de una zampoña y se reunie-
ran al oír una palmada, esa vez sin embargo el terror
les infundió el olvido de todas esas normas. Y a duras 3
penas, siguiéndoles el rastro como a liebres, termina-
ron por llevarlas al aprisco.

Por sólo aquella noche durmieron con un profundo
sueño, hallando en su fatiga un tónico para sus inquie-
tudes amorosas. Pero, al renovarse el día, otra vez de 4
vuelta se encontraban con semejantes congojas. De
verse disfrutaban, se afligían al separarse, sufrían, de-
seaban algo sin que supieran qué era lo deseado [41]. Tan
sólo esto conocían: que a él un beso lo perdió y un
baño a ella.

También los abrasaba la época del año. Érase ya 23
entonces el fin de la primavera y el inicio del verano,
y todo estaba ya en sazón, los árboles con fruto, los
llanos con las mieses. Dulce era el resonar de las ciga-
rras, dulce el aroma de la fruta [42], grato el balar de las
ovejas. Cabría imaginar que hasta los ríos con su man- 2
so fluir entonaban un canto, que los vientos tocaban
la zampoña al soplar entre los pinos [43], que las man-
zanas buscaban amorosas desplomarse por tierra, y que
el sol, aficionado a la belleza, a todos procuraba des-
nudarlos.

Dafnis, que sufría los ardores que le llegaban de
la naturaleza toda, se sumergía en las aguas de los ríos,
unas veces se lavaba, otras pretendía pescar entre el
torbellino de los peces. Y en más de una ocasión bebía
incluso, con el afán de apagar la interna quemazón.
Y Cloe, cuando había ordeñado sus ovejas y la mayor 3

---

41 Cf. PLATÓN, *Fedro* 255d, y aquí II 8, 3.

42 Cf. TEÓCRITO, VII 143.

43 TEÓCRITO, I 1 ss.

parte de las cabras, por largo tiempo se ocupaba en hacer que la leche se cuajase, pues las moscas se mostraban tenaces molestándola y hasta picándola si pretendía ahuyentarlas. Y luego de esto, se lavaba la cara, se coronaba con ramas de pino, se ceñía la piel de cervatillo y, llenando el cuenco a rebosar de vino y leche, con Dafnis en común se lo bebía.

24 Pero era al llegar el mediodía cuando sus ojos quedaban apresados. Pues a ella, al ver desnudo a Dafnis, su entera belleza la invadía y derretíase sin poder descubrir la menor tacha en parte alguna de su cuerpo. Y él, al contemplarla cuando con su piel y su guirnalda le alargaba el cuenco, creía ver a una de las Ninfas de
2 la gruta. Entonces le arrebataba de la cabeza las ramas de pino y él mismo se coronaba, besando antes la guirnalda. Y Cloe se vestía con las ropas de Dafnis, mientras él estaba lavándose y desnudo, no sin antes
3 besarlas también ella. En alguna ocasión, incluso, se arrojaron manzanas[44] uno al otro y, peinándose el cabello, se engalanaron mutuamente las cabezas. Ella comparó, por negro, el pelo de Dafnis con los mirtos; él con una manzana el rostro de ella, porque era blanco
4 y sonrosado[45]. La enseñaba a tañer la flauta, pero, apenas empezaba a soplar, Dafnis arrancándole la zampoña recorría las cañas con sus labios. Y parecía corregirle sus errores, mas con este simulacro besaba por mediación de la zampoña a Cloe[46].

---

[44] Cf. n. 25. Longo juega, evidentemente, con la ignorancia del símbolo por parte de los adolescentes y su conocimiento por la del lector.

[45] Cf. TEÓCRITO, VII 117, «Anacreóntica» 17, 18 s. PREIS.; OVIDIO, *Metamorfosis* III 482 ss., etc.

[46] Cf. LUCIANO, *Diál. de los dioses* V 2; AQUILES TACIO, II 9, 2 s., y aquí, III 8, 2, como una variante del mismo tema erótico.

Y mientras tañía Dafnis su siringa a la hora de la 25
siesta[47] y los ganados se refugiaban en la sombra, Cloe
sin darse cuenta dormitaba. En cuanto descubría esto,
dejaba Dafnis su zampoña e insaciable demoraba su
mirada por toda ella, como sin tener que avergonzarse,
y al tiempo disimuladamente con voz queda susurraba:
«¡Cómo duermen sus ojos! ¡Qué aliento el de su boca!: 2
ni siquiera las manzanas ni los sotos[48] pueden compa-
rársele. Pero recelo de besarla: su beso muerde el co-
razón y, como la miel reciente, hace enloquecer[49]. Tam-
poco me decido, no sea que al besarla la despierte.
¡Ruidosas cigarras, que no la dejarán dormir con tal 3
escándalo! Es más, ¡hasta los machos a golpes de
cornamenta se enzarzan ahora! ¡Lobos más cobardes
que zorras, que no se los han llevado!»

Con tales razones se expresaba cuando, en su huida 26
de una golondrina que quería capturarla, una cigarra
vino a parar al regazo de Cloe. La golondrina que iba
persiguiéndola no acertó a alcanzarla, pero con la per-
secución se acercó tanto que le rozó las mejillas con
sus alas. Y a Cloe, sin saber qué le pasaba, con un grito 2
el sobresalto la sacó del sueño. Al ver la golondrina
que aún volaba cerca y a Dafnis que se reía de su
miedo, el susto se le pasó y se frotaba los ojos, que en
seguir dormidos se empeñaban. La cigarra desde el re- 3
gazo retornó a su canto, igual que un suplicante reco-

---

47 Longo olvida que, según TEÓCRITO (I 15 ss.), no es ésta la hora adecuada para la música, por no despertar al irascible Pan, o, más bien, tiene un concepto mucho más suave del dios. Cf., sin embargo, II 25 ss.

48 Este segundo parangón ha sorprendido a muchos y llevado a bastantes editores y traductores a alterar el texto, sin duda sin necesidad.

49 Si bien la miel podía formar parte de pócimas curativas, por otra parte, verosímilmente en relación con los tipos de flores, se decía que provocaba infecciones y delirios (cf. JENOFONTE, *Anábasis* IV 8, 20 s., por ejemplo).

nocido de haber sido salvado. De nuevo dejó Cloe escapar un grito. Dafnis volvió a reír y, aprovechando el pretexto, le deslizó sus manos en el pecho y a la buena cigarra sacó fuera, la cual ni así en su mano derecha se callaba. Cloe la miró complacida, la cogió y, con un beso, volvió a depositarla, sin que cesara de cantar, en su regazo[50].

27 En cierta ocasión les llegaba para su gozo desde el bosque el pastoril zureo de una paloma torcaz. Cloe deseaba saber lo que decía y Dafnis se lo enseña contándole esta historia tan común:

2 «Hubo, zagala, una zagala igual de linda y que así apacentaba muchas vacas en un bosque. Era también cantarina y sus vacas se recreaban con el arte de su canto y las pastoreaba sin golpes de cayado ni picarlas con la aijada. Sentada, en cambio, al pie de un pino, con una guirnalda de sus ramas, entonaba una canción de Pan y Pitis[51]. Y las vacas permanecían junto a su voz.

3 »Un muchacho que no lejos apacentaba vacas, también él lindo y cantarín igual que la zagala, puesto a rivalizar con sus canciones hizo gala, a su vez, de una voz más potente, que por algo era varón, pero dulce, como propia de un muchacho, y a ocho de las vacas, las mejores, con este hechizo extraviadas se las llevó con su rebaño.

4 »Se duele la zagala con el daño recibido en su ganado, a más de verse derrotada en sus canciones, y a los dioses les suplica que antes de estar en el hogar

[50] Este episodio tiene un indudable eco, muy reelaborado por supuesto, en el canto segundo de *Miréio* de MISTRAL (canto éste sobre todo pleno de reminiscencias de Longo). Cf. C. O. ZURETTI, «Longo Sofista I 24 (¡sic!) e Mirèio», *Riv. di Filol. Class.* 41 (1913), 3 sig.

[51] Pitis («Pino»), una ninfa amada por Pan, había escapado de este enamorado, según una versión del mito, metamorfoseándose en pino (cf. NONO, *Dionisíacas* II 108 y 118).

de vuelta se haya convertido en ave. Los dioses acceden y la mudan en el pájaro ese, montaraz cual la zagala, y como aquélla melodioso. Y aún ahora con su arrullo denuncia su infortunio, queriendo recobrar sus vacas»[52].

Placeres como éstos les traía el verano. Pero, cuan- 28
do ya el otoño estuvo en su apogeo y maduros los racimos, unos piratas tirios, que tripulaban una nave caria para no pasar por extranjeros[53], fueron a tocar en la campiña y, desembarcando con petos y machetes, expoliaban cuanto a las manos les venía, vinos olorosos, grano en abundancia, miel de los panales. Se llevaron incluso algunos bueyes del hato de Dorcón. Y a 2
Dafnis lo sorprenden caminando al azar por el borde de la playa, pues Cloe, como zagala, por miedo a los pastores insolentes sacaba más tarde los ganados de Driante. Y, al ver a un mozalbete crecido y apuesto y de mayor valía que lo que rapiñaran de los campos, ya no se ocuparon para nada ni de las cabras ni del resto de las fincas y lo condujeron a bordo de su barco entre sollozos, sin recursos y con sus gritos invocando a Cloe. Y soltando la amarra y empuñando los remos se 3
alejaban mar adentro, y en esto que Cloe llegaba con su grey y una zampoña nueva que de regalo le traía a Dafnis. Al ver el alboroto de las cabras y oír que Dafnis la llamaba con gritos más agudos cada vez, no piensa

---

52 Longo puede haber tenido en cuenta para esta fábula los abundantes mitos de metamorfosis de humanos en aves, pero, sobre todo, casos como los de las Emátides o Piérides, que también, de resultas de una derrota en una competición de canto, se volvieron aves (cf. OVIDIO, *Metamorfosis* V 662 ss., etc.).

53 Los piratas, que procedían de la Tiro fenicia, querían pasar por marinos de la cercana Caria, para inspirar confianza. La presencia de piratas en las costas de Lesbos, aunque aquí naturalmente obedece a uno de los tópicos del género, no es inverosímil, por estar Lesbos en una de las rutas habituales de la navegación antigua.

en sus ovejas, tira la zampoña y a todo correr se presenta donde estaba Dorcón a demandar su ayuda.

29 Pero Dorcón yacía en tierra, quebrantado por los piratas con profundas heridas[54]; apenas alentaba y perdía la sangre a chorros. Con todo, al ver a Cloe, recobrando un pequeño rescoldo[55] por su viejo amor le dijo: «Yo, Cloe, estaré muerto dentro de poco, pues los impíos salteadores por luchar en defensa de mis
2 bueyes me han abatido como a un buey. Mas tú salva para ti a Dafnis, véngame a mí y a ellos destrúyelos. He enseñado a mis vacas a seguir el tañido de mi flauta, a perseguir su melodía, por lejos que esté el sitio donde pasten. Ve, pues, toma esa zampoña y toca el aire aquel que yo enseñé una vez a Dafnis y Dafnis a ti. El resto correrá a cargo de la flauta y de las vacas
3 que allí están. Y la zampoña misma, con la que en competición derroté a muchos boyeros y cabreros, de regalo te la dejo[56]. Y tú, a cambio de esto, mientras aún vivo, bésame y, cuando haya muerto, llórame. Y, cuando veas que otro lleva mis vacas a pastar, acuérdate de mí.»

30 Tan sólo estas palabras pronunció Dorcón y, al tiempo que besaba por postrera vez, con el beso y con la voz se le escapó la vida.

Y Cloe, empuñando la siringa y aplicándole los labios, tocó con la mayor fuerza de que fue capaz. Y las
2 vacas oyen y reconocen la canción; con unánime arrancada mugiendo se precipitan en el mar. Y como su brusco salto se produjo por una misma borda de la

---

54 Literalmente, «heridas o golpes juveniles», es decir, producidos por mano joven y fuerte.

55 Esta expresión se ha entendido al menos de dos modos distintos: o bien «rescoldo de su viejo amor», o bien «rescoldo de vida», reanimado gracias al recuerdo de aquel amor, que es como lo entendemos aquí.

56 Cf. VIRGILIO, *Bucólicas* II 36 ss., como posible modelo para este regalo del vaquero moribundo.

nave y con la zambullida de las vacas se hendió el mar,
se volcó la embarcación y, cuando las olas se cerraron,
acabó de naufragar[57]. Los hombres se arrojan de la
nave, pero con esperanzas diversas de salvarse: los 3
piratas tenían ceñidos sus machetes, estaban revestidos
de sus petos escamosos[58] y calzaban grebas hasta media
pierna. Dafnis en cambio estaba descalzo, por estar
apacentando sus ganados en el llano, y medio desnudo,
porque era todavía la estación del calor. A aquéllos, 4
pues, después de nadar un breve rato, sus armaduras
los arrastraron hasta el fondo, mientras Dafnis sin
esfuerzo se despojaba de su ropa, aunque nadar le
resultaba fatigoso por haber nadado antes sólo en los
ríos. Pero luego su propio apuro le enseñó qué había 5
de hacer: tomó impulso hasta el centro de las vacas,
se aferró a los cuernos de dos con ambas manos y se
dejó llevar en medio, sin más molestia ni cansancio
que si condujera un carro. Y es que una vaca nada 6
incluso mejor que un hombre: sólo le ganan los pája-
ros acuáticos y los propios peces. Y no perecería mien-
tras nada a no ser que perdiera las pezuñas, caladas
de humedad. Y son testimonios de esta noticia, hasta
ahora, los muchos puntos del mar que reciben el nom-
bre de «Paso de la Vaca»[59].

Y es de esta manera como viene Dafnis a salvarse, 31
escapando de dos peligros contra toda esperanza: de

---

57 Un episodio semejante (aunque contado de unos puercos) puede leerse en PLINIO, *Hist. Nat.* VIII 77, 208, y en ELIANO, *Hist. Anim.* VIII 19.

58 Corazas que cubrían sólo la parte anterior del tronco y recubiertas de escamas metálicas imbricadas.

59 El más célebre, por supuesto, el Bósforo, según la etimología popular. Todo el § 6 ha sido considerado por algunos como una simple interpolación, producto de un aficionado al género de las curiosidades y las noticias fabulosas. No obstante, este tipo de pasajes es corriente en las novelas, como veremos, sobre todo, en Aquiles Tacio.

los piratas y de un naufragio. Sale del agua, encuentra en la ribera a Cloe, que ríe y llora a la vez[60], se arroja en su regazo y le pregunta con qué fin había tocado
2 la zampoña. Y ella todo se lo cuenta: su carrera en busca de Dorcón, el amaestramiento de las reses, cómo la animó a tañer la flauta y que Dorcón estaba muerto. Tan sólo, por pudor, no le habló del beso[61].

Resolvieron honrar a su bienhechor y, con sus alle-
3 gados, acudieron a enterrar al infeliz Dorcón. Amontonaron un gran túmulo de tierra, sembraron plantas de jardín en abundancia[62] y colgaron en su honor primicias de sus labores. Pero también le hicieron libaciones de leche, exprimieron racimos y quebraron muchas flautas.

4 A sus vacas se las oyó mugir en tonos lastimeros y entre mugidos se las vio corretear desatentadas. Que, según se imaginaban pastores y cabreros, ése era el duelo de las reses, por su vaquero muerto[63].

32 Después del entierro de Dorcón llevó Cloe, para lavarlo, a Dafnis allá junto a las Ninfas, dentro de la gruta. También ella en esa ocasión por primera vez, mientras Dafnis la miraba, lavó su cuerpo, blanco y pulcro por su propia hermosura y que no precisaba
2 baño alguno para ser tan hermoso. Recogieron cuantas flores trae esa época del año, coronaron de guirnaldas las imágenes y de la peña colgaron como ofrenda la zampoña de Dorcón. Tras esto, fueron a inspeccionar
3 sus hatos de cabras y de ovejas. Y estaban todas echadas, sin pastar, sin balar, sino —creo yo— con

---

60 Cf. *Ilíada* VI 484.

61 Esta pequeña infidelidad de Cloe se corresponde, en el complejo juego de los paralelismos de la obra, con la (mayor, sin duda) de Dafnis en el episodio de Licenion (III 18), que también será silenciada.

62 Cf. *Ilíada* VI 419 s.

63 Cf. Teócrito, I 74 s., así como el poema de Mosco (?) a la muerte de Bión.

nostalgia por Dafnis y por Cloe, que no aparecían[64]. Con que, una vez que se dejaron ver y les dirigieron las voces que solían y tañeron la zampoña, las ovejas se alzaron y se pusieron a pastar, y las cabras brincaron resoplando, como gozosas de que su cabrero habitual estuviera sano y salvo.

No obstante, Dafnis no podía animar a su alma a 4
estar alegre, tras haber visto a Cloe desnuda y desvelada la belleza que antes le había estado oculta. Le dolía el corazón, como roído por ponzoñas[65], y exhalaba agitadamente a ratos el aliento, como si lo fueran persiguiendo, y otras veces le faltaba, como si lo tuviera extenuado de las carreras anteriores. Juzgaba que el baño era más temible que el mar y pensaba que aún su alma permanecía entre los piratas: tan joven era y rústico, sin que supiera todavía que Amor es un pirata[66].

---

64 Cf. Teócrito, IV 12 ss.

65 Cf. Platón, *Fedón* 118, y aquí, anteriormente, I 18, 2.

66 Cf. *Antología Palatina* V 161 (Hedilo o Asclepíades) y 309 (Diófanes).

LIBRO SEGUNDO

1 Como ya se estaba en pleno otoño y se echaba encima la vendimia, todos andaban en el campo atareados. Éste el lagar dejaba a punto, limpiaba aquél las
2 cubas y aquel otro tejía cestos. Se ocupaban uno de una pequeña podadera para cortar racimos, otro de una piedra con que poder exprimirles todo el jugo[67] y algún otro del mimbre seco y a golpes ya pelado, para poder disponer de luz cuando de noche trasegaran el mosto[68].
3 Dejaban entonces Dafnis y Cloe sus rebaños de cabras y de ovejas, a fin de prestarse ayuda mutuamente. Él cargaba con cestos llenos de racimos, echándolos en los lagares los pisaba y acarreaba el vino hasta las cubas. A los vendimiadores, Cloe les preparaba el yantar y les servía vino añejo de beber, y hasta
4 recogía uvas de las vides más rastreras: pues era en Lesbos la viña toda baja y no de la que crece por lo alto ni trepando por los árboles, sino que a poca altura desplegaba sus sarmientos y se extendía a la manera

---

[67] Traducción aproximada. VALLEY (*Über den Sprachgebrauch des Longus,* tesis doct., Uppsala, 1926, págs. 75 y sig.) piensa en una piedra utilizada para exprimir las uvas tras el prensado habitual en el lagar, de modo semejante a la operación descrita por algunos autores antiguos. Cf., luego, II 13, 1.

[68] Con antorchas formadas por haces de mimbres pelados y untados de resina o pez.

de la hiedra. Incluso una criatura alcanzaría un ra-
cimo, apenas de las mantillas liberados sus brazos[69].
Como era de esperar en la fiesta de Dioniso y en el 2
nacimiento de sus caldos, las mujeres, a las que de
los campos del contorno se llamaba para que echaran
una mano con el vino, ponían sobre Dafnis sus miradas
y elogiaban su belleza por comparable a la del dios.
De entre las de más desenvoltura hubo una que llegó
a besarlo, con lo que excitó a Dafnis y dio aflicción
a Cloe. Y los de los lagares le lanzaban a Cloe gritos 2
de todos los colores, igual que sátiros a por una Ba-
cante daban saltos de locos y suplicaban volverse ove-
jas y que ella los llevara al pasto. De suerte que era
entonces su turno de sentirse halagada y el de Dafnis
afligido. En fin, que ambos deseaban que acabara cuan- 3
to antes la vendimia, recobrar sus parajes de costum-
bre y, en vez de voces destempladas, escuchar la zam-
poña o, incluso, los balidos del ganado.
Después que, pasados pocos días, las vides estu- 4
vieron vendimiadas y las cubas con el mosto y ya no
eran precisos tantos brazos, hicieron bajar sus rebaños
hasta el llano. Y ellos, alborozados, fueron a proster-
narse ante las Ninfas, cargados para ellas de sarmien-
tos con racimos, primicias de la vendimia. Tampoco 5
en el tiempo precedente habían pasado alguna vez por
allí sin atenderlas, sino que tanto al empezar la hora
del pasto les hacían una visita como pasaban a salu-
darlas al regresar del pasto. Y sin falta les llevaban un
presente, o una flor o una fruta o una rama verde o
una libación de leche. Y por esto recibieron luego re- 6

69 Pasaje muy debatido por su aparente contradicción, y cuya interpretación está ligada a la que se dé a I 19, 1 (cf. n. 34). En realidad, Longo puede excluir de los cultivos de Lesbos sólo la vid cuyos rodrigones son árboles, y no la soportada por arbustos, lo que daría racimos de diferentes alturas y justificaría el sentido y coherencia del texto.

compensas de manos de los dioses. Pero por ese tiempo, perros, según el dicho, desatados, brincaban, tocaban la zampoña, entonaban canciones y batallaban con los machos cabríos y las ovejas.

3 En medio de este júbilo se les presenta un anciano que viste una zamarra, calzado con abarcas y con una alforja colgada, y muy gastada ya la tal alforja. Fue a sentarse cerca de ellos y así habló:

2 «Yo, muchachos, soy el viejo Filetas [70], que tanto a estas Ninfas he cantado, y que tanto le he tocado a aquel Pan con mi zampoña y con sólo mis canciones conducía el hato numeroso de mis vacas. Y vengo a revelaros cuanto vi, a anunciaros cuanto oí.

3 »Tengo un huerto que, desde que por la vejez dejé de ser vaquero, con mis propias manos he cuidado y que me da cada estación todo cuanto traen las esta-
4 ciones: en primavera, rosas, lirios, jacintos y violetas de ambas clases; en verano, adormideras, peras y toda suerte de manzanas. Ahora, vides, higueras, granados
5 y verdes mirtos. En este huerto vienen a juntarse bandadas de aves con el alba, unas en busca de alimento, otras para cantar, pues está a cubierto y sombreado y tres manantiales me lo riegan. Se creería estar viendo un soto, si se quitara la cerca de piedra.

4 »Cuando entro hoy, mediado el día, se me ofrece a la vista, debajo de los granados y los mirtos, un niño cargado de bayas de mirto y de granadas, tan blanco como leche, rubio como fuego y reluciente como acabado de bañar. Estaba desnudo y solo y jugaba igual que si del huerto propio los frutos recogiera [71].

2 »Hacia él entonces me lancé para atraparlo, pues era mi temor que en su insolencia me tronchara los

[70] Ya R. Herzog identificó a este personaje con el poeta Filetas (o Filitas) de Cos, opinión que muchos consideran aún hoy relativamente aceptable.

[71] Reelaboración del refrán «cosechar la mies ajena».

mirtos y granados. Mas con ligereza y sin esfuerzo se
escapaba, unas veces corriendo al pie de los rosales,
otras bajo las adormideras escondiéndose, como si fue-
ra un perdigón. Sin duda en muchas ocasiones me he 3
visto en apuros persiguiendo a los chivos de leche, y
en muchas otras me he cansado de correr detrás de
terneros a poco de paridos. Pero ésta era una presa
escurridiza e imposible de cazar. Agotado, pues, como
viejo, y buscando el apoyo de mi báculo y a la vez
atento a que no huyera, le pregunté de quién era de
entre mis vecinos y con qué intención cosechaba un
huerto ajeno. No me dio respuesta alguna, sino que, 4
plantado allí cerca, se reía con mucha gracia, me tomó
de blanco de sus mirtos y no sé cómo con su encanto
consiguió que mi cólera cesara. Le pedí, pues, que vi-
niera a mis brazos sin nada temer ya, y por los mir-
tos[72] le juré dejarlo ir, regalándole encima manzanas
y granadas, y permitirle en adelante coger la fruta de
mis árboles y cortar las flores, con tal de obtener de
él un solo beso.

»Entonces, riendo abiertamente, deja oír una voz 5
a la que no era comparable ni la de una golondrina
ni ruiseñor ni cisne, aunque alcanzara a ser tan viejo
como yo[73]:

»'A mí nada me cuesta, Filetas, darte un beso, pues
más me gusta que me besen que a ti volverte joven.
Pero mira si va mi regalo con tus años: que de nada 2
va a valerte la vejez para no perseguirme en cuanto

---

72 Esta fórmula de juramento ha sorprendido, inexplicablemente, a algunos comentaristas, cuando juramentos, tan pintorescos y aún más, eran corrientes en la Grecia antigua. Por otro lado, la relevancia que el mirto tiene en todo este episodio debe entenderse adecuadamente: el mirto es la planta favorita de Afrodita.

73 Según una tradición, el cisne cantaba más armoniosamente cuanto más viejo era (y no sólo en el momento de su muerte, según se cree).

ese único beso te haya dado. Soy presa imposible lo
mismo para un halcón que para un águila, y, si lo hay,
para otro pájaro aún más veloz. No soy en absoluto
una criatura, por más que lo parezca; al contrario,
más anciano que Cronos[74] y que todo el propio tiempo.
3 Sé que tú apacentabas de muchacho en aquella húme-
da pradera el extenso rebaño[75] de tus vacas y yo acudía
a sentarme allí a tu lado cuando tocabas la zampoña
al pie de aquellas hayas, enamorado de Amarilis[76]. Mas
tú no me veías, aunque me pusiera bien cerca de tu
moza. Fui yo el que te la di, y tienes hijos ya que son
4 buenos boyeros y buenos labradores. Pero ahora yo
soy pastor de Dafnis y de Cloe. Y siempre que de
mañana los reúno me vengo aquí a tu huerto y disfruto
con tus flores y frutales y me baño en estas fuentes.
Ya que se riegan con el agua en que me baño, le deben
5 su lozanía tus flores y tus árboles. ¡Mira si está tron-
chada alguna rama, si te han cogido alguna fruta, si
alguna raíz de una flor está pisoteada, si algún ma-
nantial está revuelto! Y date por contento de haber
sido el único humano que haya visto a este niño en
su vejez.'

6 »Y, dicho esto, brincó sobre los mirtos igual que
una cría de ruiseñor, y de rama en rama entre las hojas
alcanzó la copa. Le vi entonces alas en los hombros y
2 un arco menudo entre las alas y los hombros[77]. Y luego
ya no vi nada de esto ni al muchacho. Y si no es en

---

[74] La edad de Cronos era proverbial (cf., por ej., Platón, *Banquete* 195b, y Aristófanes, *Aves* 469). Sobre la edad del Amor, cf. Platón, *Banquete* 178b s., 195b, y Jenofonte, *Banquete* VIII 1.

[75] Cf. *Ilíada* II 474.

[76] Nombre típico de la bucólica y apenas atestiguado fuera de ella (véase la nota de Gow a Teócrito, III 1).

[77] Esta repetición ha sido suprimida por algunos editores. La figura de Eros tiene todos los atributos usuales de la literatura tardía (cf., por ej., el *Amor fugitivo* de Mosco o el fragmento 10 de Bión).

balde que estas canas me han salido y con la vejez
se haya vuelto más lerdo mi entendimiento, es a Amor,
chavales, al que estáis consagrados y Amor el que os
tutela.»

Como si hubiera sido una leyenda y no un relato, 7
mucho fue el gusto que les causó el oírlo y pregunta-
ron qué era Amor, si niño o pájaro, y cuál su poderío.
Y otra vez les habló Filetas[78]: «Amor es un dios, mu-
chachos, joven y hermoso y capaz de volar. Es por
esto por lo que en la juventud halla su alegría, acosa
a la hermosura y da alas a las almas. Y su poder va 2
más allá que el de Zeus mismo. Gobierna sobre las
materias primigenias, gobierna sobre los astros, gobier-
na sobre los dioses, sus iguales: ni aun vosotros sobre
cabras y ovejas tanto ⟨gobernáis⟩. Las flores son todas 3
obra de Amor; esas plantas son productos suyos; es
por ése por el que los ríos fluyen y los vientos soplan.
También he visto un toro enamorado: mugía como 4
picado por un tábano; y un macho que hacía el amor
con una cabra y la seguía por todas partes. Yo mismo
he sido joven y enamorado de Amarilis: ni me acor-
daba del yantar ni probaba una bebida ni conciliaba el
sueño. Tenía el alma dolorida, agitado el corazón, y mi 5
cuerpo estaba yerto. Daba gritos como si fuera apalea-
do, enmudecía como un cadáver, como si me abrasara
me sumergía en los ríos. Llamaba en mi socorro a Pan, 6
porque también él de Pitis[79] estuvo enamorado. Ala-
baba a Eco[80], que en pos de mi voz clamaba el nombre
de Amarilis; rompía mis zampoñas, que seducían a las

---

78 Se ha señalado una posible relación entre este segundo discurso de Filetas y el fr. 209 K. (= 1 M.) del *Héroe* de MENANDRO. De todos modos, el texto está abarrotado de reminiscencias literarias y filosóficas, en especial platónicas.

79 Cf. n. 51.

80 Véase, después, III 22 s. Es curioso que entonces Cloe ignore aún la historia de Eco.

7 vacas y en cambio a Amarilis no traían. Pues no hay
medicina para Amor ni que se beba ni se coma ni se
pronuncie en cantos[81], sino beso y abrazo y acostarse
juntos con los cuerpos desnudos.»

8 Después de haberles dado nada menos que tal lec-
ción, se retira Filetas, con algunos quesos y un chivo
ya cornudo de regalo. Y a ellos, cuando quedaron solos
y tras oír el nombre de Amor por vez primera, les
quedó el alma por la pasión atenazada. Y de regreso
en los apriscos, por la noche, comparaban con las pa-
2 labras que escucharon sus propias experiencias: «Su-
fren dolores los que aman: igual nosotros. Su dejadez
es nuestra dejadez. No pueden conciliar el sueño: tam-
bién nos pasa eso a nosotros. Creen abrasarse, y en
nosotros hay fuego. Anhelan verse el uno al otro: ésa
es la razón de que roguemos que amanezca más depri-
3 sa. Sin duda, esto es el amor y nos amamos mutua-
mente sin saber si esto es el amor y si yo, el ser amado.
¿A qué vienen, pues, tales sufrimientos y por qué nos
buscamos uno a otro?[82]. Cierto es cuanto Filetas nos
4 ha dicho. El niño de su huerto se mostró a nuestros
padres en el sueño aquel y fue su orden que el ganado
apacentáramos. ¿Cómo podría atrapársele?: es menudo
5 y escapará. ¿Y cómo escapar de él?: tiene alas y nos
atrapará[83]. A las Ninfas hay que acudir en busca de

---

[81] Sobre el tema de las «medicinas» del amor, Longo parece partir de TEÓCRITO, XI 1 ss. (y el fr. 16 de BIÓN), aunque con una posición diferente, ya que en Teócrito es el canto, es decir, el arte, una medicina efectiva. Cf., también, el prolijo tratamiento de esta materia en HELIODORO (vol. 25 de esta colección) IV 5 ss. En el *Amatorio* (759b) de PLUTARCO los ensalmos se consideran, igualmente, sin resultados positivos.

[82] Es decir: «¿a qué vienen... (si no es esto el amor)?». El texto de estas dos últimas frases ha sido retocado por muchos con el deseo de completar lo que parece echarse de menos en una expresión demasiado concisa.

[83] El tema del Amor preso o apresador (cf. ya BIÓN, fr. 11,

socorro. Pero tampoco a Filetas, cuando enamorado de Amarilis, le dio su ayuda Pan. En fin, que se han de procurar todos los remedios que nos dijo: besarse y abrazarse y echarnos desnudos en el suelo. Hace frío, pero lo aguantaremos siguiendo el ejemplo de Filetas.»

Tal es su escuela nocturna. Y, al llevar al día si- 9
guiente al pasto sus ganados, nada más verse se besaron, lo que nunca antes habían hecho, y enlazando sus brazos se abrazaron. Pero ante el tercer remedio, el de echarse desnudos, vacilaban: pues no sólo para doncellas es excesivo atrevimiento, sino hasta para jóvenes cabreros. La noche, pues, volvió con su insomnio 2
y el rememorar lo sucedido y el reprocharse lo que habían dejado por hacer: «Nos hemos besado, y de nada nos valió. Nos hemos abrazado, y el resultado fue casi otro tanto. Luego acostarse ha de ser el único remedio del amor, y también ése tendremos que probar. No cabe duda de que en él habrá mayor eficacia que en un beso.»

Como era natural, tras cavilaciones como éstas tam- 10
bién sus sueños fueron visiones amorosas, de besos y de abrazos. Y cuanto no habían consumado por el día, soñando lo consumaron: acostarse desnudos el uno con el otro. Y así se levantaron aún más poseídos por 2
el dios al día siguiente y condujeron rápidamente[84] sus ganados, presurosos por besarse. Al verse, entre son- 3
risas echaron a correr. Vinieron luego los besos y siguió el rodearse con los brazos, pero se demoraba la tercera medicina, al no atreverse a mencionarla Dafnis ni querer Cloe ser la primera, hasta que con la ayuda del azar también la practicaron.

Sentados en un tronco de encina muy juntos y de- 11
gustando el deleite de los besos, insaciablemente apu-

6 s.) es una constante en la poesía erótica tardía (véase, por ej., las *Anacreónticas* VI, XI, XIX y XXX Preis).

[84] Véase, luego, n. 161.

raban el placer. Y sus abrazos abrían el camino a sus
2 bocas apretadas. En la presión de estos abrazos, una
vez que Dafnis con mayor violencia la atrae hacia sí,
Cloe viene a reclinarse de costado. También él en pos
del beso la acompaña, deslizándose hasta el suelo, y
así, reconocida la imagen de sus sueños, se estuvieron
acostados largo rato como si los unieran ligaduras.
3 Pero, como su ciencia ahí acababa y, a su juicio, éste
era el colmo del disfrute amoroso, gastaron sin provecho la mayor parte del día, se separaron y, llenos de
rencor contra la noche, se llevaron de vuelta sus rebaños.

Pero quizás habrían logrado consumar algo de sus fines verdaderos, si no hubiera sorprendido a toda aquella campesina vecindad una perturbación que ahora se cuenta:

12 Unos mozos adinerados de Metimna[85], que decidieron aprovechar la vendimia para disfrutar fuera de
casa, botaron una pequeña embarcación, con sus sirvientes de remeros, y fueron costeando los campos de
2 Mitilene que estaban próximos al mar. La razón era
que esta costa tiene buenos puertos y la decoran estancias suntuosas, y sin interrupción ofrece lugares para el baño, parques[86] y sotos: unos naturales y otros debidos a la industria de los hombres, y todos hermosos para las diversiones juveniles.

3 Mientras navegaban por la costa, y lo mismo al atracar, no causaban daño alguno y gozaban de esparcimientos variados, ya fuera que se dedicaran a pescar, desde un peñasco saliente, peces de entre las rocas

---

85 Al N. de Lesbos. La ruta que seguirán debe de ser por la costa oriental de la isla, más protegida que la opuesta. Para el comienzo de este episodio, cf. ALCIFRÓN, I 15.

86 El término empleado es *parádeisos*, de origen oriental y que, propiamente, era un parque natural utilizable para la caza. En IV 1 s., LONGO lo entiende en un sentido más restringido.

con anzuelos que con fino bramante colgaban de sus
cañas; ya fuera que con perros y con redes capturaran
liebres, que escapaban del alboroto de las viñas [87]. Tam- 4
bién les atraía la caza de las aves, y con lazos atrapaban
gansos silvestres, patos y avutardas, de modo que el
placer les procuraba provecho a la vez para su mesa.
Y, si precisaban de algo más, lo tomaban de la gente
de los campos, pagando con dinero por encima de su
precio. Pero sólo tenían necesidad de pan, de vino y 5
techo, y esto porque, entrada ya la época otoñal, la per-
manencia en el mar no parecía ofrecer seguridad. De
suerte que también varaban su nave en tierra firme
temerosos de una noche de borrasca.

Pues bien, un campesino, al que, por habérsele roto 13
la que usaba, le hacía falta una soga para alzar una
piedra que exprimiera los racimos ya pisados [88], sin que
lo vieran se acercó hasta el mar y, aproximándose a la
nave que estaba sin custodia, desata la amarra, se la
lleva a su casa y la emplea en el servicio que quería.

Muy de mañana, los muchachos de Metimna estu- 2
vieron buscando su maroma y (como nadie confesara
el robo) hicieron algunos reproches a sus huéspedes y
siguieron navegando a la vista de la orilla.

Costeando así unos treinta estadios [89], van a fondear
junto a las tierras en que vivían Dafnis y Cloe, por
parecerles que el llano era adecuado para la caza de
las liebres. Ahora bien, carecían de una cuerda que 3
ataran como amarra, y trenzando largos mimbres ver-
des a la manera de una soga [90] sujetaron con ella el
barco a la costa desde el extremo de la popa. Después,
mientras dejaban sueltos para que olfatearan a los pe-

---

87 La caza de liebres con redes y perros (o, mejor, perras) es descrita detalladamente en el *Cinegético* de JENOFONTE.

88 Véase n. 67.

89 Cerca de tres millas.

90 Cf. *Odisea* X 166 ss., pero en un contexto diferente.

rros, tendieron las redes en los pasos que se les anto-
4 jaron apropiados[91]. Los perros con sus carreras y ladridos espantaron a las cabras; éstas abandonando el monte se precipitaron hasta llegar cerca del mar y, al no tener entre la arena nada que comer, aproximándose a la nave las más osadas de ellas devoraron aquellos mimbres verdes con que la embarcación estaba atada.

14 Precisamente había una ligera marejada, con viento que soplaba de los montes. En breve tiempo, pues, el reflujo de las olas arrastró la nave desatada y la llevó
2 a alta mar. Cuando los de Metimna se aperciben, unos corren hacia el mar y otros reúnen a los perros. Y daban todos tales voces que en masa se congregan al oírlos los de los campos aledaños. Mas no sirvió de nada, pues con prontitud irresistible al arreciar el viento la corriente se llevó la nave.

3 Entonces, los metimnenses, que de no pocas propiedades se veían desposeídos, buscaron al que cuidaba de las cabras, y descubriendo a Dafnis le dieron de golpes, lo desnudaron, y uno incluso, echando mano a
4 una traílla, le retorció los brazos para atarlo. Pero él gritaba al recibir los golpes y suplicaba a los campesinos y pedía socorro a Lamón y a Driante los primeros. Plantaron cara éstos, viejos endurecidos y de brazos robustos por las faenas del campo, y exigieron que el incidente se zanjara con un pleito.

15 Se aviene también a esto la otra parte y ponen de juez a Filetas el boyero, pues era de los presentes el de edad más avanzada y entre los aldeanos tenía fama de cumplida equidad. Y primero expusieron los de Metimna su querella de modo claro y breve, como que el juez era un boyero[92]:

---

91 Jenofonte (*Cinegético* VI 5 ss.) describe, precisamente, estos pasos.

92 Es decir, sin necesidad de un lenguaje prolijo y urbano.

—Nuestra intención al venir a estas tierras fue ca- 2
zar. Nuestro barco lo dejamos en la costa con una
amarra de mimbre verde y nosotros con los perros nos
pusimos en la pista de la caza. En esto que las cabras
de ése bajan hasta el mar, se comen el mimbre y la
nave dejan suelta. La viste por el mar a la deriva, ¿de 3
cuántos bienes repleta estimas tú? ¡Qué ropa se ha per-
dido y qué equipos de perros y cuánto dineral! Con
ello estas fincas bien podrían comprarse. Y a cambio
pretendemos llevarnos a ése, que es un mal cabrero,
que cual marino apacienta sus cabras junto al mar[93].

Así de escuetos fueron en su acusación los metim- 16
nenses. Y Dafnis estaba maltrecho por los golpes, pero
en viendo a Cloe a su lado se sobrepuso a todo y habló
así:

—Yo apaciento mis cabras como debo. Ni un solo
aldeano jamás se me quejó de que o una cabra mía
haya ramoneado en su huerto o un retoño de vid le
haya tronchado. Pero ésos son malos cazadores y tienen 2
mal amaestrados a sus perros, que a fuerza de carreras
y con sus ásperos ladridos las acosaron como lobos
desde los montes y los llanos hasta el mar. ¡Que se 3
comieron el mimbre!: como que en la arena no tenían
ni hierba ni madroños ni tomillo. ¡Que el barco se

Al mismo tiempo, Longo parece aludir a uno de los aparentes ideales de su propio estilo.

[93] En *Emerita* 45 (1977), 379-385 (las págs. 383 sig., por un error, están en orden inverso), hemos defendido la interpretación que nos parece más sencilla y correcta de este pasaje tan debatido (cf., para la polémica, C. Bonner, *Class. Philol.* 2 [1907], 338-340, y las notas de las ediciones de Dalmeyda, Schönberger, etcétera). Sin necesidad de aceptar correcciones del texto ni rebuscados juegos de palabras, creemos que debe interpretarse que a nadie se le ocurriría, excepto a un marino ignorante de lo que en tierra se acostumbra, llevar el ganado a pastar a una playa; sólo también a este cabrero increíblemente inepto, según sus acusadores. Compárese cuidadosamente el texto con la posterior réplica de Dafnis.

perdió con el viento y el mar!: eso es obra del temporal, no de mis cabras. ¡Que había dentro ropas y dinero!: y ¿quién con cabeza se creerá que con carga semejante su barco tenía un mimbre por amarra?

17 Luego de esto, se echó Dafnis a llorar y movió a mucha compasión a los labriegos, de manera que Filetas, como juez, juró por Pan y por las Ninfas que en Dafnis no había culpa y menos en sus cabras, sino en el mar y en el viento, de los que otros eran jueces.

2 No convenció con su sentencia Filetas a los mozos de Metimna. Al contrario, llevados de su cólera tiraban
3 de Dafnis otra vez y pretendían maniatarlo. Entonces los vecinos irritados saltan como estorninos o grajos[94] sobre ellos, y prontamente les quitan de las manos a Dafnis, que también peleaba por su cuenta, y al momento los ponen en fuga a palos. Y no antes cejaron hasta echarlos de sus lindes a otras tierras.

18 En tanto ellos persiguen a los de Metimna, Cloe con todo ya tranquilo conduce hasta las Ninfas a Dafnis, le lava el rostro, que estaba ensangrentado por un golpe que le había desgarrado la nariz, y saca de su zurrón y le da para que coma una rebanada de pan de levadura y un trozo de queso. Y más que con nada lo hizo entonces recobrarse con un beso tan dulce como miel de sus labios delicados.

19 En esta ocasión, pues, sólo hasta ahí llegó el infortunio de Dafnis. Pero el asunto no se zanjó así, sino que al llegar los de Metimna a duras penas a sus casas, caminantes en vez de marineros y con lesiones en lugar de tantos lujos, reunieron la asamblea de ciudadanos y, depositados los signos de la súplica[95], que se les ven-

---

94 Más de una vez aparecen emparejadas estas aves en HOMERO (cf. *Ilíada* XVI 583 y XVII 755), pero en forma de bandadas que huyen del halcón.

95 Verosímilmente, sobre un altar. Los «signos de la súplica» eran ramos de olivo adornados con vedijas de lana blanca (véase, por ej., ESQUILO, *Suplicantes* 20 ss.).

gara suplicaban, sin contar ni uno sólo de los sucesos 2
verdaderos para no ser blanco además de la rechifla
por haber sufrido de manos de pastores agravios tales
y tamaños; sino lanzando contra los de Mitilene acu-
saciones de haberles dejado en son de guerra sin su
barco y robado sus caudales. Y se les creyó por sus 3
heridas y, con la opinión de que era de justicia vengar
a unos mancebos de las primeras familias de la ciudad,
se decretó contra los mitilenenses una guerra sin he-
raldo[96]. Y ordenaron que el comandante de su ejército
zarpara con diez naves para saquear la comarca de la
costa, pues cerca de la entrada del invierno no ofrecía
seguridad confiar a la mar una flota más nutrida.

Al día siguiente mismo zarpó y con tripulaciones que 20
manejaban por igual las armas que los remos embistió
contra los campos ribereños de Mitilene. Y, como
presa, tomó mucho ganado y abundante trigo y vino,
ya que apenas había terminado la vendimia, y también
gente no poca de cuantos en esos parajes trabajaban.
Abordó igualmente las tierras de Dafnis y de Cloe, y 2
con un desembarco repentino se llevó de botín todo lo
que halló.

No estaba Dafnis al cuidado de sus cabras, sino que
había subido al bosque a cortar ramón verde para tener
con qué alimentar en el invierno a sus cabritos. De
suerte que al divisar desde allá arriba la incursión se
ocultó en el tronco hueco de un haya reseca[97]. Y en 3

---

96 Sin envío previo de heraldo, que hiciese formalmente la declaración, lo que implicaba a la vez una guerra sin cuartel y, lógicamente, por sorpresa. Por lo demás, una guerra particular entre dos ciudades nos remite a los tiempos de la Grecia libre, anteriores a la dominación romana.

97 Se ha señalado que Longo pudo inspirarse para esta ocurrencia en PÍNDARO, *Nemea* X 61, en el episodio en que Pólux, oculto «en el tronco de una encina», es descubierto por Linceo. De hecho, Longo pudo tener en la memoria simplemente el mito, ya fuese en esta versión o en la variante que conocemos por los *Cantos Ciprios* (fr. 11).

cambio Cloe estaba con los rebaños y, perseguida y suplicante, se refugia al lado de las Ninfas y pide que por las diosas respeten tanto su ganado como a ella. Pero de nada le valió, pues los metimnenses colmaron de injurias las imágenes[98] y se llevaron tanto sus rebaños como a ella, como una cabra o una oveja más, golpeándola con mimbres.

21 Con sus barcos ya cargados de presas de toda especie decidieron no navegar más allá, sino poner rumbo a su patria por miedo lo mismo del mal tiempo que de las gentes enemigas. Y así se fueron alejando a fuerza de fatigarse con los remos, ya que el viento no soplaba.

2 Dafnis, vuelta la calma, llegó al llano donde habían estado apacentando sus ganados y, al no ver allí sus cabras ni encontrar las ovejas ni hallar a Cloe, sino una completa soledad y rota la zampoña con la que
3 Cloe acostumbraba deleitarse, corría dando gritos y lastimosamente derramando lágrimas ya hacia la encina que de asiento les servía, ya en dirección al mar por el deseo de divisarla, ya hasta las Ninfas a las que ella había acudido en demanda de refugio mientras la raptaban. Allí, al fin, por tierra se arrojó y les echaba a las Ninfas su traición en cara:

22 —¿De vuestro lado arrebataron a Cloe y vosotras tolerasteis verlo? ¿La que os trenzaba las guirnaldas y derramaba en vuestro honor la leche que primero
2 se ordeñaba y cuya siringa tenéis aquí de ofrenda? Ni una sola cabra me arrebató un lobo, y esos enemigos el rebaño y a la que conmigo lo guardaba. Las cabras las desuellan y sacrifican las ovejas, y Cloe en adelan-
3 te vivirá en una ciudad. ¿Cómo me presentaré delante de mi padre y de mi madre sin las cabras, sin Cloe, falto de ocupación?: pues no me queda ganado que

[98] Un sacrilegio semejante es narrado por Heródoto (III 37).

cuidar. Aquí esperaré, echado, la muerte o una nue- 4
va guerra. ¿Te pasa a ti, Cloe, lo mismo que a mí? ¿Te acuerdas de este llano y de las Ninfas estas y de mí? ¿O te sirven de consuelo las ovejas y las cabras que en tu cautiverio te acompañan?

Tales son sus palabras. Y a fuerza de lágrimas y 23
pena lo sorprende un profundo sueño. Ante él se alzan las tres Ninfas, altas y hermosas damas, medio desnudas y descalzas, con las melenas sueltas y a sus propias imágenes iguales[99]. A lo primero parecieron compa- 2
decerse de Dafnis. Luego la de más edad le dice confortándolo:

—No nos hagas reproches, Dafnis, pues más nos importa Cloe que a ti. Bien sabes que nosotras cuando era una criatura tuvimos lástima de ella y que en esta gruta echada la criamos. Ella no tiene nada en común 3
con estos llanos ni con las ovejuelas de Lamón[100]. Y ahora nuestro pensamiento en lo que a ella toca está trazado: que ni la lleven a Metimna como esclava ni sea parte de un bélico botín. Y a aquel Pan que tiene 4
su asiento bajo el pino, al que vosotros jamás honrasteis ni aun con flores[101], le hemos solicitado que tome bajo su tutela a Cloe. Pues más hecho que nosotras está a los campamentos y ya ha guerreado en muchas guerras alejado de sus rústicas moradas[102]. Y contra los de Metimna va a partir un enemigo nada fácil. Cesa en tu congoja, levántate y muéstrate a 5
Lamón y a Mírtale, que también yacen en tierra en la creencia de que tú igualmente formas parte del botín.

---

[99] Cf. su descripción en I 4, 2.

[100] Un lapsus del autor: las ovejas son de Driante. Las correcciones propuestas están fuera de lugar.

[101] Cf. Heródoto, VI 105, para un olvido semejante.

[102] Cf. la advocación de Pan Guerrero en IV 39, 2. La belicosidad de Pan se muestra en muchos episodios recogidos en leyendas, por lo general, tardías.

Pues Cloe te llegará mañana con las cabras y con las ovejas, y las llevaréis juntos a pastar y tocaréis juntos la zampoña. Y del resto acerca de vosotros será Amor el que se ocupe.

24 Nada más tener esta visión y escuchar tales palabras, Dafnis despertó de un brinco y con lágrimas de gozo y, a la vez, de dolor fue a prosternarse ante las figuras de las Ninfas e hizo el voto de que, salvada Cloe, habría de sacrificarles la más lucida de sus ca-
2 bras. Y también corrió hacia el pino, donde se asentaba la imagen de Pan paticabrío y cornudo, en una mano la siringa y con la otra sujetando a un buco en trance de saltar[103]. Y también ante él se prosternó, le rogó por Cloe y le prometió que le inmolaría un macho
3 cabrío. Y a duras penas con el declinar del sol puso punto a sus lágrimas y súplicas y, recogiendo las ramas que había cortado, retornó a la majada e hizo cesar los
4 llantos de la casa de Lamón llenándola de gozo; probó algo de alimento y se echó a dormir sin que ni el sueño estuviese libre de sus lágrimas: que rogaba ver en él otra vez a las Ninfas y rogaba que volviese apresuradamente el día en que le habían prometido a Cloe. De todas las noches aquélla le pareció que era la más larga. Y en ella tuvieron lugar estos sucesos:

25 El comandante de las fuerzas de Metimna, después de distanciarse navegando como unos diez estadios, quiso que sus soldados se recobrasen de la fatigosa
2 correría. Tocó, pues, en un promontorio que penetraba en el mar y se extendía como una media luna, de modo que el mar en su interior formaba un fondeadero más

---

103 Esta descripción de Pan coincide con sus representaciones plásticas y poéticas más corrientes (cf. el comienzo del *Himno homérico* XIX, o el retrato humorístico de LUCIANO, *Diál. de los dioses* 22, 1, y, para detalles, el artículo «Pan» en el *Lexikon der griechischen und römischen Mythologie* [III 1, cols. 1407 sigs.] de W. H. ROSCHER).

bonancible que los puertos. Allí, anclando las naves
agua adentro, no fuera que algún campesino desde tie-
rra dañara alguna de ellas, dejó que los metimnenses
disfrutaran en paz. Con las abundantes provisiones de 3
toda suerte que llevaban, fruto de la rapiña, se entre-
garon a beber y a divertirse, tomando como ejemplo
las fiestas con que se celebran las victorias.

Pero el día apenas terminaba y con la entrada de
la noche iba remitiendo el regocijo, cuando de súbito
la tierra toda entera pareció iluminarse con un fuego
y se oyó ruidoso chapoteo de remos, como de una nu-
trida flota que avanzara. Alguien llamó a gritos a las 4
armas, otro reclamaba al comandante y alguno creyó
ya estar herido y yacía con todas las trazas de un ca-
dáver. Se habría pensado contemplar un combate en
plena noche sin que hubiera ni sombra de enemigos [104].

Y tras una noche semejante les sobrevino el día, 26
aún más pavoroso que la noche [105]. Los machos y las
cabras de Dafnis llevaban en sus cuernos hiedra car-
gada de racimos. Los carneros y las ovejas de Cloe
aullaban con aullidos de lobos. Y ella también apareció 2
con una guirnalda de ramos de pino. Sucedían igual-
mente en el propio mar muchos portentos. Pues las
anclas al intentar levarlas seguían allá en el fondo,
los remos al tenderlos para remar se les quebraban y
delfines con sus saltos a coletazos batían las naves
desde el mar deshaciéndoles las juntas [106]. También se 3

---

[104] Este género de noches terroríficas fueron muy del gusto de los autores griegos desde, al menos, APOLONIO DE RODAS (cf. *Argonáuticas* IV 1694 ss.).

[105] El episodio siguiente recuerda dos sucesos milagrosos: uno narrado en el *Himno homérico a Dioniso* (VII), sobre todo vv. 38 ss. (cf. NONO, *Dionisiacas* XLV 105-168), y otro, en el *Himno homérico a Apolo* (III), vv. 400 ss.

[106] Es posible, como se ha señalado alguna vez, que Longo se inspirase en las máquinas bélicas llamadas, precisamente, «delfines», con que se atacaban los navíos. Pero los delfines,

dejaba oír, por encima de la empinada peña de la que arrancaba el promontorio, el tañido de una flauta, aunque no como tal flauta recreaba, sino que, al oírla, les infundía espanto, como el toque de un clarín.

4 Estaban, pues, en la mayor confusión, corrían a las armas y daban el nombre de enemigos a quienes les eran invisibles, hasta el punto de que en sus súplicas clamaban por que volviera la noche, como si en ella
5 fuera a llegarles una tregua. Y, sin embargo, para cualquiera de recto entendimiento estos sucesos eran descifrables: que las visiones y sonidos tenían en Pan su origen y en alguna razón su ira contra aquellos marineros. Pero no estaba en su mano imaginar la causa (pues no había sido saqueado santuario alguno de Pan), hasta que, mediado el día, cayó, no sin designio de los dioses [107], en un sueño el comandante y el
27 mismo Pan se le mostró y así le dijo: «Vosotros, los más profanadores e impíos de todos los humanos, ¿con qué fin en vuestras cabezas delirantes [108] habéis concebido esa acción tan atrevida? Habéis acarreado la guerra a los campos, que me son muy queridos; habéis arrancado de aquí unos rebaños de vacas, de cabras y
2 de ovejas, que tenían mi tutela; arrebatasteis de los altares a una doncella a la que Amor desea convertir en centro de una piadosa leyenda. Ni respetasteis a las Ninfas, que os veían, ni a mí, el propio Pan. Pues bien, ni volveréis a ver Metimna si seguís con tal botín en vuestras naves, ni escaparéis al poder de esta zam-
3 poña que de confusión os ha llenado. Que anegándoos os haré pasto de peces [109], si no devolvéis a las Ninfas,

---

de todos modos; están ya presentes (aunque con un fin muy distinto) en el episodio citado del *Himno a Dioniso* y, desde luego, en el Apolo-delfín del *Himno a Apolo*.

107 Vieja expresión épica (cf. *Odisea* XVIII 353).

108 Cf. *Ilíada* XXIV 114. El discurso de Pan está salpicado de reminiscencias poéticas.

109 Cf. *Ilíada* XIX 268.

al momento, a Cloe y sus rebaños de cabras y ovejas.
En pie, pues, y haz desembarcar a la zagala con todo
lo que he dicho. Y yo seré vuestro guía, de ti mientras
navegues, de ella en su camino.»

Muy conturbado, entonces, Briaxis (pues así se lla- 28
maba el comandante) se levanta de un salto y convoca
a los capitanes de los barcos y les manda que al ins-
tante sea buscada Cloe entre los prisioneros. Presta- 2
mente la encontraron y ante su vista se la llevan: que
estaba sentada con ramas de pino por corona. Compren-
diendo que también esto era un signo acorde con la
visión que había tenido en el sueño, la conduce a tierra
en la propia nave capitana. Y apenas ella está desem- 3
barcada cuando se escucha un tañido de zampoña otra
vez desde la peña, no ya guerrero y espantoso, sino
pastoril y cual se suele para conducir al pasto los ga-
nados. Las ovejas a la carrera descendieron por la pa-
sarela sin deslizarse siquiera[110] con sus pezuñas y las
cabras con decisión mucho mayor, como hechas a tre-
par por las escarpas.

Y éstas rodean a Cloe, como un corro de danzantes, 29
entre brincos y balidos y con iguales muestras de ale-
gría. En cambio, las cabras de los demás cabreros y
las ovejas y las vacadas seguían en su sitio en la cala
del navío, como si la melodía no las llamara. Y mien- 2
tras estaban todos asombrados y aclamaban a Pan, en
ambos elementos se mostraron maravillas aún mayores
que éstas: los barcos de Metimna, antes de levar las 3
anclas, navegaban y a la nave capitana la guiaba un
delfín con sus saltos sobre la superficie del mar. Y era
guía de las cabras y ovejas dulcísimo tañido de una
flauta, por más que al que la tocaba nadie viera. Y así
las ovejas y las cabras avanzaban a la vez que pacían
complacidas con la música.

[110] Cf. nuestras «Notas sobre Longo», ya citadas, § 2.2.

30 Era más o menos la hora en que el ganado pasta por segunda vez [111] cuando Dafnis, al ver desde una elevada atalaya los rebaños y a Cloe, gritando «¡Ninfas y Pan!» bajó a la carrera hasta el llano, abrazó a Cloe y cayó
2 desvanecido. Y, trabajosamente devuelto a la vida por Cloe con sus besos y el calor de sus abrazos, se encamina a la encina de costumbre. Y sentado al pie del tronco preguntó cómo había escapado de semejantes
3 enemigos. Y ella todo le contó: la hiedra de las cabras, el aullido de las ovejas, el pino que había florecido en su cabeza, el fuego en la tierra, el ruido del mar, uno y otro tañido de la flauta, el belicoso y el de paz, la espantosa noche; cómo a ella, que ignoraba el camino, la melodía la había guiado.

4 Dafnis reconoce entonces su sueño con las Ninfas y los actos de Pan, y le cuenta también él cuanto había visto y escuchado: que, a punto de morir, vivió gracias
5 a las Ninfas. Y la envía a por las familias de Driante y de Lamón y por todo lo que corresponde a un sacrificio. Y él entretanto cogió la mejor de sus cabras, la coronó de hiedra, tal como las vieran los enemigos; y tras derramarle leche por los cuernos la inmoló en honor de las Ninfas y, colgada, la desolló y les ofrendó su piel.

31 Cuando ya estuvieron presentes los que venían con Cloe, encendió fuego, coció parte de la carne, asó la restante, ofreció las primicias a las Ninfas y una libación de una vasija a rebosar de vino dulce; extendió sobre el suelo lechos de hojarasca y luego participó del yantar, de la bebida y de las bromas. Y a la vez vigilaba los rebaños, no fuera que un lobo irrumpiendo
2 hiciera la labor de un ejército enemigo. Dedicaron

---

111 Es decir, tras la siesta. Longo ha adaptado a su mundo pastoril modos de indicar las horas que se encuentran en la poesía desde época arcaica, a base de referencias agrarias (uncir o desuncir los bueyes, etc.).

también a las Ninfas algunos cánticos que eran obra
de pastores de antaño. Y sobrevino la noche y durmie-
ron allí en medio del campo. Y al día siguiente se acor-
daron de Pan y, coronando de pino al que entre los
machos era el dominante en el rebaño, lo acercaron al
pino[112], le vertieron vino por encima y lo inmolaron
entre loores al dios; lo colgaron y quitáronle le piel.
Asaron y cocieron sus carnes, que sirvieron en el prado 3
cercano, sobre las capas de hojarasca[113]. Y la piel y la
propia cornamenta las fijaron al pino, al lado de la
imagen: pastoril ofrenda a un dios pastoril. Igualmente
le dedicaron las primicias de la carne y, con una vasija
más grande, una libación. Cantó Cloe y Dafnis tocó
con su zampoña.

Después de todo esto, estaban recostados y comiendo 32
cuando se les presenta Filetas, el boyero, que dio la coin-
cidencia de que venía a traer algunas guirnaldillas a
Pan y unos racimos aún entre hojas y sarmientos. Lo
seguía Títiro, el más joven de sus hijos, rapaz de pelo
rojo y ojos azules, de blanca tez y aire resuelto, y que
al andar brincaba con la ligereza de un cabrito[114].

Se alzaron, pues, y fueron con Filetas a coronar a 2
Pan y suspendieron del ramaje del pino los sarmientos;
y de vuelta a sus asientos le brindaron un puesto en el
convite allí a su lado. E igual que viejos que están ya 3
algo bebidos, se intercambiaban un buen número de
historias: de cómo guardaban de jóvenes sus hatos, de

---

112 Planta la más vinculada al dios Pan, que suele llevar una guirnalda o una rama de pino habitualmente.

113 En PLATÓN, *República* 372b (cf. también, por supuesto, TEÓCRITO, VII 63 ss.), puede rastrearse un antecedente de este tipo de comida campestre y sencilla.

114 El nombre de Títiro es eminentemente pastoril (cf. TEÓCRITO, III 2 ss., VII 72; la primera égloga virgiliana, etc.). La comparación con un cabrito puede estar relacionada con la noticia (conocida por un escolio a TEÓCRITO, III 2) que daba a ese nombre el sentido de «macho cabrío».

cuántas correrías de piratas se libraron. Uno se jactaba de haber matado un lobo, otro de ser sólo inferior a Pan en la maestría con la zampoña [115]: que éste era el orgullo de Filetas.

33 Dafnis y Cloe entonces con insistencia le rogaron que también a ellos los dejara participar de su arte y que tocara la siringa en una fiesta que era en honor de un dios que en la siringa se complace. Acepta Filetas, aunque reproche a su vejez haberlo dejado sin
2 aliento, y toma la zampoña de Dafnis. Sin embargo, ésta era pequeña para sus grandes facultades, por estar hecha para que en ella soplara la boca de un muchacho. Manda, en fin, a su majada por su siringa a Títiro, a
3 diez estadios de distancia [116]. Éste se desembarazó de su mandil [117] y echó a correr como un cervato. Y Lamón les propuso contarles la leyenda que sobre la siringa había oído cantar a un cabrero de Sicilia, que en pago recibió un macho cabrío y una zampoña [118]:

34 «Esta siringa, el instrumento, no era tal instrumento, sino una doncella hermosa y de linda voz para cantar. Guardaba cabras, jugueteaba con las Ninfas, cantaba como ahora [119]. Y estaba apacentando y con sus juegos y canciones, cuando Pan se le acercó y quiso que accediese a sus deseos y le prometió que todas sus cabras parirían dos cabritillos [120].

---

115 Cf. Teócrito, I 2 s.

116 Unos 1.800 m.

117 Es el término que creemos que más se aproxima al griego *encómboma*, de uso corriente, sobre todo, entre los esclavos.

118 Cf. [Teócrito], VIII 85 s. Sicilia era la cuna del género bucólico al estilo teocriteo.

119 Es decir, de un modo comparable a las melodías que ahora salen del instrumento de su nombre. El mito de Pan y Siringa se lee también en Ovidio, *Metamorfosis* I 689 ss., y Aquiles Tacio, VIII 6, 7 ss. En Longo está en evidente paralelo con la historia de Pan y Pitis, aludida en I 27, 2.

120 Cf. [Teócrito], VIII 45.

»Pero ella se reía de su amor y respondió que no 2
habría de aceptar enamorado que ni era cabal buco
ni hombre. Pan se lanza a conseguirla por la fuerza.
Huyó Siringa de Pan y su violencia. En su huida, fati-
gada, se oculta entre unas cañas; desaparece en una
ciénaga. Pan corta en su cólera las cañas. Al no en- 3
contrar a la zagala, comprendiendo lo acaecido, ima-
gina el instrumento y une con cera las cañas desiguales,
según fue desigual[121] también entre ellos la pasión. Y
la que en tiempos fue hermosa doncella es ahora siringa
musical.»

Terminaba Lamón de contar esta leyenda y de elo- 35
giarle Filetas que su historia hubiera sido más dulce
que una canción, y ya estaba allí Títiro a traerle a su
padre la zampoña, instrumento de gran tamaño y de
grandes cañas, que llevaba reforzadas las juntas de
cera con broncíneas filigranas: se hubiera imaginado 2
que era aquélla que ensamblara Pan por vez primera.

Filetas, entonces, se alzó del lecho hasta quedar sen-
tado[122] y, lo primero, probó a ver si por las cañas pa-
saba el aire limpiamente. Luego de comprobar que el 3
soplo las recorre sin obstáculo, las hizo resonar con
fuerza y brío: el tañido de la flauta sonó con tanto
ímpetu que habría podido atribuirse a varias zampo-
ñas acordadas. Pero poco a poco le fue templando su
vigor hasta cambiarlo en la más delicada melodía. Y 4
exhibió todo el repertorio musical del perfecto pasto-
reo: cuál el que corresponde a una vacada, cuál el opor-
tuno para un hato de cabras, cuál del que gustan las
ovejas. Dulce era el son de las ovejas, sonoro el de las
vacas, agudo el de las cabras. Y cabalmente una única
zampoña de toda clase de zampoñas hizo las veces.

---

121 Tanto por no ser correspondida por ella como por ser un amor desfavorable (posible, en el original, *ánisos*).

122 Cf. nuestras «Notas sobre Longo», § 2.4, para la traducción que damos.

36 Los demás, complacidos, seguían recostados y en
silencio, pero Driante se alzó e, invitándolo a tocar un
aire dionisíaco, les bailó una danza de vendimia. Figu-
raba unas veces vendimiar, otras cargar con capachos,
luego pisar los racimos, luego llenar las cubas y luego
2 ya beber el mosto. Todas estas figuras las bailó Drian-
te con gracia tal y tanta vida que creían estar viendo
las vides, el lagar, las cubas y a Driante bebiendo de
verdad.

37 Éste fue el tercer viejo, pues, que así se ganó los
aplausos con su danza y dio un beso a Cloe y a Dafnis.
Y ellos muy prestos se levantaron para bailar la his-
toria que contó Lamón. Dafnis hacía de Pan, de Siringa
Cloe [123]. El uno suplicaba con voluntad de seducirla; la
2 otra, desdeñosa, sonreía. Él la acosaba y corría de pun-
tillas simulando unas pezuñas; ella mostraba la fatiga
de la huida. Después Cloe se oculta, como en una cié-
3 naga, en el bosque; Dafnis con la zampoña grande de
Filetas toca una melodía que suena quejumbrosa, como
de un enamorado; como del que quiere seducir, apa-
sionada; solícita, como de quien anda buscando, hasta
el punto de que Filetas admirado se alza de un salto a
darle un beso y con el beso le regala la zampoña y en-
carece que también Dafnis se la ceda a un sucesor de
iguales méritos.

38 Dafnis, después de consagrar su siringa pequeña a Pan y de besar a Cloe, como si la hallara tras una fuga auténtica, recoge el rebaño al son de la zampoña. Como ya había anochecido [124], Cloe recogió igualmente el suyo

123 Cf. una danza mímica semejante (con el tema de Dioniso y Ariadna) y bailada, igualmente, por una pareja de jóvenes enamorados en JENOFONTE, *Banquete* IX. B. DE SAINT-PIERRE, en *Pablo y Virginia*, entre otros ecos indudables de Longo, ha recreado también esta pantomima.

124 Los editores divergen en la puntuación de este pasaje. Seguimos la de Schönberger.

reuniéndolo con el tañido de la flauta. Las cabras iban 2
al lado de las ovejas y Dafnis caminaba cerca de Cloe, de suerte que hasta la noche estuvieron embelesados[125] el uno con el otro y para el día venidero acordaron sacar a pastar aún antes los ganados.

Y así lo hicieron, pues llegaron al pasto apenas apun- 3
tando el día. Y, tras saludar primero a las Ninfas, después a Pan, sentados ya bajo la encina tocaron las zampoñas, luego se besaron, se rodearon con los brazos, se echaron en el suelo y, sin pasar a mayores, terminaron levantándose. Se ocuparon también de comer y bebieron vino mezclándolo con leche.

Con todo esto aumentando su ardor y lo mismo su 39
mutuo atrevimiento, entraron en pleitos amorosos y poco a poco llegaron hasta prometerse fidelidad con juramentos. Dafnis se acercó al pino para jurar por Pan que no habría de vivir sin Cloe ni el plazo de un
solo día. Y Cloe, dentro de la gruta, juró por las Ninfas 2
que su amor compartiría la misma muerte y vida de su Dafnis. Pero tanta ingenuidad había en Cloe, por jovencita, que al salir de la cueva todavía estimó que
debía tomarle un segundo juramento: «Dafnis —le 3
dijo—, Pan es un dios galanteador e infiel[126]: se enamoró de Pitis, se enamoró de Siringa, y jamás deja de perturbar a las Dríades y de enredar a las Ninfas Epimélides. En fin, que si te despreocupas de cumplir tus juramentos, no se preocupará de castigarte, ni siquiera si dirigieses tus pasos a más mujeres que cañas hay en
la zampoña. Júrame por tu rebaño y por la cabra aque- 4
lla que te amamantó no abandonar a Cloe mientras ella te sea fiel. Mas si contra ti y contra las Ninfas llegara

---

125 Para la interpretación de este término, cf. VALLEY, *Über den Sprachgebrauch...*, pág. 10, que adujo como paralelo HELIODORO, X 31, 1. Ninguno de los dos pasajes debe, pues, ser corregido, contra el hábito de tantos editores.

126 Cf. LUCIANO, *Diál. de los dioses* XXII 4.

a ser culpable, huye de ella y ódiala y mátala, como a un lobo.»

5 Encantó a Dafnis tal desconfianza y, plantado en medio del hato, con una mano sobre una cabra y con la otra a un macho agarrado, juró amar a Cloe si Cloe lo amaba. Y que, si a otro prefería en lugar de a Dafnis, en vez de a ella él se mataría.

6 Cloe se llenó de júbilo y dio por buena su palabra, como muchacha que era y pastora, que creía en las cabras y ovejas como divinidades propias de pastores y cabreros.

LIBRO TERCERO

Cuando los mitilenenses se enteraron de la arribada 1
de la decena de navíos y algunos que llegaban de los
campos les informaron del saqueo, juzgaron que no
era tolerable aguantar el proceder de la gente de Me-
timna y decidieron también tomar al momento las
armas contra ellos. Hicieron una leva de tres mil infan- 2
tes y de quinientos de a caballo y se mandó al coman-
dante Hípaso por tierra, porque recelaban del mar en
la estación del mal tiempo.

Pero éste, ya en marcha, no entraba a saco en los 2
campos de Metimna ni tampoco pillaba rebaños y ha-
ciendas de labradores y pastores, ya que en su opinión
éstas eran acciones más de bandolero que de un jefe
militar. Se dirigía, en cambio, velozmente contra la
propia capital, con el ánimo de irrumpir por sus puer-
tas sin custodia, cuando a una distancia de unos cien 2
estadios[127] un heraldo le salió al encuentro con la pro-
puesta de una tregua.

Era el caso que los metimnenses, enterados por los 3
prisioneros de que los de Mitilene eran ajenos al su-
ceso y de que, por el contrario, labradores y pastores
habían procedido de aquel modo con los jovencitos por
sus actos insolentes, reconocieron que se habían com-

127 Unos 18 Km. Según puede deducirse de ESTRABÓN (XIII 2, 2), la distancia entre ambas ciudades era de unos 270 estadios.

portado con una ciudad vecina más con osadía precipitada que con juicio. Y era su empeño, tras la devolución de todo lo robado, restablecer las relaciones sin temor por tierra y mar[128].

4 Hípaso entonces remite el heraldo a Mitilene, aunque lo habían votado comandante con poderes absolutos. Y acampa a unos diez estadios de Metimna, para esperar
5 las órdenes de su ciudad. Y al cabo de dos días llegó el mensajero con la de recoger dicho botín y regresar a casa sin hacer agravio alguno, ya que, puestos a elegir entre la guerra y la paz, hallaban la paz más ventajosa.
3 La guerra, pues, entre Metimna y Mitilene, que había tenido un comienzo inesperado, también terminó de modo semejante.

Pero el invierno a Dafnis y a Cloe se les antoja más doloroso que la guerra. Pues una nevada repentina y copiosa cerró todos los caminos y encerró a todos los
2 campesinos. Bajaban impetuosos los torrentes y había capas de hielo endurecidas[129], los árboles parecían doblegados[130]; la tierra entera estaba oculta, a no ser a
3 la orilla de veneros y corrientes. Nadie, en fin, llevaba al pasto su ganado ni más allá iba de su puerta, sino que, junto a una gran fogata que encendían nada más cantar los gallos, hilaban lino unos, tejían otros con pelos de cabra y otros urdían diestramente redes para
4 aves. Era tiempo de ocuparse de que las reses comieran paja en los establos, las cabras y ovejas en los corrales hojas, los cerdos en las pocilgas bellotas de encinas y de robles[131].

---

128 Cf. TUCÍDIDES, I 2, 2.

129 Cf. TUCÍDIDES, III 23, 5.

130 Para la interpretación del término (bajo el peso de la nieve), cf. VALLEY, *op. cit.*, págs. 10 y sig. Pasaje inútilmente corregido por algunos y que recuerda el comienzo de la oda 9 del libro I de HORACIO.

131 Cf. *Odisea* X 242 s.

Como por fuerza mayor, pues, nadie podía salir 4
de casa, los demás labriegos y pastores gozaban de este
descanso temporal de sus tareas, de la comida al des-
puntar el día y de un sueño prolongado, de manera
que en su opinión el invierno era más grato que el
verano, el otoño y hasta la propia primavera.

Pero Cloe y Dafnis, con el recuerdo de las pasadas 2
delicias, de cómo se besaban, de cómo se abrazaban y
cómo tomaban juntos su comida, pasaban sus noches
entre insomnios y aflicciones y aguardaban la estación
primaveral como si de la muerte retornaran a la vida.
Sufrían ya de que cayera en sus manos un zurrón, del 3
que sacaban su merienda; ya de ver una colodra, de
la que ambos bebían; ya una zampoña, que fuera un
presente de amor, por el suelo abandonada. Suplicaban 4
a las Ninfas y a Pan verse liberados de estos infortu-
nios y que a ellos y a sus rebaños les dejaran ver por
fin el sol. Y a la vez que suplicaban trataban de encon-
trar algún ardid por medio del cual verse. Cloe, desde 5
luego, estaba fatalmente sin escape y sin remedio, pues
la acompañaba de continuo la que pasaba por su ma-
dre, enseñándola a cardar lana y a manejar el huso y
hablándole de bodas [132]. Pero a Dafnis, por estar ocioso
y ser más sagaz que una zagala, para ver a Cloe se le
ocurrió semejante estratagema:

Al pie mismo de la fachada de la casa de Driante 5
habían crecido hiedra y dos grandes arrayanes: los arra-
yanes muy cerca uno del otro y la hiedra en medio de
los dos, de suerte que al repartir su ramaje sobre ambos
y con el entrelazamiento de su fronda formaba, como

---

[132] A pesar de su temprana edad, lo que no sería raro en la antigüedad griega. En JENOFONTE, *Económico* VII, 5, se alude al casamiento antes de cumplir la novia los quince años. Cf. también *Nino y Semíramis*, fr. A 1 (vol. 16 de esta Colección), y, en general, SCARCELLA, «La tecnica dell'imitazione in Longo Sofista», *Giorn. It. Filol.*, N. S., 3 (1972), pág. 75.

si de una parra se tratara, una especie de gruta. Y tal
era la abundancia y tamaño de los corimbos como de
2 los racimos que penden de los sarmientos. Y en su
torno había una gran cantidad de pájaros de invier-
no[133], que no podían procurarse su alimento fuera: nu-
merosos mirlos, numerosos tordos y torcaces y estor-
ninos y de cuantas otras clases de pájaros que viven de
la hiedra.
3 Con el pretexto de cazar estas aves salió Dafnis,
con su zurrón repleto de pasteles de miel y cargado de
4 liga y redes para dar fe de su intención. La distancia
desde luego no era de más de diez estadios, pero la nie-
ve, todavía no derretida, le produjo un gran cansancio:
que para los pies del amor sin duda todo es franquea-
ble, ya sea fuego o agua o nieve escítica[134].
6 A la carrera, pues, llegó hasta la casa y, después de
sacudirse la nieve de las piernas, tendió las redes y
untó con la liga largas varas; luego se sentó, atento a
los pájaros y a Cloe.
2 Pájaros vinieron muchos, en efecto, y cayeron los
suficientes para darle mil trabajos recogerlos, matarlos
y desplumarlos. Pero de la casa nadie salió, ni hombre
ni mujer y ni aun un ave del corral: que todo el mundo
seguía en el interior sentado junto al fuego. De manera
que Dafnis estaba muy indeciso, con el temor de haber
llegado con pájaros no precisamente favorables[135]. Se
atrevía, si encontraba un pretexto, a traspasar las puer-
tas y discutía consigo mismo cuál alegar que fuera
más creíble:

---

133 Es decir, de aves migratorias que pasaban por Lesbos en esa época del año.

134 Expresiones más o menos proverbiales para el frío excesivo eran: «nieve céltica o gálica» (cf. *Antología Palatina* X 21, 4) o «nieve del Caspio» (cf. LUCIANO, *Hist. conscr.* 19).

135 Juego de palabras entre los pájaros que ha venido a cazar Dafnis y su valor como signo de mal agüero.

—Vine a que me dieran lumbre. 3
—¿Y no había vecinos en un estadio?
—Me llegué a pedirles unos panes.
—¡Pero tu zurrón está repleto de comida!
—Preciso un poco de vino.
—¡Y estuviste de vendimia no hace ni tres días! [136].
—Me perseguía un lobo.
—¿Y dónde están las huellas de ese lobo?
—Vine a cazar los pájaros.
—¿Por qué, entonces, si los cazaste, no te vas?
—Deseo ver a Cloe: pero ¿quién le confiesa esto al 4
padre y a la madre de una joven?

Sin duda por todas partes había obstáculos: «No hay una sola de todas éstas —se dijo— que no sea una excusa sospechosa. Por consiguiente, mejor es que me calle. A Cloe la veré por la primavera, ya que en el invierno, al parecer, no es mi sino que la vea.»

Más o menos así estuvo cavilando y sin decir pala- 5
bra y con sus presas recogidas iba ya a partir cuando, como si Amor se hubiera compadecido de él, sucedió esto:

La familia de Driante estaba en torno a la mesa. Se 7
repartía la carne, los panes se servían, se mezclaba en la jarra la bebida [137]. Pero entonces uno de los perros guardianes del ganado, al acecho de un descuido, atrapó un trozo de carne y escapó por la puerta. Dolido Drian- 2
te (pues era precisamente su ración), echando mano a un palo, como un sabueso le siguió la pista. En plena persecución va a parar a la hiedra y ve a Dafnis, que se echaba al hombro su botín, resuelto a emprender la

---

136 Literalmente, «ayer y anteayer». Los revisadores de la edición de Dalmeyda, sin duda, se pasaron de listos al echar en cara a traductores como Amyot y Courier una versión como la nuestra: la expresión, naturalmente, no debe entenderse al pie de la letra.

137 Es decir, el agua y el vino.

3 retirada. Se le olvidaron al punto carne y perro y al
grito de «¡hola, muchacho!», lo abrazó, lo besó y del
brazo lo condujo adentro de la casa. Y ellos, al verse,
por poco al suelo se desploman, pero tuvieron arrestos
para seguir de pie y se saludaron y besaron, lo que les
sirvió como de sostén para no derrumbarse.

8 Dafnis, que halló un beso y a su Cloe, de lo que ya
desesperaba, fue a sentarse junto al fuego y descargó
de sus hombros en la mesa las torcaces y los mirlos.
Contó cómo, hastiado de estar metido en casa, se decidió
a cazar, y cómo los capturó en parte con redes, en parte
con la liga, gracias a su afición a los mirtos y a la hie-
2 dra. Le aplaudieron su empeño y lo invitaron a comer
de lo que el perro les dejara, e igualmente indicaron a
Cloe que le diera de beber. Y ella, feliz, sirvió a los
demás y, el último, a Dafnis, pues fingía estar enfadada
porque, después de haber venido, sin verla iba a vol-
verse. Sin embargo, antes de servirle tomó un sorbo,
y así ya le dio de beber luego, y él, aunque sediento,
bebió lentamente, porque esa lentitud le regalaba un
placer más duradero.

9 La mesa quedó con prontitud vacía de panes y de
carne. Pero, aun sentados, se interesaron por Mírtale y
2 Lamón y los juzgaron dichosos por la suerte de tener
tal apoyo en su vejez, elogio que le llenó de más satis-
facción porque Cloe lo escuchaba. Y cuando lo retu-
vieron para hacer a Dioniso un sacrificio al día siguiente,
con la alegría estuvo a punto de adorarlos a ellos en
3 vez de al propio dios. Y al momento sacó de su zurrón
muchos pasteles y los pájaros cazados, que aderezaron
para la comida de la noche.

4 Una jarra de vino por segunda vez se puso, por se-
gunda vez se encendió fuego, y, con la pronta llegada
de la noche, de su segundo yantar quedaron satisfe-
chos, para luego, después de contarse unas historias
y entonar unas canciones, irse a dormir, Cloe con su

madre y Dafnis con Driante. En fin, que para Cloe no 5
hubo otro provecho que volver a ver al día siguiente a Dafnis. Y Dafnis disfrutó de un nuevo deleite, pues a su juicio era un placer compartir el lecho con el padre de Cloe precisamente, hasta el punto de abrazarlo y besarlo muchas veces, soñando que era a Cloe a la que todo eso le hacía.

Cuando el día llegó, hacía un frío nada común y el 10
soplo del Bóreas[138] todo lo abrasaba. Al levantarse, sacrifican un borrego añal a Dioniso y prendiendo un gran fuego preparan su comida. Y mientras Nape cocía pan 2
y Driante hervía el cordero, Dafnis y Cloe, que estaban desocupados, salieron de la casa hasta el sitio de la hiedra. Tendieron las redes otra vez, untaron con liga las varetas y cazaron pájaros en número no escaso. También disfrutaron largo rato de sus besos y de un 3
coloquio placentero:

—Por ti he venido, Cloe.

—Lo sé, Dafnis.

—Por ti hago perecer a los infelices mirlos.

—¿Y qué quieres que haga yo por ti?

—Que me tengas presente.

—Te tengo, por las Ninfas, en cuyo nombre presté una vez juramento en la gruta aquella a donde iremos tan pronto como la nieve se derrita.

—Pero es muy espesa, Cloe, y mucho me temo que 4
he de derretirme antes que ella.

—Dafnis, ¡ten valor!: que el sol calienta.

—¡Ojalá calentase tanto como el fuego que me abrasa el corazón!

—Bromeas para engañarme.

—¡No, por las cabras, en cuyo nombre me hiciste que jurara!

---

138 Viento del N.-NO. Longo pudo inspirarse para esta descripción en Jenofonte, *Anábasis* IV 5, 3.

11 Entre tales réplicas que Cloe, como un eco, dirigía
a Dafnis, los llamaron los que estaban con Nape y a la
carrera entraron con caza aún más abundante que la
víspera. Y luego de consagrar a Dioniso las primicias
de la jarra, estuvieron comiendo con las cabezas coro-
2 nadas de hiedra. Y cuando fue la hora, tras vocear
«¡Yaco!» y «¡evoé!»[139], despidieron a Dafnis con su
zurrón repleto de carnes y de panes. Y le dieron, para
que los llevara a Lamón y a Mírtale, las palomas y los
tordos: que ellos otros cazarían en tanto el invierno
persistiera y la hiedra no faltara.
3 Y partió Dafnis, besando a los demás antes que a
Cloe, con la intención de que el beso de ella le quedara
intacto. Y aún hubo de hacer aquel camino otras mu-
chas veces con pretextos diferentes, de suerte que el
invierno no del todo les negó amorosas ocasiones.
12 Comenzaba ya la primavera y, al fundirse la nieve,
se desnudaba la tierra y la hierba germinaba. Los otros
zagales llevaban a los pastos sus ganados, y antes que
ninguno Cloe y Dafnis, como que servían a un pastor
2 más principal[140]. Y al momento corrieron hacia las
Ninfas y su cueva, después hacia Pan y su pino y luego
hasta la encina, bajo la cual tomando asiento guarda-
ban sus rebaños al par que se besaban. Buscaron tam-
bién flores, con el deseo de poner guirnaldas a los
dioses, pero aún apenas las había nutrido el Céfiro y
las hacía brotar el sol con sus calores. Y sin embargo
encontraron violetas y narcisos y pamplinas y cuantas
3 nacen nada más empezar la primavera. Cloe y Dafnis,
mientras coronaban las imágenes, derramaron en su
4 honor la leche nueva de algunas cabras y ovejas. Tam-
bién les dedicaron primicias de su zampoña como en

---

139 Gritos rituales del culto dionisiaco, en clara conexión con la libación precedente.

140 Cf. II 5, 4.

un melodioso desafío a los ruiseñores[141], que les fueron respondiendo en la espesura e iban poco a poco afinando su cántico a Itis[142], como si tras largo silencio recobraran la memoria de los trinos.

Por doquier balaban las ovejas, los corderos brinca- 13
ban y chupaban las ubres encogidos debajo de sus madres. A las que aún no habían parido las acosaban los carneros y, una vez ellas debajo, las cubrían a una cada
cual. También había persecuciones y más fogosos saltos 2
sobre las cabras de sus machos y batallas por las hembras. Cada uno dominaba las suyas e impedía vigilante que con algún otro a hurtadillas cometiesen adulterio.

Hasta a unos viejos el ver tal espectáculo los hubiera 3
incitado al amoroso trato. Pero ellos, que eran jóvenes, pletóricos de savia, y que desde hacía ya mucho tiempo andaban en pesquisas del amor, con lo que oían se abrasaban, con lo que veían se derretían, y buscaban también ellos algo más que un beso y un abrazo[143]. Y
Dafnis sobre todo, pues, hecho mayor entre el encierro 4
y la holganza del invierno, se sentía enardecido y anhelante de besos y de abrazos y para toda acción mostraba más curiosidad y atrevimiento.

Le pedía a Cloe le concediera todos sus deseos y se 14
echara desnuda junto a él, también desnudo, más largo rato de lo que antes solían, ya que ésta era a no dudarlo la que les faltaba de las enseñanzas de Filetas para al-
canzar el único remedio que los librara del amor. Y ella 2
le preguntó qué más había que un beso y un abrazo e, incluso, echarse, y qué sabía él hacer cuando yacieran desnudos uno y otro.

---

141 Cf. [TEÓCRITO], VIII 37 s.

142 Itis es el llorado hijo de Procne o Aedón (según las diferentes versiones del mito) y los cantos del ruiseñor dolientes por Itis son un tópico en la literatura griega, al menos desde ESQUILO, *Agamenón* 1142 ss. Cf. AQUILES TACIO, V 3 ss.

143 Para este pasaje, cf. TEÓCRITO, I 87 s.

—Eso —contestó— que los carneros hacen a las ove-
3 jas y los barbones a las cabras. ¿Ves cómo, luego de hacerlo, ni ellas les huyen ya ni ellos se cansan acosándolas, sino que, tal que si hubieran disfrutado en común de un común placer, pacen juntos? Según parece, ese acto es algo dulce y que suprime lo amargo del amor.
4 —¿Pero no ves, Dafnis, las cabras y sus machos y los carneros y las ovejas, cómo de pie ellos lo hacen y de pie ellas reciben, brincando los unos y las otras ofreciéndoles sus lomos? ¿Y tú me pides que contigo me eche así, desnuda? Sin embargo, ¿a ellas no las cubre su pelaje más que a mí mis ropas?
5 Le hizo caso Dafnis y echado junto a Cloe se estuvo largo tiempo, y, como no sabía hacer nada de lo que tanto tenía ganas, la hace levantarse e, imitando a los bucos, la sujeta abrazada por detrás. Pero aún más chasqueado se sentó y rompió a llorar por ser más torpe, incluso, que los moruecos para la brega del amor.
15 Pero tenía un vecino, labrador de tierra propia y Cromis de nombre, cuyo cuerpo había perdido ya su juventud. Tenía éste una mujer que de la ciudad se había traído, moza y lozana y delicada en demasía para aquella
2 vida rústica. Su nombre era Licenion[144]. Y la tal Licenion, que veía a Dafnis muy temprano día por día pasar con las cabras hacia el pasto[145], y a la noche desde el pasto, se encaprichó con conseguirlo como amante po-
3 niéndole de cebo unos obsequios[146]. Y así, en una ocasión en que lo sorprende solo, le regala una zampoña, un panal de miel y un zurrón de piel de ciervo. Pero no osó aún decirle nada, ya que adivinaba su pasión por
4 Cloe al verlo tan apegado a la muchacha. Ya antes, en efecto, sus mutuas señas y sus risas la habían hecho

144 Sobre este personaje, cf. O. Longo, «Paesaggio di Longo Sofista», *Riv. Stud. Class.* 25 (1977), 5-17.

145 Cf. Teócrito, V 88, y VIII 72 s.

146 Cf. [Teócrito], VIII 72 s., ya citado.

imaginarlo, pero esa vez[147], de amanecida, pretextando ante Cromis que iba a asistir en el parto a una vecina[148], fue siguiéndolos y, oculta en un matorral para no dejarse ver, escuchó todo cuanto dijeron y vio todo cuanto hicieron. Ni siquiera se le escapó el llanto de
Dafnis. Se compadeció, pues, de su infortunio y con la 5
idea de que se le ofrecía, por partida doble, la oportunidad tanto de salvarlos como de alcanzar lo que era su deseo, se le ocurrió una treta así:

Al día siguiente, valiéndose del mismo pretexto de 16
ir a casa de la mujer del parto, se presenta, ahora abiertamente, junto a la encina en la que Dafnis y Cloe estaban sentados, y, con puntual remedo de la que está
muy trastornada: «¡Sálvame, Dafnis, de mi desgracia! 2
—dijo—. Que a uno de mis veinte gansos, el más hermoso, un águila me lo ha robado[149], y como cargada con tal peso no ha podido llevarlo por el aire hasta lo alto de aquel peñasco, como suele, ha ido a caer con él entre
ese monte bajo. Tú, por las Ninfas y por ese Pan, entra 3
en la espesura (pues a mí sola me da miedo) y salva mi ganso y no permitas que el número que tengo ya
no sea cabal. Quizás, incluso, al águila misma matarás 4
y no os robará ya muchos corderos y cabritos. De tu rebaño, entretanto, cuidará Cloe: las cabras la conocen perfectamente, porque en los pastos siempre te acompaña.»

Sin que sospechara nada de lo que iba a suceder, 17
Dafnis al momento se levanta y con el cayado en la mano sigue los pasos de Licenion. Ello lo guió hasta bien lejos de Cloe y, cuando estuvieron en el paraje más tupido, invitándolo a tomar asiento cerca de un venero:

---

147 Verosímilmente la ocasión narrada en el capítulo precedente.

148 Cf. ARISTÓFANES, *Asambleístas* 526 ss., para un pretexto semejante, aunque en circunstancias y con fines distintos.

149 Cf. *Odisea* XIX 536 ss.

«Tú amas a Cloe, Dafnis —le dijo—. De esto me he
2 enterado esta noche por las Ninfas: por medio de un sueño me han contado tus lágrimas de ayer y me han ordenado que te salve, enseñándote las tareas del amor. No se trata de besos y de abrazos ni de lo que practican los carneros y los bucos. Son éstos otros saltos y más dulces que aquéllos, pues los acompaña un placer
3 más duradero. En fin, si tú deseas verte libre de tus cuitas y probar las delicias que buscabas, ven y confíate a mí, como un alumno delicioso. Y yo, complaciendo a las Ninfas, te lo enseñaré.»

18 No pudo contener Dafnis su alegría, sino que, como rústico y cabrero y enamorado y joven que era, arrojándose a sus pies suplicó a Licenion que cuanto antes le enseñara la ciencia con la que haría a Cloe lo que
2 deseaba. E igual que si fuese a recibir un alto conocimiento y verdaderamente de divina procedencia, le prometió regalarle un cabrito lechal y tiernos quesos de calostros y hasta la propia cabra [150].

3 Licenion, que encontró tal desprendimiento en un cabrero como no hubiera imaginado, comenzó a adoctrinar a Dafnis de este modo: le indicó que, como estaba, se sentase a su lado y la besara en la forma y con la frecuencia que solía, y que, mientras la besaba,
4 a la vez la abrazara y se recostase sobre el suelo. Y, luego que se hubo sentado y la besó y se recostó, sintiendo que él estaba ya a tono para cumplir y con la hinchazón requerida, hizo que de estar echado de costado pasara a estar encima, y ella tumbándose debajo con destreza lo condujo al camino hasta entonces tan buscado, sin que después tuviera que esmerarse en desusados medios, pues la naturaleza por sí sola fue maestra en lo que aún se había de hacer.

---

[150] Cf. Teócrito, I 9 ss. y 57 s.

Consumada la amorosa instrucción, Dafnis, que se- 19
guía teniendo una mente de pastor, iba a correr hacia
Cloe y a practicar con ella de inmediato cuanto había
aprendido, como con miedo, si se demoraba, de olvi-
darlo. Pero Licenion lo contuvo y le habló así: «Toda- 2
vía, Dafnis, debes aprender esto también: a mí, por
ser mujer, no me ha pasado nada ahora, pues hace
tiempo que otro hombre me dio a mí esta lección, lle-
vándose mi doncellez de recompensa. Pero Cloe, cuando
se enzarce contigo en esta lucha, gemirá, llorará y,
como herida de muerte, yacerá ensangrentada. Tú no 3
te asustes de esa sangre. Pero, una vez que la conven-
zas de que sea tuya, tráetela a este sitio donde aunque
grite nadie oiga, aunque llore nadie vea, y si sangra
se lave en el venero. Y acuérdate de que yo he hecho
de ti un hombre antes que Cloe.»

Éstos fueron los consejos de Licenion, que por otra 20
parte del monte se alejó como si anduviera todavía en
busca de su ganso.

Y Dafnis, reflexionando en sus palabras, se abstuvo
de seguir aquel primer impulso y no se decidía ya a
importunar a Cloe sino para los besos y abrazos: no
quería que ella gritara, como si en él viera un enemigo;
ni llorase, como aquejada de un dolor; ni sangrara,
igual que malherida, pues por su poca experiencia tenía 2
miedo a la sangre y creía que la sangre solamente brota
de una herida.

Resuelto a seguir con ella disfrutando de lo que ya
les era habitual, salió de la espesura y, al llegar a donde
Cloe sentada se ocupaba en trenzar una guirnalda de
violetas, le contó la mentira de que había arrebatado
el ganso de las garras del águila y la abrazó y besó, tal
como hiciera con Licenion mientras gozaba de ella.
Pues eso nada lo impedía, ya que no era peligroso. Y 3
Cloe le ajustó la guirnalda en su cabeza y le dio besos
en el pelo, preferible para su gusto a las violetas. Sacó

de su zurrón un trozo de torta de higos y unos bollos y se los dio a comer. Y, mientras él comía, se los quitaba de la boca para comerlos ella, igual que hace un polluelo.

21 Y estando así comiendo y aun más entretenidos en besarse que en comer, apareció un barco de pescadores que navegaba a la vista de la costa. El viento no soplaba y el mar estaba en calma, por lo que habían tenido que echar mano a los remos y bogaban vigorosamente, con la urgencia de llevar fresca a la ciudad
2 para alguno de los ricos su reciente pesca. Tal como los marinos suelen hacer para olvidarse del cansancio, también aquéllos lo mismo hacían mientras remaban: uno, que servía de cómitre, les entonaba canciones marineras, y los demás, a la manera de un coro, entraban al unísono cuando según la voz de aquél correspondía.
3 Mientras hicieron esto en mar abierto, sus voces se extinguían al esparcirse el son entre tan gran masa de aire, pero una vez que, pasando al pie de un promontorio, navegaron hacia el interior de una ensenada en forma de media luna, la voz ya se oyó mejor y con toda nitidez penetraban en tierra adentro los cánticos que
4 marcaban el ritmo a los remeros. Pues la llanura arrancaba allí de un valle encañonado que, recibiendo el sonido en su interior, como hace un instrumento, devolvía un remedo resonante de cada uno de los ruidos producidos, el chapoteo de los remos por un lado, por otro la voz de los marinos. Y el concierto era delicioso, ya que los sonidos que de la mar venían se anticipaban a los ecos de la tierra, y éstos morían con el mismo tiempo de demora con que se hubieran iniciado [151].

22 Dafnis, que sabía lo que pasaba, tenía toda su atención puesta en el mar, disfrutaba con el barco que

[151] Esta hermosa descripción no puede menos de hacer recordar al lector las páginas finales de *Lolita* de NABOKOV.

corría paralelo a la llanura más rápido que un pájaro[152]
e intentaba retener algunos de los cánticos para luego
tocarlos con su flauta.

Pero Cloe, que tuvo entonces su primera experien- 2
cia de lo que llamamos eco, cuando los marineros mar-
caban el compás miraba hacia el mar, para luego cada
vez volverse hacia el bosque en busca de los que daban
la réplica a su canto. Y una vez que, pasada ya la nave, 3
quedó el valle igualmente silencioso, le preguntó a
Dafnis si detrás del promontorio había también un
mar y costeaba otro barco y otros marineros cantaban
aires idénticos y todos a una se callaban. Dafnis se 4
echó a reír dulcemente y con más dulzura aún la besó,
le puso la guirnalda de violetas y comenzó a contarle
la leyenda de Eco, no sin pedirle de paga por su lec-
ción otros diez besos.

«Numerosa es, muchacha, la estirpe de las Ninfas: 23
Melias, Dríadas y Eleas, todas hermosas, todas aman-
tes de la música. De una de éstas fue hija Eco[153], mortal
porque mortal era su padre; hermosa porque hermosa
era su madre. Su crianza corre a cargo de las Ninfas 2
y de las Musas aprende a tañer zampoña y flauta, a
acompañarse con la lira y con la cítara, y toda clase
de cantos. Y así, llegada a la flor de la mocedad, par-
ticipaba en las danzas de las Ninfas y en los coros de
las Musas. Pero, por amor a su doncellez, rehuía a
todos los varones, tanto hombres como dioses[154]. Pan, 3
por celos de sus dotes musicales y por no lograr tal
hermosura, llevado de su rencor contra la joven in-
funde un arrebato de locura en los pastores y cabreros.

---

152 Cf. *Odisea* VII 36.

153 Sobre el mito de Eco, cf. Ovidio, *Metamorfosis* III 356 ss. Longo da una versión sólo parcial del mito y muy distinta de la ovidiana.

154 En cambio, según Mosco (f. 2), Eco estaba enamorada de un sátiro; según Ovidio (*loc. cit.*), de Narciso.

Éstos la despedazan, como perros o lobos, y arrojan por toda la tierra sus miembros, que aún entonan sus
4 canciones. La Tierra, como una gracia a las Ninfas, todos los cubrió[155]. Guardó también su música y, por decisión de las Ninfas, deja escapar su voz y todo lo imita, como antaño la muchacha: a dioses, hombres,
5 instrumentos y animales. Incluso remeda al propio Pan cuando tañe su zampoña, y él al oírla da un brinco y la persigue por los montes, no por el ansia de alcanzarla, sino sólo de enterarse de quién es su discípulo furtivo.»

Al final de esta historia a Dafnis no diez besos solamente, sino muchos más le dio Cloe, pues casi las mismas palabras también Eco repitió, como si diera testimonio de que en nada había mentido.

24 El sol de día en día calentaba más, porque llegaba a su fin la primavera y el estío comenzaba. Otra vez disfrutaban de diversiones nuevas y propias del verano.
2 Él nadaba en los ríos y ella se bañaba en los veneros; el uno tocaba la zampoña rivalizando con los pinos[156], la otra cantaba en desafío a los ruiseñores. Daban caza a los parleros grillos, cogían cigarras estridentes, recogían flores, remecían los árboles, comían fruta. Alguna vez ya incluso se echaron desnudos y se taparon
3 con una sola piel de cabra[157], y fácilmente Cloe se habría hecho una mujer si la sangre no turbase a Dafnis. Éste, sin duda también por miedo a que en alguna ocasión saliesen sus miramientos malparados, apenas dejaba que Cloe se desnudara, y de ello andaba Cloe

---

155 Cf. Ovidio, *ibid.*: los huesos de Eco se metamorfosearon en piedras.

156 El propio Longo (que se inspira en Teócrito, I 1 s.) nos explicó el sentido de esta expresión en I 23, 2.

157 Es muy probable que Longo esté remedando la frase usual «con una sola capa (o manta)», con sentido erótico (cf. la nota de Gow a Teócrito, XVIII 19).

muy extrañada, pero sentía vergüenza de preguntarle
las razones.

Ese verano hubo también un buen número de pre- 25
tendientes alrededor de Cloe y muchos acudían de todas
partes a casa de Driante para solicitarla por esposa.
Unos traían algún presente, otros espléndidas prome-
sas. Desde luego Nape, con la excitación de estas espe- 2
ranzas, le aconsejaba que casara a Cloe y no retuviera
en la casa por más tiempo a una joven de su edad, que
quizá en plazo breve en sus andanzas por los pastos
dejaría de ser doncella y haría de algún pastor su
hombre por manzanas o por rosas[158]; sino, al contra-
rio, convertirla en ama de una casa y ellos el mucho
provecho que sacaran guardarlo para su propio hijo,
el único legítimo (habían tenido un varoncito no hacía
mucho). Y Driante a ratos se dejaba seducir por sus 3
palabras (pues cada cual prometía unos obsequios por
encima de la categoría de una pastora), pero a ratos,
cavilando que la muchacha valía más que los labriegos
que venían a cortejarla y que, si alguna vez daba con
sus padres verdaderos, mucha prosperidad habría de
acarrearles, a la respuesta daba largas y dejaba correr
el tiempo, y mientras tanto seguía obteniendo benefi-
cios de la lluvia de regalos.

Cloe, desde que tales noticias le llegaron, estaba muy 4
acongojada y por mucho tiempo lo mantuvo oculto a
Dafnis para no hacerlo sufrir. Pero como éste la aco-
sara y anduviera siempre con preguntas y penara más
por no saber de lo que iba a penar cuando supiera,
todo se lo cuenta, cuántos los pretendientes y cuán ri-
cos, lo que Nape decía apremiando al desposorio, cómo
Driante no se negaba, sino que había aplazado su res-
puesta hasta que llegara la vendimia.

---

158 Regalos habituales en el galanteo amoroso (cf. *supra*, n. 25).

26 Esto pone fuera de sí a Dafnis que, sentándose, se
echa a llorar y dice que morirá si Cloe no sigue en los
pastos, y no sólo él, sino incluso las ovejas, cuando tal
pastora ya no esté. Luego, reponiéndose cobró ánimos
y ya se imaginaba que convencería a su padre, se in-
cluía entre los pretendientes y confiaba plenamente
2 en triunfar sobre los demás. Sólo un detalle lo llenaba
de zozobra: no era Lamón rico. Esto solamente hacía
flaquear sus esperanzas. Y, no obstante, decidió pedirla,
y Cloe fue de su mismo parecer.

Sin embargo, no se atrevió a decir nada a Lamón,
pero sí tuvo valor para revelarle a Mírtale sus amores
y hablarle de la boda. Y ésta por la noche se lo co-
3 municó a Lamón. Como él acogió muy mal esta pro-
puesta y le reprochó que mediara en el casorio de una
hija de pastores con un muchacho que prometía un
alto destino en las prendas con que podría ser reco-
nocido, y que, cuando descubriera a su familia, a ellos
los haría libres y amos de mayores fincas, Mírtale,
asustada de que Dafnis con tal pasión y sin esperanza
alguna de casarse tomara alguna mortal resolución, le
contó unos motivos distintos de la negativa de su es-
4 poso: «Somos pobres, hijo, y nos vendría bien una no-
via que nos acarreara algún provecho. Y ellos son
ricos y se inclinan por novios que sean ricos. ¡Ea, pues!,
convence a Cloe, y ella a su padre, de que no nos exija
demasiado y que la boda se celebre. Que, sin duda, tam-
bién ella te quiere y prefiere dormir con un pobre guapo
a con un mono [159] adinerado.»

27 Mírtale, que nunca esperaba que Driante accediese
a estas condiciones, contando con pretendientes más
acaudalados, creía haber conjurado brillantemente la
idea de aquella boda. Y Dafnis no podía reprocharle

---

159 Término usado con carácter despectivo al menos desde la comedia.

nada a sus razones. Pero, como estaba muy por debajo
de las exigencias de Driante, se entregó a lo que sue-
len los enamorados indigentes: vertía lágrimas y en
su socorro llamaba a las Ninfas de nuevo. Y ellas, mien- 2
tras por la noche dormía, se le aparecen con el mismo
aspecto con que ya la otra vez precedente, y nueva-
mente la de más edad le habló: «De tu boda con Cloe
otra divinidad se ocupa. Pero nosotras unos presentes
te daremos que complacerán a Driante. La nave de 3
los jovencitos de Metimna, cuyo mimbre en aquella oca-
sión tus cabras se comieron, aquel día el viento la em-
pujó lejos de tierra. Pero a la noche un viento, que
venía de mar adentro y produjo marejada, la arrojó
contra la costa sobre las peñas del promontorio. La 4
nave se deshizo, desde luego, y mucho de lo que ella
contenía, pero las olas escupieron una bolsa con tres
mil dracmas, que está tirada y cubierta de algas al lado
de un delfín muerto que ha impedido que algún cami-
nante se aproxime, rehuyendo el hedor de su carne
putrefacta[160]. Pues bien, tú acércate, y, cuando te hayas 5
acercado, recógela, y, cuando la hayas recogido, dásela:
te basta por ahora para no parecer pobre, pero más
tarde con el tiempo incluso serás rico.»

Ellas, después de estas palabras, se alejaron a la 28
vez que la noche, y, llegado el día, Dafnis, en pie de un
salto y muy contento, se llevó a toda prisa[161] sus ca-
bras a pastar. Luego de haber besado a Cloe y de pros-
ternarse ante las Ninfas, descendió hasta la orilla del
mar como si quisiera darse un remojón. Una vez sobre

[160] No es nada seguro (a pesar de Schönberger) que Longo haya tomado la idea del delfín arrojado a la playa de un texto de ANITE (*Antología Palatina* VII 215); las diferencias son radicales.

[161] Es muy posible que, tanto aquí como en II 10, 2, deba entenderse así el texto y no «entre silbidos», que es una traducción muy corriente (cf., de todos modos, *Odisea* IX, 315).

la arena fue caminando cerca de donde rompe el oleaje,
2 buscando sus tres mil[162]. Y no iba, en efecto, a costarle mucho esfuerzo, pues el delfín, tirado y putrefacto, salió a su encuentro con su hedor tan poco grato, y con su podredumbre por guía de su camino se llegó allí rápidamente, apartó las algas y halló la bolsa llena
3 de dinero. La recogió, la metió en su zurrón y no se marchó antes de dar gracias a las Ninfas y al propio mar. Pues, aun siendo un cabrero, consideraba ya el mar más dulce que la tierra por tal contribución a su boda con Cloe.

29 Dueño de las tres mil no se demoró, sino que, como el más opulento de los hombres todos, no sólo de los labriegos de por allí, prontamente se dirige junto a Cloe, le cuenta el sueño, le enseña la bolsa, le pide que guarde el ganado hasta su vuelta y se apresura a encontrarse con Driante. Halla a éste trillando su grano con Nape y un osado discurso sobre el casamiento le
2 dirige: «Dame a Cloe por esposa. Yo soy diestro en tañer la zampoña[163], en podar la vid y enterrar plantones. Sé también arar la tierra y aventar la parva. Y de cómo apaciento mi rebaño es Cloe testigo: de cincuenta cabras que tomé a mi cargo he doblado el número y hasta he criado machos altos y hermosos, mientras que antes dábamos nuestras cabras para que
3 las cubrieran los ajenos. Pero, además, soy joven y un vecino al que nada tenéis que echar en cara. Incluso me amamantó una cabra, como a Cloe una oveja.

162 Como veremos luego, con frecuencia, en Aquiles Tacio, era usual suprimir el nombre de la moneda, incluso en casos en que ésta no hubiese sido nombrada previamente.

163 Como tantas otras expresiones de Longo que sólo se conciben desde un punto de vista literario, ésta ha chocado a muchos por su contraste con lo que sigue. Kaïris (al que siguen Dalmeyda y Grimal) propuso leer «en la siega». No obstante, en Longo, el arte de la flauta es, sin duda, indispensable en un buen zagal.

Y, aunque tanto a los otros aventajo, tampoco en pre-
sentes he de quedarme atrás. Ellos darán cabras y 4
ovejas y una yunta de sarnosos bueyes y grano ni aun
para criar gallinas. Y de mi parte aquí tenéis estas tres
mil. Sólo que esto no lo sepa nadie, ni siquiera mi
padre Lamón»[164].

Y al tiempo de dárselas los abrazaba y besaba.

Al ver una tal suma de dinero, que rebasaba sus 30
esperanzas, al momento dieron su palabra de entre-
garle a Cloe y prometieron convencer a Lamón.

Nape, pues, quedándose allí con Dafnis, hacía girar 2
los bueyes en la era y desgranaba las espigas con el
trillo. Y Driante, después de poner la bolsa a buen
recaudo donde mismo guardaba las prendas de identi-
ficación, se dirigió con prontitud a ver a Lamón y a
Mírtale, dispuesto a pedirles —¡la mayor novedad!—
la mano de un novio. Dio con ellos mientras medían 3
la cebada, que no hacía mucho acababan de aventar,
descorazonados porque era casi menos que la semilla
sembrada; los consoló con la sentencia de que tal queja
era común en todas partes, les solicitó a Dafnis para
Cloe y les dijo que, aunque muchas eran las dádivas 4
de otros, él nada de ellos habría de recibir, sino que
más bien algo de su hacienda les daría. Pues que se
habían criado el uno con el otro y a fuerza de ir al
pasto los ligaba una amistad que no podía fácilmente
desatarse, y que, además, estaban ya en edad de dormir
juntos.

Ésas y aún otras más fueron sus palabras, como que 5
en persuadirlos le iba el premio de las tres mil. Pero
Lamón, que ni podía ya poner como pretexto la pobre-
za (pues ellos no mostraban la menor altanería) ni la
edad de Dafnis (pues era ya un mocito), ni aun así

164 Este autoelogio (en parecidas circunstancias) recuerda el del protagonista de *Miréio* al comienzo del canto VII.

reveló la verdad: que estaba por encima de un casa-
miento semejante; sino que, luego de guardar silencio
31 un corto rato, de este modo replicó: «Justo es vuestro
proceder al preferir a los forasteros los vecinos y al no
juzgar que la riqueza prevalece sobre una honrada po-
2 breza. ¡Que Pan y las Ninfas os den su estimación por
esto! También yo estoy empeñado en esa boda: loco
estaría, cuando voy ya para viejo y falto para las fae-
nas de más brazos, de no tener en un gran beneficio
3 emparentar con vuestra casa. Y Cloe, una muchacha
linda y lozana y de provecho en todo, también se me-
rece este interés. Pero, como siervo, no puedo dispo-
ner de nada mío, sino que es el amo, una vez infor-
mado, quien debe darnos su permiso. ¡Ea, pues!,
4 aplacemos el casamiento hasta el otoño. Por ese tiempo
los que nos llegan de la ciudad dicen que vendrá. En-
tonces serán marido y mujer. Pero por ahora, que se
quieran como hermanos. Tan sólo esto, Driante, has de
saber: pones tu mira en un zagal que está por encima
de nosotros.»

Y tras estas palabras lo besó y, como ya era pleno mediodía, lo invitó a beber y lo acompañó un trecho con todas las muestras del afecto.

32 Driante, que escuchó no sin atención lo que Lamón
por último dijera, fue por el camino cavilando en quién
podía ser Dafnis: «Una cabra lo crió, como si los dioses
velaran por él. Es guapo y en nada se parece a ese viejo
chato y a la pelona de su mujer. Hasta ha podido dis-
poner de tres mil dracmas, cantidad que ni en perué-
2 tanos es razón que un cabrero tenga. ¿También a ése
lo habrá abandonado alguien, como a Cloe? ¿También
a ése Lamón lo habrá encontrado, como yo a ella?
¿También había a su lado unas prendas semejantes a
las que hallé yo? Si esto es así, ¡Señor Pan y amadas
Ninfas!, quizás ése, si descubre a los suyos, descubri-
rá algo también del secreto de mi Cloe.»

Tales fueron hasta la era sus cavilaciones y sus 3
sueños. Y, a su llegada, encontrando a Dafnis en vilo a la espera de sus nuevas, lo confortó con el título de yerno, le dio la noticia de que celebrarían para el otoño el casamiento y la mano derecha como signo de que de ningún otro que de Dafnis sería Cloe.

Con más prontitud que un pensamiento[165], sin beber 33
ni comer, corrió Dafnis junto a Cloe. La encontró ordeñando y haciendo quesos y le comunicó la buena nueva de su boda, y, como a una esposa ya desde ese instante, la besó sin recatarse y se puso a ayudarla
en su tarea. Ordeñaba la leche en las colodras, cuajaba 2
y disponía los quesos en los zarzos[166], arrimaba a sus madres los corderos y los chivos[167].

Cuando estos quehaceres se hubieron terminado, se lavaron, comieron, bebieron y se dieron un paseo en
busca de frutas en sazón. Había gran abundancia gra- 3
cias a la estación que da de todo: muchas peras silvestres, muchas cultivadas y muchas manzanas. Unas caídas ya por tierra, otras aún sobre los árboles[168]; las del suelo con fragancia superior, las de las ramas más vistosas; aquéllas exhalaban un aroma como el vino,
éstas como el oro relucían. Había un manzano ya co- 4
gido, sin frutos y sin hojas; sus ramas estaban todas esquilmadas y una manzana solitaria se libraba a su

---

165 Las imágenes en que una acción es comparada con la rapidez del pensamiento se remontan, al menos, a *Ilíada* XV 80 ss. y a *Odisea* VII 36, y tuvieron gran fortuna en la literatura posterior.

166 Hemos completado ligeramente el texto, puesto que Longo da fuertemente abreviada la descripción de esta labor, que en la práctica era bastante más compleja, cf. artículo «Käse», en *Realencyclopädie* de PAULY-WISSOWA, X 2, cols. 1491 sig. (KROLL).

167 Las mismas tareas que realiza el Cíclope en *Odisea* IX 244 ss.

168 Cf. TEÓCRITO, VII 143 ss.

alto vuelo[169] en lo más elevado de la copa, grande y bella y por sí sola vencedora de la fragancia del montón. Tuvo miedo de trepar el cosechero, se le pasó derribarla[170]; quizás incluso estaba reservada la hermosa manzana para un pastor enamorado.

34 Tan pronto como Dafnis vio esta manzana, se apresuró a trepar para cogerla sin hacer caso de Cloe, que quiso impedirlo. Ella con el despecho del desaire se marchó junto al ganado. Dafnis, llegando a lo más alto, la arrancó, como obsequio se la llevó a Cloe, que seguía enfadada, y así le dijo: «Zagala, esta manzana la hicieron nacer las bellas Estaciones, la nutrió un hermoso árbol, mientras el sol la maduraba, y la preser-
2 vó la Fortuna. Y no iba yo, que tengo ojos, a dejarla para que por tierra cayera y o bien algún rebaño al pastar la pateara o una culebra reptando fuera a emponzoñarla o el paso del tiempo la consumiera allí tirada, objeto sólo de miradas y de elogios[171]. Éste fue el galardón que por su belleza recibió Afrodita, éste te
3 doy yo en señal de tu triunfo. Tenemos a quienes den fe muy semejantes: aquél[172] era un pastor, yo un cabrero.»

Con estas palabras se la pone en su regazo. Y ella cuando lo tuvo cerca lo besó, y así Dafnis no se arrepintió de haber trepado a tanta altura, pues una manzana, ni aun de oro, no era comparable al beso que él obtuvo[173].

---

169 También este poético «vuelo» de la manzana ha asustado a multitud de críticos y traductores poco imaginativos. Se han buscado correcciones como el anodino «maduraba», y traducciones como «se mecía», «pendía», etc.

170 Cf. SAFO, fr. 105 L. P.

171 Cf. nuestras «Notas sobre Longo», § 2.5.

172 Paris, árbitro en el célebre pleito entre Atena, Hera y Afrodita, en que esta última recibió una manzana de oro como premio por su belleza.

173 El paralelo es brillante pero falso, al no ser Paris el que recibió la manzana de oro.

LIBRO CUARTO

Vino desde Mitilene un siervo, compañero de La- 1
món, a avisar de que poco antes de la vendimia llegaría el amo para enterarse de si la incursión de la flota de Metimna había producido algún daño en sus fincas.
Como el verano ya se iba y el otoño se acercaba, La- 2
món hacía preparativos para que en su estancia se
complaciera en todo lo que viese. Limpió las fuentes, 3
para que tuvieran clara el agua; sacó el estiércol del patio y que así su hedor no molestara; cuidó el parque, para que tuviera un lindo aspecto.

Y era el parque de todo punto hermoso y a la ma- 2
nera de los jardines de los reyes [174]. Se extendía hasta el largo de un estadio y estaba situado en un paraje
alto, con cuatro pletros [175] de ancho. Se hubiera podido 2
describirlo como una amplia llanada. Tenía toda suerte de árboles: manzanos, mirtos, perales y granados, higueras y olivos; en otro lugar una alta vid, que con sus oscuros tonos [176] se apoyaba en los manzanos y perales,

---

174 Es decir, de los reyes por antonomasia para los griegos, que eran los de Persia. Pero, tal vez, Longo esté pensando más bien (o también) en el rey Alcínoo de la *Odisea*; en la descripción siguiente el modelo es, precisamente, *Odisea* VII 112 ss.

175 El pletro era igual aproximadamente a 30 m. El parque medía, pues, unos 180 × 120 m.

176 Por la madurez de los racimos. Esta vid, a pesar de la afirmación de II 1, 4, sí toma árboles por rodrigones.

3 como si en frutos con ellos compitiera. Y esto sólo en
arboleda cultivada. También había cipreses y laureles y
plátanos y pinos. Sobre todos éstos se extendía hiedra en
vez de vid, y sus racimos, por el tamaño y su color
4 ennegrecido, emulaban a los racimos de la vid[177]. En
la parte de dentro estaban los frutales, como si estu-
viesen custodiados; fuera y en su torno se alzaban los
estériles, como un vallado que mano de hombre hubiera
hecho, por más que alrededor corría una cerca livia-
5 na. Todos estaban repartidos y separados, de modo que
entre tronco y tronco mediase una distancia, pero por
lo alto de las ramas se juntaban y entrecruzaban sus
frondas, lo que a pesar de ser también un resultado na-
6 tural tenía la apariencia de ser artificial. Había igual-
mente arriates de flores, las unas nacidas de la propia
tierra, las otras obra de la humana destreza: de tales
manos eran producto un rosal, jacintos y lirios; la tie-
rra daba violetas y narcisos y pamplinas. Se tenía
sombra en verano, en primavera flores, en otoño fru-
tas y un regalo en toda época.

3 Desde allí se gozaba de la vista de la llanura y podía
verse a los pastores; se contemplaba el mar y se divi-
saban los que navegaban costeando, de manera que
también esto era parte de los placeres que el parque
permitía. En su mismo centro, tanto según su longitud
como su anchura, había un templo de Dioniso y un altar.
El altar estaba rodeado de hiedra y el templo de sar-
2 mientos. También por dentro el templo tenía pinturas
con temas dionisiacos: Semele pariendo, Ariadna dor-
mida, Licurgo amarrado, Penteo despedazado[178]. Había

---

[177] LONGO se repite (cf. III 5, 1).

[178] Sémele es la madre de Dioniso, Ariadna su esposa; Licurgo, rey de Tracia, según una versión del mito, se enfrentó al poder de Dioniso y, atado a cuatro caballos, murió desgarrado; Penteo, rey tebano, fue igualmente enemigo del dios y su castigo fue perecer a manos de las bacantes y, entre ellas, su propia madre.

igualmente indios vencidos y tirrenos metamorfosea-
dos[179]. Por doquier sátiros ⟨pisando en el lagar⟩[180], por
doquier bacantes en sus danzas. Tampoco se había ol-
vidado a Pan: asimismo estaba él con su zampoña, sen-
tado en una piedra, igual que si entonara para los que
pisaban y para las danzantes una misma melodía.
Tal era el parque al que Lamón dedicaba sus cui- 4
dados, cortando las ramas secas, alzando los sarmientos.
Ciñó a Dioniso una guirnalda e hizo que por una regue-
ra le llegara agua a las flores. Había un manantial que
Dafnis descubrió para ellas. Al servicio de las flores
estaba consagrado este venero y sin embargo lo llama-
ban «fuente de Dafnis»[181]. También recomendó Lamón 2
a Dafnis que engordara sus cabras todo lo posible, ya
que —le dijo— era muy seguro que el amo, por llegar
después de larga ausencia, querría verlas. Dafnis tenía 3
plena confianza en que en lo tocante a ellas habrían de
felicitarlo, pues el número que recibiera había dobla-
do, ni siquiera una le había robado un lobo y estaban
más cebadas que las ovejas. Pero, con el deseo de que
el amo estuviera aún mejor dispuesto para su boda,
extremó su esmero y su interés sacándolas nada más
amanecía y trayéndolas de vuelta anochecido. Dos ve- 4
ces las conducía al abrevadero y rebuscaba los mejores
pastizales de toda la comarca. Cuidó de procurarse
cuencos nuevos, muchas colodras y zarzos con mayor
capacidad ⟨para los quesos⟩[182]. A tanto llegó su solici-
tud que hasta los cuerpos les lustró y les atusó el pe-
laje: se habría creído contemplar el santo hato de Pan. 5

[179] La India fue conquistada por Dioniso a la cabeza de un ejército. Unos piratas tirrenos fueron metamorfoseados en delfines por obra del dios.

[180] Sugerencia textual de Schaefer, aceptada por los editores usualmente.

[181] También este tipo de detalles ha sido imitado por el autor de *Pablo y Virginia*.

[182] Cf. *Odisea* IX 219 y 223, así como Teócrito, V 58 s.

También Cloe colaboró en toda esta labor y, dejando de atender sus ovejas, se ocupaba mucho más de las cabras, hasta el punto de que Dafnis se figuraba que gracias a ella tenían aquel hermoso aspecto.

5 Estando en esto, un segundo mensajero les llegó de la ciudad con el requerimiento de que con la mayor prontitud hicieran la vendimia. Les dijo que él se quedaba hasta que hubieran convertido en mosto los racimos y volvería luego a la ciudad a traerse al amo, con la cosecha del otoño ya cogida.

2 A este Éudromo (que así lo llamaban, pues su trabajo era correr) le dispensaron una gran acogida. Y al tiempo vendimiaron los viñedos, transportando a los lagares los racimos, echando el mosto en las tinajas y, con sus sarmientos, arrancando los racimos más lozanos [183], para que los que llegaran de la ciudad también pudieran tener alguna imagen y placer de la vendimia.

6 Al ir ya Éudromo a partir para la ciudad apresura-
do, Dafnis le dio para él otros no pocos presentes y
además cuantos pueden proceder de un hato de ca-
bras: quesos bien cuajados, un cabrito que hacía poco
había nacido y la piel blanca y lanuda de una cabra,
con que pudiera cubrirse durante sus carreras en in-
2 vierno. Éudromo se mostró muy satisfecho, besó a Daf-
nis y prometió dar de él buena impresión ante su amo.
Y así marchó bien predispuesto, mientras Dafnis, lleno
de zozobra, seguía con Cloe su pastoreo.

También ella sentía un gran temor, pues un mucha-
cho, habituado a ver cabras y monte y a los labriegos y
a su Cloe, iba por vez primera a tener ante su vista al
amo, del que antes sólo había escuchado el nombre.
3 Andaba preocupada, pues, por el encuentro de Dafnis
con el amo y tenía su alma atribulada por el miedo de

---

183 También en HORACIO (*Sát.* III 2, 121) se menciona este detalle con ocasión de recibir invitados.

que el sueño de su boda fuera vano. Desde luego, no
ponían tregua a sus besos y como un solo cuerpo se
abrazaban, pero sus besos eran tímidos y apesadum-
brados sus abrazos, igual que si temieran al amo ya
presente o se ocultaran de él. Y a su inquietud viene a
añadírsele aún esta otra:

Un tal Lampis era un boyero arrogante. También él 7
le había solicitado la mano de Cloe a Driante y, empe-
ñado en la boda, le tenía dados ya muchos regalos. Al 2
enterarse de que, si el amo consentía, sería esposa de
Dafnis, buscó un medio con que irritarlo contra ellos.
Y, como sabía que disfrutaba mucho con el parque, re-
solvió dañarlo y estropearlo en lo posible. Indudable- 3
mente, si se dedicaba a cortar los árboles, el ruido haría
que lo cogieran. De ahí que se decidiera por arrasar
las flores. Y así, acechando la llegada de la noche y
saltando la cerca, arrancó unas, tronchó otras y otras
pateó, como si fuera un cerdo. Y se alejó sin que nadie 4
lo viera.

Lamón, cuando al día siguiente se presentó en el
jardín para regarlas con el agua del venero y vio todo 5
el lugar destrozado y una obra tal que debía ser un
enemigo, no un malhechor, quien la había hecho, se
desgarró su túnica al instante y con tan grandes alari-
dos se puso a clamar a los dioses que Mírtale, dejando
lo que entre manos tuviera, salió corriendo y también
a la carrera llegó Dafnis, que ya había sacado sus ca-
bras. Y viéndolo gritaban y acompañaban los gritos con
sus lágrimas.

El duelo por las flores era por demás, pero lloraban 8
más bien de miedo al amo, aunque hasta un forastero
que se hubiera presentado allí habría llorado, pues el
sitio había perdido su belleza y todo el suelo ya era
un barrizal. Si alguna de ellas había escapado del ul-
traje, conservaba su lozanía y su brillo e, incluso tirada,
aún era hermosa. Hasta las abejas no dejaban de po- 2

sárseles y parecían plañideras con su incesante bordoneo. Y Lamón, consternado, decía así:

3 «¡Ay, el rosal, cómo está de tronchado!; ¡ay, las violetas, qué pisoteadas!; ¡ay, los jacintos y narcisos, arrancados por algún miserable! Llegará la primavera, pero no florecerán; será el verano, pero no tendrán su lozanía; el otoño, pero no darán guirnaldas para
4 nadie. ¿Ni siquiera tú, Señor Dioniso, sentiste lástima de estas flores desdichadas, a cuyo lado habitabas y podías verlas y de las que tantas veces te tejí coronas y que eran mi alegría? ¿Cómo, cómo enseñaré ahora el parque al amo? ¿Cuál será, al verlo, su reacción?: colgará a este viejo de un pino, como a Marsias[184], y quizás también a Dafnis, como si esto fuera obra de sus cabras.»

9 Aún hubo más cálidas lágrimas por este motivo, sin que lloraran ya por las flores, sino por sí mismos. Se lamentaba también Cloe de que a Dafnis lo fueran a colgar, rogaba que no llegara el amo y, en su sufrimiento con el paso de los días, creía ver ya a Dafnis azotado.

2 Y, un anochecer, Eudromo les trajo la noticia de que el amo de más edad llegaría tres días después,
3 mas que su hijo al siguiente se le iba a anticipar. Hubo, pues, un examen de la situación e hicieron a Eudromo partícipe, para saber su parecer. Él, por su afecto a Dafnis, les aconsejó confesar antes lo sucedido al amo joven y les prometió ayudarles, al estar, por ser su hermano de leche, bien considerado. Y, cuando llegó el día, así lo hicieron.

---

184 Que, castigado por Apolo, fue colgado de un árbol y desollado. El símil no se entiende bien si no se piensa que el anciano pueda ser despellejado a fuerza de azotes (cf. luego, 9, 1, y ALCIFRÓN, II 18, 3). No hay razón alguna para pensar en la pena capital, como aventuró DALMEYDA, «Longus et Alciphron», en *Mélanges G. Glotz*, I, París, 1932, págs. 285 y sig.

Vino Ástilo, a caballo, y un parásito suyo, también 10
éste a caballo. Al uno le apuntaba el bozo y Gnatón (que ése era el nombre del otro) hacía ya tiempo que se afeitaba la barba. Lamón, con Mírtale y Dafnis, echándose a sus pies le suplicó tuviera compasión de un anciano infortunado y sustrajera de la ira de su padre a un inocente. Y al tiempo todo se lo cuenta.

Se compadece de tal súplica Ástilo, se dirige al par- 2
que y, a la vista del desastre de las flores, le asegura que él mismo intercederá ante su padre y echará la culpa a sus caballos: que, atados allí, se desmandaron y, habiéndose soltado, troncharon unas, otras patearon
y arrancaron las demás. Por tal gesto Lamón y Mírtale 3
lo colmaron de bendiciones y Dafnis, además, le llevó de regalo chivos, quesos, pájaros con sus crías, racimos en sus sarmientos, manzanas en sus ramos[185]. Y entre los presentes había también oloroso vino de Lesbos, el mejor para beber.

Ástilo se los alabó y se dedicó a la caza de las lie- 11
bres, como un rico jovencito que era, hecho a una vida regalada, y que había venido al campo a disfrutar de un placer no acostumbrado.

Por su parte Gnatón, hombre ducho en yantar y em- 2
borracharse y, tras la borrachera, en fornicar, y que no era más que mandíbula[186] y panza y lo de debajo de la panza[187], no dejó de reparar en Dafnis cuando llegó con los regalos, sino que, aficionado de suyo a los mocitos y habiendo descubierto una belleza sin par ni aun en la ciudad, decidió conseguir a Dafnis e imaginó que, como tal cabrero[188], sería fácil seducirlo.

---

185 Cf. antes, 5, 2 y n. 183.

186 Juego de palabras entre *gnáthos* («mandíbula») y el nombre del parásito.

187 Cf. Hesíodo, *Teogonía* 26, y *Antología Palatina* IX 367 (Luciano).

188 Tanto por la supuesta simplicidad de los cabreros como

3 Tomada esta decisión, no participó con Ástilo en la
caza, sino que se llegó a donde Dafnis apacentaba su
rebaño, con el pretexto de ver las cabras pero de ver-
dad para ver a Dafnis. Y, con el fin de ir ablandándolo,
hizo elogios del ganado, le rogó que tocara con la zam-
poña la tonada de las cabras y afirmó que, como él todo
lo podía, de inmediato lo haría libre[189].

12 Al ver que era dócil, a la noche lo acechó cuando
traía las cabras desde el pasto y, primero, corriendo a
su encuentro, lo besó; luego le pidió que se le ofreciera
2 por detrás igual que las cabras a los machos. Como él
tardó en hacerse cargo y dijo que estaba bien que los
machos montaran a las cabras, pero que jamás hasta
entonces nadie vio que un buco montara a un buco ni
tampoco un carnero a un carnero en vez de a las ove-
jas ni los gallos a los gallos en lugar de a las gallinas[190],
Gnatón se decidió, echándole mano, a recurrir a la vio-
3 lencia. Pero, borracho y con trabajo en pie, de un em-
pujón Dafnis lo arrojó al suelo y, escapando a la ca-
rrera como un perrillo, lo dejó allí tirado, con necesidad,
para que lo recogiera, de un hombre y no de un niño.
Y a partir de entonces en modo alguno se le acercaba,
sino que cada vez conducía sus cabras a pastos dife-
4 rentes, por huir de él y por cuidar de Cloe. Tampoco
Gnatón se permitió ya más indiscreciones, al percatarse
de que Dafnis no sólo era guapo, sino también robusto.
Pero aguardaba una ocasión para hablar a Ástilo de él
y confiaba en que el joven, bien dispuesto a hacer mu-
chos y buenos presentes, había de regalárselo.

---

por sus usuales irregularidades eróticas (cf. TEÓCRITO, V 41 s., etcétera).

189 También en JENOFONTE DE ÉFESO (núm. 16 de esta Colección), I 16, 4, una propuesta semejante va acompañada de promesas de libertad.

190 Cf. LUCIANO, *Amores* 22.

Sin embargo, por entonces no le fue posible, pues 13
arribaba Dionisófanes, acompañado de Clearista, y había
un nutrido tumulto de acémilas y sirvientes, de hom-
bres y mujeres. Pero después de esto sí urdió un largo
discurso sobre el tema de sus amores[191].

Tenía Dionisófanes ya el pelo medio cano, mas era 2
alto y bien parecido y capaz de medirse con mucha-
chos. Era también rico como pocos y cabal como nin-
guno. El primer día de su llegada hizo sacrificios a 3
cuantos dioses son tutelares de los campos, a Deméter
y a Dioniso y a Pan y a las Ninfas; puso una cántara
de vino a disposición de todos los presentes y en los
demás días pasó revista a los trabajos de Lamón. El 4
ver los llanos arados, los viñedos pujantes de sarmien-
tos y el parque en toda su hermosura (pues en el asunto
de las flores se atribuyó Ástilo la culpa), lo dejó más
que satisfecho; elogió a Lamón y se comprometió a
manumitirlo. Luego se dirigió igualmente a los pastos, 5
para ver las cabras y al cabrero.

Cloe entonces huyó al bosque, por vergüenza y temor 14
ante aquel gran tropel de gente. Pero Dafnis se mantuvo
allí a pie firme, ceñido con una peluda piel de cabra, un
zurrón flamante al hombro y con ambas manos ocupa-
das, con quesos frescos la una, con cabritos aún por
destetar la otra: si algún tiempo hizo de boyero Apolo 2
cuando estuvo a sueldo de Laomedonte[192], su aspecto
fue tal como el que en esa ocasión mostraba Dafnis.

No llegó a decir él mismo una palabra, sino que,
cubierto de rubor, bajó la cabeza mientras ofrecía los
presentes. Y fue Lamón el que habló: «Éste es, amo, 3
el cabrero de tus cabras. Cincuenta me diste a mí para

---

191 En realidad, un discurso muy breve, según el estilo normal del autor (cf. luego, cap. 16).

192 Cf. *Ilíada* XXI 444 ss. Apolo estuvo al servicio de este mítico rey de Troya con el encargo de levantar los muros de la ciudad. Ésta es, al menos, una de las versiones del mito.

apacentar, con dos machos; en cien te las ha convertido éste y en diez el número de machos. ¿Ves qué lustrosas y con qué pelo tan espeso y sin quebrar ni un solo cuerno? Y hasta las ha hecho entender de música[193], pues al menos hacen de todo con sólo oír una zampoña.»

15 Clearista, que estaba presente cuando esto se dijo,
deseó comprobar tales palabras y mandó a Dafnis que
le tocara a las cabras la melodía acostumbrada, prome-
tiendo regalarle, cuando hubiera tocado, un sayo, una
2 capa y unos zapatos. Él los hizo sentar como para un
espectáculo, y de pie bajo la encina, sacando de su
zurrón la zampoña, comenzó por soplar un poco en
ella: las cabras se detuvieron, alzadas las cabezas[194].
Luego tocó la tonada de pastar: las cabras pastaban,
agachando el morro. Le llegó el turno a un aire melo-
3 dioso: se echaron todas a la vez. Moduló también un
toque agudo: como si un lobo se acercara, a escape
se refugiaron en el bosque. A poco hizo sonar un tono
de llamada: saliendo del bosque, corrieron a juntarse
4 delante de sus pies. Ni a unos servidores se habría po-
dido ver tan obedientes al mandato de su amo.

Todos quedaron admirados y más Clearista que ninguno. Juró que había de darle sus regalos a un cabrero que era guapo y músico excelente. Y, de regreso a la masada, almorzaron y de lo que ellos comieron mandaron también a Dafnis. Y éste lo compartió con Cloe y disfrutó probando la cocina de la ciudad. Y tenía muchas esperanzas de lograr su casamiento convenciendo a los amos.

---

193 Cf. ALCIFRÓN, II 9, e igualmente para la escena que sigue.

194 Precedentes sobre la conducta del ganado bajo la acción de la música se leen en TEÓCRITO, VI 44 s., y APOLONIO DE RODAS (en un símil), I 572-579. Por supuesto, el mito de Orfeo sería un antecedente remoto, y no sorprende que precisamente Alcifrón (cf. nota anterior) lo recuerde.

Gnatón, cuyo ardor aumentó con lo acontecido en 16
el pastadero de las cabras y que pensaba que su vida
no merecía la pena de vivirse si no conseguía a Dafnis,
tras acechar a Ástilo, que paseaba por el parque, lo
llevó hasta el templo de Dioniso y se puso a besarle pies
y manos. A su pregunta de por qué hacía esto y su 2
exigencia de que hablara y su juramento de que le
prestaría su ayuda:

—Te quedas —le replicó— sin Gnatón, mi amo. Yo
que hasta ahora ponía mis amores en tu mesa única-
mente, que antes juraba que nada hay más atractivo
que un vino añejo, que decía que a los mocitos de Mi-
tilene eran preferibles tus cocineros, creo desde ahora
que la única hermosura es la de Dafnis. Y no pruebo 3
bocado de los platos más costosos, aun siendo tantos
los que se aderezan cada día, de carnes, de pescados o
de dulces, pero, gustosamente mudado en cabra, co-
mería hierbas y hojas al son de la siringa de Dafnis
y por él apacentado. ¡Tú, salva a tu Gnatón y triunfa
sobre el invencible Amor! Y si no, te lo juro por mi 4
propio dios[195], cogeré un puñal y, con la barriga repleta
de comida, me mataré ante la puerta de Dafnis[196]. Y
tú ya no llamarás a Gnatoncito, como sueles siempre
hacer de broma.

El joven, que tenía un gran corazón y no desconocía 17
las penas amorosas, no pudo resistir que siguiese llo-
rando y volviera a besarle los pies. Le prometió pedirle
a Dafnis a su padre y llevarlo a la ciudad a su servi-
cio y al de los amores de Gnatón. Y, asimismo, con el 2
deseo de animarlo le preguntó sonriente si no se aver-
gonzaba de querer al hijo de Lamón, sino que hasta

---

195 La expresión del original es ambigua. Entre las varias posibilidades apuntadas, parece la más verosímil que Gnatón se refiera a Eros (y no a Dafnis).

196 Eco evidente del género de las lamentaciones líricas ante la puerta de la amada.

se empeñaba en acostarse con un muchacho que anda-
ba apacentando cabras. Y al mismo tiempo hacía gestos
3 simulando repugnancia al olor a chotuno[197]. Pero él,
que se sabía de memoria todos los mitos amorosos de
tanto andar en juergas con otros calaveras, con bastante
tino acertó a responder en su propia defensa y en la
de Dafnis:

—Ningún enamorado está pendiente, amo, de esos
detalles, sino que, sea cual sea el cuerpo en que se en-
4 cuentra la belleza, es ya su prisionero. Ésa es la razón
de que alguno, incluso, se haya prendado de una planta,
de un río o de una fiera[198]. Y, sin embargo, ¿a quién no
inspiraría lástima un amante al que su amado ha de
infundir espanto? Yo amo un cuerpo de siervo, pero una
5 hermosura propia de un ser libre. ¿Ves cómo su pelo
se asemeja al jacinto y bajo las cejas relucen sus ojos
igual que, engastada en oro, una piedra preciosa? ¿Y
su rostro cubierto de rubor y su boca con una denta-
6 dura blanca como el marfil? ¿Qué enamorado no de-
searía recibir de ella blancos besos?[199]. Si me he pren-
dado de un zagal, he tomado por modelos a los dio-
ses: boyero era Anquises y Afrodita fue su amante;
Branco apacentaba cabras y lo amó Apolo; pastor era
7 Ganimedes y Zeus lo raptó[200]. No desdeñemos a un

---

197 Longo repite un motivo de I 16, como hará después con el color del pelo. Schönberger sospecha, quizás sin razón, que Longo puede haber practicado aquí un juego de palabras entre «hacía gestos simulando» / «representaba como un actor» y «olor de una tragedia» / «olor a chotuno». Difícilmente encaja esta complejidad con el estilo del autor.

198 Según cuenta Eliano (*Var. Hist.* II 14), Jerjes se enamoró de un plátano; Tiro, madre de Esón (padre éste de Jasón), se prendó del río Enipeo (cf. *Odisea* XI 235 ss.); y, en cuanto a la «fiera», basta recordar los casos de Pasífae y el toro o el mito (con metamorfosis) de Atalanta y Melanión o Hipómenes.

199 Otro de los lugares más debatidos por los críticos, de nuevo inútilmente.

200 Anquises pastoreaba en el monte Ida cuando tuvo rela-

muchacho al que vimos que hasta las cabras como enamoradas prestaban obediencia. Al contrario, por permitir que aún quede en la tierra tal belleza, demos gracias a las águilas de Zeus.

A Ástilo le hizo reír gratamente, sobre todo, esta parte del discurso y, comentando que Amor crea grandes sofistas[201], se puso a buscar una ocasión en que hablarle de Dafnis a su padre. 18

Pero Éudromo, que había escuchado toda la conversación oculto, tanto por su aprecio a Dafnis, que era en su opinión un buen muchacho, como irritado porque semejante belleza fuera a ser víctima de las borracheras de Gnatón, al momento se lo cuenta todo a él y a Lamón. Dafnis, asustado, decidió osadamente o 2
huir con Cloe o perecer en compañía también de ella. Y Lamón, llamando a Mírtale al exterior del patio:

—Estamos perdidos, mujer —le dijo—. Ha llegado la hora de descubrir nuestro secreto. Solas se verán las 3
cabras y todo lo demás, pero, ¡por Pan y por las Ninfas!, ni aunque haya de quedarme, según el dicho, como buey en establo[202], no callaré la suerte de Dafnis, sino que diré que lo encontré abandonado, revelaré cómo se crió y mostraré cuanto hallé a su lado. ¡Que sepa el sucio de Gnatón quién es él y a quién ama! Tenme sólo preparados los objetos de identificación.

---

ciones amorosas con Afrodita: de esta unión nació Eneas. Branco es célebre, sobre todo, por el oráculo que fundara cerca de Mileto: el poder profético le fue concedido por Apolo como regalo (cf. CALÍMACO [núm. 33 de esta Colección]), frs. 194 y 229, con nuestras notas. Ganimedes, de la casa real troyana, fue raptado por Zeus (o por un águila enviada por Zeus) metamorfoseado en águila.

201 Cf. JENOFONTE, *Ciropedia* VI 1, 41.

202 Refrán referido a los que ya no sirven para nada. Como otras tantas veces en los símiles, Longo utiliza fórmulas familiares no con demasiada propiedad.

19 Con este acuerdo volvieron a entrar. Y Ástilo se di-
rige a su padre, que andaba desocupado, y le pide llevar
a la ciudad a Dafnis: que es bien parecido y no hecho
para la vida del campo y capaz también de aprender
pronto con Gnatón por maestro los usos de la ciudad.
2 Su padre accede gustoso a ello. Y, mandando a
buscar a Lamón y Mírtale, les dio la buena noticia de
que Dafnis, en adelante, serviría a Ástilo, en vez de a
las cabras y a los machos. Y prometió darles para sus-
3 tituirlo dos cabreros. Entonces Lamón, mientras toda
la servidumbre ya acudía y se alegraba porque iban a
tener un lindo compañero, pidiendo permiso para ha-
blar comenzó así:

—Escucha, amo, palabras veraces de un anciano:
juro, por Pan y por las Ninfas, que en nada mentiré.
4 No soy padre de Dafnis ni tampoco jamás Mírtale tuvo
la buena estrella de haber sido su madre. Otros padres
a esta criatura abandonaron, tal vez por tener bastantes
hijos mayores. Yo lo encontré expuesto y amamantado
por una cabra de las mías, a la que por cariño hasta
enterré en el jardín cuando murió [203], porque obró como
5 una madre. A su vera hallé también objetos destinados
para ser reconocidos. Lo confieso, amo, y los tengo a
buen recaudo, pues dan testimonio de una suerte su-
perior a la nuestra. Desde luego, no tengo por degra-
dante que sea siervo de Ástilo, hermoso criado de un
señor hermoso y bueno. Pero no puedo permitir que se
convierta en juguete de las borracheras de Gnatón, que
se empeña en llevarlo a Mitilene para que haga un
oficio de mujeres.

20 Lamón, dicho esto, guardó silencio y derramó abun-
dantes lágrimas. Y, como Gnatón se mostrara insolen-
te y amenazara con golpearlo, Dionisófanes, aún per-

[203] Este motivo se encuentra con frecuencia en la poesía epigramática helenística.

plejo por las palabras pronunciadas, duramente con
el ceño fruncido lo mandó callar. Y a Lamón volvió a
interrogarlo y le ordenó decir la verdad y no inventarse
cuentos para conservarlo como un hijo[204]. Pero, ante 2
su terquedad y sus juramentos por todos los dioses y
su ofrecimiento para que lo torturasen si mentía, Dio-
nisófanes, con Clearista de juez[205], fue poniendo a prue-
ba cuanto había dicho: ¿Por qué mentiría Lamón,
cuando iba a disponer de dos cabreros en lugar de uno?
¿Cómo habría inventado todo eso un simple rústico?
¿Y no era francamente increíble que de tal anciano y
de una madre tan vulgar hubiera resultado un hijo así
de apuesto?

Se decidió no seguir con más adivinanzas, sino exa- 21
minar ya los objetos, a ver si correspondían a una con-
dición brillante y más honrosa. Salió Mírtale para traer-
los todos de su escondite en un viejo zurrón. Cuando 2
llegó con ellos fue Dionisófanes el primero en verlos y,
al contemplar la mantilla de púrpura, el broche de oro
y la espadita con puño de marfil, con grandes excla-
maciones de «¡Señor Zeus!» llama a su mujer para
que los vea. Grandes fueron también las de ella cuando 3
los tuvo ante la vista:

—¡Hados queridos!, ¿no fueron éstos los que expusimos con nuestro propio hijo? ¿No mandamos a Sofrósina para que los trajera a estos campos? No otros fueron sin duda, sino precisamente éstos. Amado esposo, el niño es el nuestro, Dafnis es tu hijo y ha estado apacentando las cabras de su padre.

---

[204] Es decir, no como verdadero hijo (lo que estaría en contradicción con su propia historia), sino como si fuera su hijo. A pesar del transparente sentido del texto, editores y traductores lo han alterado sin el menor pudor (cf. nuestras «Notas sobre Longo», § 2.7).

[205] Ésta parece ser la interpretación más correcta del texto.

22 Mientras ella aún hablaba y Dionisófanes besaba las prendas y de tanto gozo vertía lágrimas, Ástilo, nada más entender que era su hermano, tirando el manto echó a correr por el jardín con el deseo de besar a
2 Dafnis el primero. Pero éste, al verlo venir a la carrera con mucha gente y gritando «¡Dafnis!», pensó que corría para atraparlo y arrojando el zurrón y la zampoña se precipitó hacia el mar con ánimo de lan-
3 zarse desde lo alto del acantilado. Y quizás, cosa nunca vista, nada más hallado Dafnis hubiera perecido, de no ser que Ástilo, que comprendió su intención, le diera nuevos gritos:

—¡Detente, Dafnis, nada temas!: soy tu hermano y
4 tus padres los que hasta ahora eran tus amos. Lamón acaba de hablarnos de la cabra y nos ha mostrado los objetos. Vuélvete y mira cómo vienen de radiantes y contentos. Pero bésame a mí primero: que no te engaño, ¡te lo juro por las Ninfas!

23 Aún a duras penas, después de este juramento, se detuvo Dafnis, aguardó que Ástilo llegara corriendo hasta su lado y lo besó. Y, en tanto lo besaba, afluía ya la muchedumbre[206] de sirvientes, sirvientas, su propio padre y su madre con él. Todos éstos lo abrazaban, lo
2 besaban entre el júbilo y las lágrimas. Y él correspondía con muestras de cariño a su padre y a su madre antes que a los demás y, como si de tiempo atrás los tuviera por tales, se apretaba contra sus pechos y no quería arrancarse de sus brazos: hasta tal punto la naturaleza crea pronto lazos de confianza. Por un momento se olvidó, incluso, de Cloe y, entrando en la casa, se puso una lujosa vestimenta y, sentado junto a su padre, escuchó lo que él así les fue contando[207]:

---

206 Evidente hipérbole. Parece como si Longo no quisiera quedarse atrás frente a otros novelistas, que sí tienen verdaderas escenas de masas.

207 Esta narración justificativa, como después (en 35, 3 ss.)

—Me casé, hijos, siendo aún muy joven. Al cabo de poco tiempo me convertí en un padre (según creía) afortunado, pues tuve primero un hijo, luego una hija y, en tercer lugar, a Ástilo. Pensaba que mi familia era suficiente y, cuando después de todos ellos, me nació esta criatura, la abandoné, exponiendo con ella estas prendas, no de identificación, sino como mortaja. Pero 2 otros eran los designios de la Fortuna, pues mi hijo mayor y mi hija murieron en un solo día de la misma enfermedad y en cambio tú por la providencia de los dioses te salvaste, para que tengamos más de un guía en nuestra vejez. No me guardes, pues, rencor por ha- 3 berte abandonado (que no lo decidí gustoso), ni tú, Ástilo, te apenes por haber de recibir sólo una parte en vez de la hacienda entera (pues no hay bien preferible a un hermano para quienes son razonables), sino amaos el uno al otro y, si es por dineros, no tengáis envidia ni aun de reyes. Pues mucha tierra os dejaré 4 y muchos y diestros servidores, oro, plata y cuantas otras riquezas posee la gente acaudalada. Sólo este campo como regalo excepcional se lo doy a Dafnis, así como Lamón, Mírtale y las cabras que él mismo apacentaba. 24

No había acabado de hablar cuando Dafnis, dando un brinco, exclamó: 25

—¡Has hecho bien, padre, al recordármelo! Voy a llevar a abrevar las cabras, que deben estar sedientas esperando mi zampoña mientras yo me estoy aquí sentado [208].

---

la de Megacles, está en línea con los usos bien conocidos de la Comedia Nueva.

208 En Luciano (*Diál. de los dioses* IV), Ganimedes se comporta como aquí Dafnis, con una simpática inadaptación a la nueva situación en que se encuentra, tras ser raptado por Zeus y hallarse lejos de su rebaño.

2 Todos se echaron a reír alegremente, al ver que, a pesar de ser ya amo, quería seguir siendo cabrero. Enviaron a otro para cuidar de las cabras, y los demás, tras un sacrificio a Zeus Salvador, prepararon un convite. El único en no asistir a él fue Gnatón, que temeroso permaneció en el templo de Dioniso durante el día y la noche igual que un suplicante.

3 Pronto llegó a todos la noticia de que Dionisófanes había encontrado un hijo y que Dafnis, el cabrero, había sido reconocido como amo de los campos. Y con la mañana acudieron de todas direcciones a compartir el júbilo del mozo y a traerle presentes a su padre. Y entre ellos, el primero, Driante, el que había criado a Cloe.

26 Dionisófanes los retuvo a todos para que, luego de compartir su regocijo, tuvieran también parte en la fiesta[209]. Había vino abundante preparado, cantidad de panes, aves de los pantanos[210], lechones, pasteles de todas clases. Y se inmolaron numerosas víctimas a las divinidades locales.

2 Entonces Dafnis, reuniendo todos sus bienes pastoriles, se los repartió como ofrendas a los dioses: a Dioniso dedicó el zurrón y la piel, a Pan la zampoña y la flauta; a las Ninfas el cayado y las colodras que él
3 mismo se labrara[211]. Pero hasta tal grado es más placentero lo habitual que una riqueza poco ha desconocida que le costaba llanto irse separando de cada uno de estos objetos. Y no ofrendó las colodras antes de ordeñar ni la piel antes de ponérsela ni la zampoña
4 antes de tocarla. Es más, besó todos ellos y le habló a las cabras y llamó a los machos por su nombre.

---

[209] Con Hirschig, Schönberger y otros, creemos que éste es el sentido del texto. De otro modo, Dalmeyda.

[210] Cf. el tipo de caza descrito en II 12, 4.

[211] Cf. [Teócrito], epigrama II (*Antología Palatina* VI 177). Este tipo de dedicatorias al dejar un oficio eran corrientes (véase, por ej., *Antología Palatina* VI 294 s., 297, etc.).

Bebió incluso de la fuente, porque con Cloe muchas veces lo había hecho. Pero aún no confesaba sus amores, aguardando el momento más propicio.

Y en tanto que Dafnis se dedicaba a sus ofrendas, 27
esto ocurría con Cloe. Estaba sentada llorando, al cuidado de sus ovejas, y decía lo que era de esperar[212]:

«Se ha olvidado de mí Dafnis: sueña con bodas de 2
rico. Pues ¿por qué hice que jurara por sus cabras en vez de por las Ninfas? Las ha abandonado igual que a Cloe. Ni aun cuando sacrificaba a las Ninfas y a Pan deseaba ver a Cloe. Ha encontrado, tal vez, al lado de su madre sirvientas que valen más que yo. ¡Vaya en buena hora! Pero yo no seguiré viviendo.»

Tales eran sus palabras, tales sus pensamientos, 28
cuando el boyero Lampis, presentándose con una cuadrilla de gañanes, la raptó con la idea de que Dafnis ya no iba a desposarla y que Driante estaría encantado de aceptarlo[213]. Se la llevaron, pues, entre gritos lastimosos, pero uno que lo vio dio cuenta a Nape, ella a
Driante y Driante a Dafnis. Y éste, fuera de sí, sin 2
atreverse a hablar de Cloe a su padre e incapaz de so-
portarlo, entró en el jardín y así se lamentaba: «¡Qué 3
amargo resultó mi hallazgo! ¡Cuánto más me valiera seguir con el ganado! ¡Cuánta mayor felicidad tenía cuando era esclavo!: entonces veía a Cloe, entonces[214], pero ahora Lampis me la roba y a la noche yacerá con ella. Y yo, mientras, bebo y vivo entre lujos y fue inútil que jurase por Pan y por las cabras y las Ninfas»[215].

212 Estas quejas de la joven supuestamente abandonada por su amante responden a un género bien conocido de la lírica helenística y se repiten en bastantes lugares de la novela antigua.

213 Sobre este tipo de rapto por amor, cf. AQUILES TACIO, II 13, 3. En la economía narrativa de Longo esta clase de peripecias, como hemos visto en casos anteriores, tienen rápida solución, a diferencia de lo que ocurre en otras novelas.

214 Laguna en el texto del original.

215 Es decir (cf. II 39, 5): «no cumplo lo que juré: que si

29 Estas palabras de Dafnis las oyó Gnatón, que es-
taba escondido en el jardín. Y, juzgando que había lle-
gado la ocasión de reconciliarse con él, toma algunos
2 mozos del séquito de Ástilo y va en pos de Driante. Le
pide que los guíe hasta la alquería de Lampis y em-
prende una carrera; lo sorprende en el instante de
hacer entrar a Cloe, se la arrebata y muele a los la-
3 briegos a porrazos. Y en su denuedo habría atado a
Lampis para llevarlo como cautivo de una guerra, si es-
capando no se le hubiera adelantado. Triunfador de tal
4 empresa, al inicio de la noche retorna, encuentra a Dio-
nisófanes dormido, a Dafnis desvelado y aún llorando
en el jardín; le lleva a Cloe y se la confía mientras todo
se lo cuenta, y le pide que, ya sin rencor, lo tenga por
su esclavo más servicial y no lo prive de su mesa, sin
5 la cual morirá de hambre. Y Dafnis, con Cloe ante sus
ojos y en sus brazos, se reconcilió con él, por tal favor,
y con ella se disculpó de tenerla desatendida.

30 A vueltas con su problema, resolvieron seguir aún
con su plan de boda oculto y que Dafnis no mencionara
a Cloe, confesando su amor sólo a su madre. Pero no
estuvo de acuerdo Driante, que, en cambio, estimó mejor
hablar al padre y les hizo la promesa de persuadirlo
2 él mismo. A la mañana siguiente, con sus prendas de
identificación en una alforja, se acerca a Dionisófanes
y a Clearista, que estaban sentados en el parque (los
acompañaban Ástilo y el propio Dafnis) y, cuando guar-
3 daron silencio, comenzó a hablarles: «Un apuro, muy
parecido al de Lamón, me ha impuesto que declare lo
que hasta ahora fue secreto. A ésta, a Cloe, ni la en-
gendré ni la crié, sino que otros la engendraron y, echa-
da en una cueva de las Ninfas, la amamantó una oveja.

---

ella prefería a otro, me quitaría la vida». El pasaje ha sido retocado por algunos, como si un pequeño descuido narrativo (Dafnis no juró realmente por las Ninfas) fuese una grave lacra dentro de un género como éste.

Esto lo vi yo y me asombré al verlo, y en mi asombro 4
me decidí a criarla. Su hermosura es una prueba, ya
que en nada se parece a nosotros. Y dan fe también
los objetos que valdrán para reconocerla, pues son de
un lujo impropio de un pastor. Miradlos y buscadle a
la muchacha sus padres, a ver si la hacen digna de
Dafnis.»

No fue sin intención como Driante dejó caer esto 31
ni Dionisófanes lo escuchó sin interés: mirando a Daf-
nis y viéndolo macilento y llorando a escondidas, en
seguida descubrió que estaba enamorado. Y, con más
temores por su propio hijo que por una moza ajena,
trató de llegar con todo cuidado al fondo de las pala-
bras de Driante. Y cuando vio los objetos que trajeron, 2
los zapatos dorados, las ajorcas para los tobillos y la
cofia, llamando a Cloe la animó a confiar: que, como
ya tenía un esposo, pronto encontraría a su padre y a
su madre. Clearista la tomó a su cargo y la atavió ya 3
como a la esposa de su hijo. Y, a Dafnis, Dionisófanes le
preguntó a solas si Cloe era doncella, y, como le jurase
que no habían ido más allá de besos y de votos, encan-
tado de su solemne compromiso[216] hizo que se senta-
ran a su mesa.

Entonces[217] pudo saberse hasta dónde llega la be- 32
lleza cuando las galas la acompañan. Pues Cloe con su
vestido, con trenzas en el pelo y aseado el rostro, se
reveló a todos tanto más hermosa que hasta Dafnis
tuvo dificultad en reconocerla. Se habría jurado, sin 2
necesidad de los objetos que la identificaban, que de
tal mocita Driante no era el padre. Pero él sin embargo

---

216 Expresión irónica. El motivo de la castidad es una constante, por lo demás, en el género.

217 Schönberger cita, como un posible modelo de este pasaje, a JENOFONTE, *Banquete* I 8-10, pero en todo caso las semejanzas son mínimas.

asistía al banquete con Nape, con Lamón y Mírtale en el mismo diván acompañándolos [218].

3 Nuevamente en los días que siguieron se inmolaron víctimas, se sirvieron jarras de vino y también Cloe ofrendó sus pertenencias, la zampoña, el zurrón, la piel y las colodras. Incluso mezcló vino con el agua del venero de la gruta, porque fue amamantada allí a su
4 vera y en él se había lavado muchas veces. Puso también una guirnalda en la tumba de la oveja, que Driante le mostró, e igualmente le entonó una melodía a su rebaño con la flauta y, después de tocar, suplicó a las diosas encontrar a los que la habían abandonado dignos de su boda con Dafnis.

33 Luego de que se hubieron celebrado bastantes fiestas en el campo, se decidió emprender la marcha a la ciudad y buscar a los padres de Cloe sin demorar ya más
2 su matrimonio. Muy de mañana, con todo ya dispuesto, le dieron a Driante otras tres mil, así como a Lamón la recolección y la vendimia de la mitad de las tierras, las cabras junto con los cabreros, cuatro yuntas de bueyes, vestidos de invierno y la libertad de su mujer [219]. Y, después de esto, partieron para Mitilene con sus caballerías y carruajes y con todo boato.

---

218 Como es bien sabido, los comensales estaban reclinados, no sentados. Lo más usual, en época antigua, eran los lechos de mesa para sólo dos comensales (cf. HERÓDOTO, IX 16, y PLATÓN, *Banquete* 213b), aunque tenemos noticias de otros con mayor capacidad (cf. artículo «Convivium», en *Realencyclopädie* de PAULY-WISSOWA, IV 1, col. 1205 [MAU]). En este convite familiar participan, como vemos, las mujeres sin discriminación alguna, lo que era realmente normal, pero no mezcladas en los mismos lechos que los hombres sino en otros aparte (cf., en especial, ATENEO, XIV 644d, y LUCIANO, *Conv.* 8).

219 Se ha querido completar el texto con frecuencia: «y ⟨le dieron⟩ la libertad ⟨a él y⟩ a su mujer», pero cf. IV 13, 4, donde a Lamón le es prometida ya la suya. Parece que Longo da simplemente por cumplida la promesa, aunque luego, en IV 24, 4, Lamón sea considerado aún un siervo no manumitido.

Su regreso, por la noche, pasó entonces desaperci- 3
bido en la ciudad. Pero al día siguiente en torno a sus
puertas se congregó una multitud de hombres y mu-
jeres: aquéllos se alegraban con Dionisófanes del ha-
llazgo de su hijo, y más aún al ver la belleza de Dafnis;
y ellas se congratulaban con Clearista de que hubiera
traído de una vez un hijo y una novia. Pues igualmente 4
absortas las dejó Cloe con su hermosura que no ad-
mitía comparación. La ciudad entera estaba encapri-
chada con el muchacho y la doncella; se colmaba de
bendiciones ya la boda y se hacían votos porque tam-
bién se le descubriera a la joven un linaje digno de su
belleza. Y muchas mujeres de los más acaudalados
rogaban a los dioses que se creyera que eran madres
de una hija tan hermosa.

Dionisófanes, que después de haber cavilado mucho 34
se había dormido profundamente, tuvo un sueño así:
le pareció que las Ninfas instaban al Amor si ya por
fin consentía en el matrimonio. Y él, destensando su
arco y dejándolo al lado de la aljaba [220], mandaba a Dio-
nisófanes que invitara a un convite a todos los nota-
bles de Mitilene y que, luego que se llenara la jarra
última de vino, mostrara a cada uno las prendas de
identificación. Que después ya cantarían el himeneo.

Visto y oído esto, se levanta al alba y ordena pre- 2
parar un lucido festín, con manjares de la tierra y el
mar y cualesquiera otros de lagunas y de ríos, e invita
a todos los notables de Mitilene. Y ya de noche y llena 3
la jarra de la que hacen una libación a Hermes [221], un
criado trae en una bandeja de plata los objetos y, por

---

[220] Simbólica deposición de armas, cf. el sueño de I 7, 2. El arco, cuando no iba a ser usado, se destensaba, véase HERÓDOTO, II 173.

[221] La libación postrera se hacía en honor de este dios, que tutelaba los sueños inmediatos (cf. *Odisea* VII 137 ss.).

la derecha, los va pasando alrededor mostrándolos a todos[222].

35 Ningún otro desde luego los reconoció. Pero un tal Megacles, que por su ancianidad estaba sentado el último[223], los reconoció nada más verlos y lanzó un grito muy agudo y recio: «¿Qué es esto que veo? ¿Qué ha sido de ti, hijita mía? ¿También tú vives o algún pastor
2 sólo esto encontró y lo recogió? Te lo ruego, Dionisófanes, dímelo: ¿de dónde has sacado estas prendas en las que las de mi hija reconozco? No me escatimes, después de hallar a Dafnis, que igual yo pueda tener algún hallazgo.»

Pero Dionisófanes le pidió que antes les hablara de la exposición de su hija. Y Megacles con el mismo tono de voz dijo:

3 —Hace tiempo mis medios de vida eran escasos, pues los que tenía los gasté en sufragar coros y trirremes[224]. Cuando esto ocurría me nació una hijita. No atreviéndome a criarla en mi pobreza, la engalané con estas prendas y la expuse a sabiendas de que hay muchos que precisamente es de ese modo como logran
4 convertirse en padres. La criatura fue depositada en una gruta de las Ninfas, bajo la tutela de las diosas. Entonces, sin heredero alguno, las riquezas me llovieron día

222 Es decir, de acuerdo con la clásica forma de herradura en que solían disponerse los divanes y las mesas. El sirviente enseña los objetos siguiendo la dirección en que habitualmente se servía a los comensales, de izquierda a derecha. Longo puede haber tenido en cuenta *Ilíada* VII 183 ss.

223 En el lugar de honor, exactamente como Sócrates en el *Banquete* platónico.

224 No se trata estrictamente de un arcaísmo. Estas clases de impuestos extraordinarios con que los ciudadanos más acomodados costeaban las representaciones teatrales y el entretenimiento de los buques de guerra, se conservaron durante el Imperio y de ello tenemos testimonios, al menos hasta el siglo IV d. C. (cf. artículo «Leiturgie», en *Realencyclopädie* de PAULY-WISSOWA, XII 2, cols. 1871-9 [OEHLER]).

tras día. Sin embargo, ya no tenía la fortuna de ser 5
padre ni aun de una hijita, pero, como si los dioses se
mofaran de mí, por la noche me enviaron sueños, indi-
cándome que una oveja me hará padre.

El grito que lanzó Dionisófanes sobrepasó las voces 36
de Megacles: de un brinco hace entrar a Cloe, muy
lindamente ataviada, y dice:

—Ésta es la criatura que expusiste. A esta doncella
te la crió una oveja por providencia de los dioses, tal
como me crió a Dafnis una cabra. Toma estas prendas 2
y a tu hija. Y, luego de recibirla, dásela a Dafnis por
esposa. A ambos expusimos, a ambos hemos encontrado,
por ambos velaron Pan, las Ninfas y el Amor.

Aprobó Megacles sus palabras, envió a buscar a 3
Rode, su mujer, y apretó a Cloe contra su pecho. Y se
quedaron a dormir allí, pues Dafnis juró que no de-
jaría a Cloe en manos de nadie, ni siquiera de su propio
padre.

Cuando se hizo de día acordaron ponerse de nuevo 37
en marcha hacia el campo, ya que lo solicitaron Dafnis
y Cloe, que no sobrellevaban la vida de la ciudad. Y
también decidieron celebrar sus bodas a la usanza pas-
toril.

Llegando, pues, a casa de Lamón, trajeron a Driante 2
a presencia de Megacles, reunieron a Nape con Rode
e hicieron brillantes preparativos para la fiesta. Y puso
su padre a Cloe bajo la tutela de las Ninfas, les dedicó
los objetos de identificación con otras muchas ofren-
das y a Driante le regaló la suma que faltaba hasta
completar las diez mil dracmas.

Dionisófanes, como el tiempo era bueno, hizo exten- 38
der lechos de hojas verdes allí mismo delante de la
gruta, e invitando a tomar asiento a todos los lugare-
ños los regaló con un convite suntuoso. Asistieron 2
Lamón y Mírtale, Driante y Nape, los parientes de Dor-

cón, ⟨Filetas⟩ [225] y sus hijos, Cromis y Licenion. Y ni
siquiera faltaba Lampis, que ya había sido perdonado.
3 Como era de esperar entre comensales semejantes, hubo
toda clase de detalles propios de labriegos y de rústi-
cos: uno entonó canciones de segadores, otro actuó chan-
ceándose igual que en los lagares, Filetas tocó la zam-
poña y la flauta Lampis, Driante y Lamón ejecutaron
4 una danza, Cloe y Dafnis se besaban. Pastaban tam-
bién las cabras por allí cerca, como si igualmente par-
ticipasen de la fiesta [226]: esto no era para los de la ciu-
dad del todo grato, pero Dafnis llamó a algunas de ellas
por su nombre, les dio de la verde hojarasca y aga-
rrándolas por los cuernos las besó.

39 Y tal fue no sólo entonces. Durante el resto de su
vida emplearon la mayor parte del tiempo en ocupacio-
nes de pastores, en venerar como a sus dioses a las
Ninfas, a Pan y a Amor; en ser dueños de los más nu-
merosos rebaños de ovejas y de cabras, teniendo la
2 fruta y la leche por el más rico manjar. Llegaron hasta
a hacer criar ⟨por una cabra⟩ [227] a su hijo varón, y al
segundo, que resultó una hijita, que mamara de la ubre
de una oveja. Al uno lo llamaron Filopemen y Ágele a
la otra [228]. Y así hasta que alcanzaron la vejez. Adorna-
ron la gruta, consagraron imágenes y levantaron un
altar a Eros Pastor. Y a Pan le dieron de morada, en
lugar del pino, un templo, con la advocación de Pan
Guerrero.

40 Pero fue más tarde cuando pusieron tales nombres y realizaron lo demás. En aquella ocasión, al llegar la noche, todos los acompañaron hasta la alcoba nupcial, unos tañendo sus zampoñas, otros con sus flautas, otros

---

225 Añadido de Boden, con el que están de acuerdo la generalidad de los editores.

226 Cf. TEÓCRITO, VI 42 ss.

227 Suplemento necesario de Jungermann.

228 «Amigo de los pastores» y «Rebaño», respectivamente.

con grandes teas en alto. Y, ya cerca de la puerta, can- 2
taron con voz áspera y ruda, igual que si hendieran el
suelo con tridentes y no estuvieran entonando un cán-
tico de bodas.

Dafnis y Cloe, en el lecho juntos y desnudos, se abra- 3
zaban y besaban, más desvelados que lechuzas esa no-
che. Y Dafnis practicó las lecciones de Licenion y fue
entonces cuando Cloe aprendió por vez primera que lo
que ocurriera allá en el bosque sólo eran chiquilladas
de pastores.

INDICE GENERAL

Longo

DAFNIS Y CLOE

	Pags.
Introducción	9
1. El autor, 9. — 2. *Dafnis y Cloe*, 11. — 3. Fuentes literarias. Técnica y estilo, 20. — 4. Valoración posterior e influencia. Traducciones, 24. — 5. Transmisión del texto. Ediciones, 30.	
Bibliografía	33
Preámbulo	37
Libro I	39
Libro II	64
Libro III	91
Libro IV	115

Aquiles Tacio

LEUCIPA Y CLITOFONTE

Introducción	145
1. El autor, 145. — 2. *Leucipa y Clitofonte*, 148. — 3. Fuentes literarias. Técnica y estilo, 155. — 4. Valoración posterior e influencia, 162. — 5. Transmisión del texto. Ediciones, 165.	

	Págs.
Bibliografía	168
Libro I	171
Libro II	197
Libro III	233
Libro IV	260
Libro V	281
Libro VI	313
Libro VII	333
Libro VIII	352

JÁMBLICO

BABILONÍACAS

Resumen de Focio y Fragmentos

Introducción	385
Nota bibliográfica	394
Resumen de Focio	395
[*Bibiloníacas*]	397
Fragmentos	420

Fragmentos de localización incierta, 440. — Fragmentos dudosos, 443.